EL MATRIMONIO DE PRIMAVERITA

Y OTROS CUENTOS

El matrimonio de Primaverita

y otros cuentos

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pekín 1958

TRADUCIDO POR MARIA LECEA

El matrimonio de Primaverita y otros cuentos

Después de la proclamación de la República Popular China el país ha experimentado cambios radicales en distintos terrenos. Nuestros escritores, inspirados en la grandiosa edificación socialista que progresa a ritmo vertiginoso, han creado muchas obras excelentes. Las ocho novelas cortas recogidas en este libro reflejan diferentes aspectos de la vida del pueblo chino. *El pichel* nos presenta escenas trágicas del campo de la vieja China. *Ye Ying venció la rutina* describe cómo una joven obrera, impulsada por su sentimiento de responsabilidad, se atreve a luchar contra el atraso y la rutina. *La primavera en el taller* nos da fe de la gran solicitud del Gobierno por los obreros. En *Viejo Correo* se ha creado una brillante imagen de un empleado de Correos que da prueba de gran abnegación. *El matrimonio de Primaverita* muestra la lucha de las muchachas campesinas por su libertad de elegir marido . . .

Estas obras dan a conocer a los lectores algunos de los grandes cambios operados en la vida del pueblo chino.

Printed in the People's Republic of China

El matrimonio de Primaverita

por Liu Chen

I

La madre de Li Yü-chuen se quedó viuda a los treinta años. Desde entonces llevó una vida triste y solitaria educando a su hija Primavera, a la que consagró todos sus afanes, todo su amor y su esperanza. Como ya se hacía moza, la madre no tuvo pronto más que una idea: casarla con un joven de buena familia.

Para eso, había dicho muchas veces a la comadre Wang:

—Mira, tú que recorres todos los pueblos de estos contornos, piensa con quien casar a mi hija, a ver si encuentras por ahí una familia aceptable, siempre que el novio sea un buen muchacho.

Cierto es que los jóvenes de la comarca decían que podían prescindir de la casamentera, publicada ya la nueva Ley del Matrimonio. Mas la madre de Primavera se atenía al viejo proverbio: «No se puede atravesar el río sin que alguien construya primero un puente». Basta con que una joven encuentre varias veces a un muchacho — se decía — Hablarán, se pondrán de acuerdo e irán después al Registro Civil. Mucha libertad es ésa.

La comadre Wang, pariente lejana de la familia Li, sabía que la madre de Primavera era bastante acomodada y mujer de bien, así es que sus diligencias no quedarían sin recompensa. Además en esta época en que los jóvenes disfrutan de la nueva Ley del Matrimonio y cantan orgullosos victoria, la comadre Wang no se atrevía a

mostrarse en público. Y en eso, la madre Li la visita y le pide que haga de casamentera: un buen negocio, realmente.

—¡Oh!— dijo a la madre de Primavera con los ojos brillantes de alegría — No te preocupes por eso. Yo me encargo de este asunto y te aseguro que quedarás contenta. Con una condición: que digas a los muchachos que no hago de casamentera, sino de intermediaria.

Las dos mujeres rompieron a reir a carcajadas.

La comadre Wang propuso primero a la familia Chang, de la aldea de Changsiaotun. La madre de Primavera fue en seguida a verles y sacó la impresión de que los Chang tenían de qué vivir honradamente. La lástima era que el futuro yerno no parecía valer mucho. Se le habían hecho diez preguntas y no había sido capaz de responder una sola palabra. Era realmente un bruto, del que no se podría sacar provecho alguno. A la madre Li no le gustaba, y comprendía que aún le gustaría menos a su hija.

—¿No te conviene esta familia?—preguntó la comadre Wang, siempre con su amable sonrisa—¡Bueno, pues otra vez será!

Y la segunda vez, la madre de Primavera, trotando sobre su gran burro negro, fue a ver a los Chao, del Pueblo del Sur.

Apenas hubo entrado en el patio, pudo apreciar que los Chao vivían muy holgadamente. La casa estaba bien barrida hasta en los últimos rincones, y todo estaba en orden, dispuesto con mucho esmero.

Tenían cuarenta *mu** de tierra, dos casas y dos hermosos bueyes mecos, con la piel lustrosa. Eran cinco de familia: la «suegra» y dos hermanos, uno de ellos casado y con un niño; así es que no había cuñadas (hermanas del marido) que buscaran rencilla a su hija. Tampoco había que temer comadreos por parte de la mujer

*Medida agraria china, equivalente a 1/15 de hectárea.

del hermano mayor: por su aspecto sencillo se veía que no sabía hablar mal de nadie y sólo se preocupaba de comer bien y de vivir tranquila. Además, la tía de Primavera, hermana de su madre, no sólo era vecina, sino hermana adoptiva de la vieja Chao. Las dos mujeres se llevaban muy bien, y la tía soñaba desde hacía mucho tiempo con intervenir para que se verificara este enlace.

Primavera pasaba a menudo temporadas en casa de su tía. Cuando acababa de cumplir los diez años, ya le había gustado a la vieja Chao, la cual decía que era una niña muy bonita, diestra e inteligente, y que no tenía par en diez leguas a la redonda.

Ahora, la madre de Primavera venía la primera a visitarla, cosa que la vieja Chao esperaba desde hacía mucho tiempo. Se figuraba que la alianza quedaría concertada desde las primeras palabras que cruzasen, pues ella era una de las más ricas de los dos pueblos.

—Pida informes a mis vecinos— dijo con mucho énfasis a la madre de Primavera. —Todos le dirán que soy una suegra excelente. En mi casa se come muy bien, y yo no fatigo a mi nuera con trabajos penosos. Como no tengo hijas, ¿a quién voy a querer si no es a mi nuera? Y si yo la quiero, ella me corresponderá, ya sabe usted el dicho: «amor con amor se paga».

La madre de Primavera se dijo para su capote: «Es una suerte encontrar una consuegra como ésta, con buen corazón, pico de oro y amplitud de criterio».

Inspeccionó las dos casas de los Chao hasta los más ínfimos detalles, fijándose sobre todo en las dos habitaciones del Oeste destinadas a la prometida. Las grandes ventanas dejaban entrar mucha luz. Del pavimento, recientemente soldado con baldosín nuevo, montaba una agradable frescura. Sobre el *kang** brillaba el oro pálido

*Lecho de ladrillos o de tierra amasada, que se usa en el campo del Norte de China. Es hueco y en su interior se enciende fuego durante el invierno para calentarlo.

de una colcha nueva. Le pareció que en este cuarto vendría a las mil maravillas el mosquitero blanco como la nieve que guardaba desde hacía mucho tiempo para agregarlo a la dote de su hija. De pronto, echó atrás la cabeza y preguntó:

—¿No hay goteras?

—¡Ay, hermana!—dijo la vieja Chao con mirada risueña sin impacientarse—¡qué tonta soy! Se me olvidaba decirle que hemos arreglado el tejado, y ha quedado como nuevo con la capa de ladrillos bien sólidos que le hemos echado. Las grietas las hemos tapado con cal. En las habitaciones no ha entrado una gota de agua incluso cuando en otras casas caía a chorros durante los aguaceros del pasado junio.

A decir verdad, todo marchaba a pedir de boca: pero lo que más gustó a la madre Li fue su futuro yerno, Chao Chiu-si. Tenía dos años más que su hija. Sabía escribir y contar. No era ni muy alto ni muy bajo. Tenía el rostro ovalado, blanca la piel y grandes ojos negros bajo finas cejas. Hablaba de una manera tan distinguida y encantadora como su madre. Aunque aún no se hubieran celebrado oficialmente los esponsales, la llamaba «tía» a cada instante. Parecía tener inclinación por su hija.

Así es que el enlace fue concertado con tanta facilidad como puede suponerse. La madre de Primavera se llevó a su «yerno» a casa pensando dar una gran sorpresa a su hija. Estaba convencida de haber cometido una acción meritoria que aseguraría la felicidad de Primavera.

En eso la asaltó una idea. Su hija tenía carácter. Cuando deseaba hacer algo, ya se podía estar cierto de que lo haría aunque tuviera que jugarse la vida. Y si decía que no, era inútil tratar de convencerla. La madre Li había oído ciertos rumores. Al parecer, su hija tenía un pretendiente, un tal Liu Ming-jua, del Pueblo del Sur también, que vivía enfrente de su hermana. Aún podía soportar el que su hija tuviera un pretendiente,

pero si le dijeran que Primavera tenía novio, eso le causaría la misma sensación que una de esas bofetadas que dejan la cara ardiendo, hinchada y magullada. Y es que esa palabra tenía para ella una significación especial. Siempre había creído que, en cualquier época, sólo una mala hija podía tener novio. Como su hija no le había dicho nada, tenía motivos para suponer que aquello eran murmuraciones que hacían correr los ociosos que no saben decir más que necedades. Le parecía que su hija no era una mujer frívola, una casquivana. Lo más que podía admitir era que su hija, al hacerse mayor, hubiera mirado a hurtadillas a algún muchacho, cuyas miradas se hubieran cruzado con las suyas. Y si los dos se habían contentado con este mudo intercambio, eso no bastaba para que dijeran que era su pretendiente.

Conocía a Ming-jua, que, desde todos los puntos de vista, le parecía peor que Chao Chiu-si. Podía ser que su hija no hubiera visto aún a este último, pues una sola mirada algo atenta le habría hecho olvidar completamente a Liu Ming-jua.

Por otra parte, los Liu no tenían más que nueve *mu* de tierra, una casucha baja y ruinosa y un patio no mayor que la palma de la mano. Eran campesinos pobres, habían recibido su tierra después de la reforma agraria, y estaban muy lejos de alcanzar el nivel de los Chao, antiguos campesinos medios. ¿Quién prefiere las tortas ordinarias de maíz a los panecillos de blanca harina que tiene al alcance de la mano? No, decididamente no podía permitir un enlace con los Liu, sobre todo cuando recordaba la infancia de Liu Ming-jua. Se acordaba muy bien de él a los siete años. Entonces su padre fue muerto a palos por el terrateniente Chao el Octavo. El niño se moría de hambre y parecía un mono esquelético. Sus dos órbitas hundidas, del tamaño de nueces, le comían la cara. Helaba, y el chico no tenía ni un mal pedazo de tela con que cubrirse. Ella se había compadecido de él y le había dado ropa vieja de Primavera: una chaqueta

y unos pantalones forrados de algodón. Odiaba a los terratenientes y simpatizaba con los muertos de hambre. Su vida era también muy dura, aunque fuera una campesina media, porque ya no tenía a su marido que la ayudara a trabajar los campos. No obstante, en el fondo de sí misma sentía una especie de repugnancia inexpresable cuando pensaba que debía casar a su hija con Ming-jua. De todas maneras, le parecía que la situación de los que habían conocido la miseria era inferior a la suya y que no podía, dijeran lo que dijesen, aceptar ese matrimonio. En una palabra, tenía la esperanza de que eso fuera un falso rumor, y el enlace de su hija con Chao fuera pronto un hecho y todo se realizase sin complicaciones.

Al llegar a su casa puso a calentar una palangana de agua para que Chiu-si se lavase la cara. Luego le dio crema de la que usaba su hija para que se echara una poca, se quitó una horquilla de plata, la pasó por los cabellos del joven y le hizo la raya. Quedó tan bien peinado que su cabellera, bien aplastada, brillaba como la laca. A continuación, le sacó por fuera el cuello de su camisa blanca. Terminado el aseo, Chao Chiu-si parecía aún más guapo que de ordinario. La madre Li pensaba, contemplando risueña a su futuro yerno, tan atractivo:

— Seguro que no le disgustará a la tonta de mi hija.

Chao Chiu-si conocía las relaciones de Primavera con Ming-jua. Como la amaba también, esperaba conquistarla. Convencido de que en muchos aspectos él era mucho mejor partido que Ming-jua, creía suya la victoria. Incluso tuvo la impresión de que Primavera le pertenecía ya, desde que vio a la madre de ésta manifestarle tanto afecto.

A mediodía, la madre de Primavera hizo unas tortas con la harina blanca que nunca había querido gastar para ella. Preparó un plato de carne salada de cerdo y tortillas de espinacas. Deseosa de ver aparecer a su hija,

se asomaba a cada momento a la puerta de la calle a ver si venía.

Primavera era del Comité de Propaganda de la Liga de la Juventud. Había asistido a una reunión de la Sección de la Liga y cuando volvió, ya habían terminado de comer. Al ver a Chao Chiu-si se sorprendió un poco. ¿A qué había venido, si no era pariente ni amigo ni había tenido nunca ningún trato con ella? Bajó la cabeza y movió sus brillantes pupilas de negros reflejos. De pronto comprendió, y adivinó el motivo de que su madre hubiera salido de casa varias veces a escondidas en los últimos días. ¡Conque era para eso! Conocía el carácter de su madre. Había hecho igual que con sus bordados, que por nada del mundo quería enseñar a nadie hasta que estaban terminados. Un buen día los exhibía con gran asombro y admiración de todos, en el momento en que menos se lo esperaban. Primavera pensó: «¿Creerá que puede emplear el mismo método para buscar un yerno?»

No queriendo herir el amor propio de su madre, hizo como si no hubiera notado nada. Cogió un pedazo de torta y enrolló dentro un poco de comida. Se sentó en un taburete y se puso a comer a pequeños bocados, con los ojos bajos y sin decir palabra, como si no hubiera nadie en la habitación.

Chao Chiu-si, que pensaba entablar conversación con ella, se quedó con la boca abierta y guardó silencio cuando la vio fruncir el ceño. Le parecía que, como hombre, no debía inclinarse ante una mujer.

La madre de Primavera no había previsto esa actitud de su hija. Sonrió con afectación para suavizar el mal giro que tomaba el asunto, y pensó en tener una explicación con Primavera.

— ¡Primavera! ¿Qué reunión habéis tenido hoy?

— Una reunión de la Liga de la Juventud — contestó Primavera con desgana y en un tono glacial.

La madre se rompía la cabeza sin poder encontrar un pretexto que sirviera para que ambos jóvenes entablesen conversación. De repente, se fijó en la estilográfica que asomaba del bolsillo de la chaqueta de Chai Chiu-si.

— Primavera, no hace mucho me hablaste de comprar una estilográfica de no sé qué marca. Mira ésta de Chiu-si. ¿De esta marca la quieres? Podría comprarte una.

Sin levantar la vista, impasible la faz, como la del buda de barro cocido del templo, respondió vagamente:

— ¿Una estilográfica? No, por ahora no me interesa comprarla.

Y pasó un buen rato sin que dijera nada más. No podía escuchar esas palabras hueras, todo su pensamiento estaba puesto en Liu Ming-jua.

La madre se hacía todavía la ilusión de que su hija sentía verguenza y ni se atrevía a hablar con Chiu-si en su presencia, por lo que se apresuró a recoger los palillos y los tazones dispuesta a marcharse. Pero Primavera adivinó su intención, se levantó y dijo, encaminándose hacia la puerta:

— La reunión de la Liga de la Juventud aún no ha terminado. Tengo que marcharme en seguida.

La madre corrió tras de ella y la alcanzó bajo el arco de entrada. La cogió del brazo y le dijo:

— Primavera, ¿estás enfadada conmigo porque no te he consultado previamente?

— No, no estoy enfadada con nadie. No le quiero. Que se vaya, y dile que jamás consentiré en casarme con él.

La madre se desconcertó.

—Cualquier cuestión puede discutirse amablemente. ¿No quieres hablar un poco con él?

— No, mamá. Ya conoces mi carácter. Si le hablo, reñiré sin falta con él.

Y se alejó a buen paso.

En realidad, la reunión de la Liga de la Juventud había terminado hacía mucho. Se refugió en casa de una de sus amigas, Siu-fang, donde estuvo hasta el anochecer.

Le contó todo lo que había pasado por la mañana. Siu-fang le reprochó su excesiva timidez para abordar el asunto.

— Si hubieras sabido persuadir a tu madre, no te habría sucedido toda esa historia — le dijo.

Primavera preguntó:

— Y ahora que ya me ha sucedido ¿qué hacer para salir con bien?

— De todas formas, el único remedio es que hables con tu madre.

Primavera volvió a casa. Su madre le trajo la cena, pero no probó bocado. Se sentó delante del azufaifo que crecía en el patio, dobló una pierna, cruzó sobre ella las manos y quedó pensativa. Comprendió que su madre merecía compasión. Después de todo, lo había hecho por cariño, buscando su felicidad. La culpa era de ella que, por pudor, jamás le había hablado de Ming-jua. De una forma o de otra, no tenía motivos para estar contenta de sí misma. Llenó con viveza un tazón de arroz, añadió todo lo que pudo de la tortilla de espinacas que había quedado de al mediodía y fue a llevárselo a su madre.

— Toma, mamá, come.

La madre tomó el tazón, y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas que fueron a caer en el arroz.

Cumplidos los dieciséis años, Primavera se había ido a vivir sola en la habitación del Oeste. Esa noche, como quería hablar con su madre, colocó su manta sobre el *kang* que ésta ocupaba en la habitación del Este. Las dos hablaron mucho tiempo aquella noche. Primavera se lo dijo todo a su madre: cuándo había conocido a Ming-jua y la razón que la había empujado a amarlo tan tiernamente. Para terminar, le dio una larga explicación referente a la Ley del Matrimonio. La madre sintió que se le helaba el corazón, y se llenó de tristeza cuando se dio cuenta de que aquello era realmente un hecho. Ahí estaba la ley, precisa y terminante, y ella no podía

oponer la menor resistencia. Sin embargo, no se dio por vencida y trató de convencer a su hija.

— Hay que ver lejos. Conozco la vida de los Liu. No puedo verte caer en su miseria. Si te vas con los Chao, vivirás aún mejor que en nuestra casa.

— Ming-jua — replicó Primavera — es miembro de la cooperativa agrícola, y la cooperativa se ha hecho para marchar hacia el socialismo. Entonces no habrá ricos ni pobres, todos sin distinción serán felices con tal de que trabajen. Pronto organizaremos también en nuestro pueblo una cooperativa. Ya lo irás comprendiendo poco a poco.

La madre se guardó mucho de decir que en su fuero interno seguía creyendo en el viejo dicho «Da más crédito a los ojos que a los oídos». Se limitó a repetir las murmuraciones que corrían por el pueblo:

— Por lo que dice tu tía, en la cooperativa, hasta ahora, los que tienen más tierra o las mejores tierras son los que reciben más grano.

— En verdad — dijo Primavera — que no ves más allá de tu nariz. Las cosas se hacen poco a poco. Lo que ha pasado en los últimos años prueba que el Partido Comunista hace siempre lo que dice y no deja nada a medias.

En el fondo, Primavera no veía las ventajas de la cooperativa, mas tenía plena confianza en el secretario del Partido, que había dicho a la Liga de la Juventud que todo marcharía mejor si se organizaba la cooperativa. Y aún estaba más convencida de que el camino seguido por Ming-jua era el bueno.

—¡Mamá! Es extraño cómo somos. Se diría que la imagen del amado se tiene grabada en el corazón y que no se puede borrar por mucho que se procure. Y a quien no se quiere, no se le puede meter en el corazón ni aún por la fuerza. Te obedeceré en mil o en diez mil otras cosas, pero no en ésta. ¡ Mamá, tienes que escucharme!

Mas la madre dijo a su vez:

— Te escucharé para mil o diez mil otras cosas, pero no para ésta. Cree a tu madre. Ha comido bastantes más libras de sal que tú, y por tanto sabe mucho más.

II

Metidas en este atolladero, la conversación a nada condujo. En toda la noche pudieron conciliar el sueño; cada una pensaba en lo suyo. La madre se preguntaba qué hacer para que su hija no pensara más en Liu Ming-jua, mientras que la hija evocaba una y otra vez en su memoria el primer encuentro con Liu Ming-jua, y se decía firmemente: «Jamás podré olvidarle».

He aquí lo que había ocurrido:

En el mes de mayo, la madre había caído enferma. Les quedaban sólo por segar dos *mu* de trigo al Sur de la aldea, y Primavera había resuelto que no era necesario pedir ayuda a los otros miembros del equipo de ayuda mutua. Cogió su carrito y se fue a terminar la siega. Súbitamente por el sureste amenazó tormenta. El trigo que Primavera acababa de segar estaba extendido por el suelo, diseminado por todas partes. Primavera no tenía a quien acudir y se encontró muy desamparada. Mas en el momento en que comenzaba a lanzar en torno suyo miradas de angustia, Chao Ching-shan, el viejo director de la cooperativa agrícola del Pueblo del Sur exclamó:

— ¡En nuestra cooperativa somos muchos! Ming-jua, ve a ayudar a esa mujer a atar las gavillas de trigo.

Y Primavera vio correr derecho hacia ella a un muchacho robusto. Sin decir nada, como si hubiera llegado a sus propios dominios, se puso a la faena. Sus movimientos eran prestos, lo que no le impedía recoger cuidadosamente los haces. Pronto en los dos *mu* quedaron atadas todas las gavillas. Luego unció hábilmente el buey al carro y cargó el trigo. Hasta ese momento no pronunció la primera frase:

— ¿De qué pueblo eres?

— De Lisiaotuen — dijo Primavera cohibida — Yo me las arreglaré para conducir el carro. Puedes marcharte.

— No, el viento es tan fuerte que no podrás volver a cargar las gavillas si se cayesen.

Dicho esto, lanzó un arre para azuzar al buey y chasqueó el látigo.

El viento silbaba lúgubremente. Sonaba el trueno con un fragor de cañoneo.

El mozo gritó dirigiéndose a Primavera:

— Te conocí cuando era pequeño. Supe que venías a vivir a nuestro pueblo, a casa de tu tía. Sólo que no nos hablábamos. Por eso no sabía de qué pueblo eras.

Primavera no decía nada. Le contestó sólo con risas de azoramiento.

Al llegar al lugar, los del equipo de ayuda mutua salieron a su encuentro. El muchacho la saludó con la cabeza y se encaminó hacia su pueblo. Apenas se hubo alejado, comenzó a llover a cántaros. Primavera habría querido llamarle. «¡Qué grandísima tonta he sido! — se dijo llena de arrepentimiento —. Se me ha olvidado darle las gracias, y ni siquiera le he preguntado su nombre».

Y le llamó varias veces con voz poco segura:

— ¡Eh, tú, vuelve! . . .

La lluvia y el trueno resonaban con furia, quizá no la oyera, lo cierto es que, sin volver la cabeza, continuó corriendo contra el viento.

Después, cuando veía a algún grupo de gente del Pueblo del Sur, los escudriñaba atentamente con la esperanza de verlo entre ellos. A veces, avanzada la noche no podía dormir y trataba de evocar la expresión de su rostro. Lo que le parecía extraño era que cuando más quería recordar sus rasgos, más se le escapaban de la memoria.

Un día, inesperadamente, durante una reunión de los dirigentes de la Liga de la Juventud, del distrito, lo vio. Supo que se llamaba Liu Ming-jua y que era el secretario

de la organización de la Liga de la Juventud del Pueblo del Sur. Delante tenía aquella cara que no había podido recordar claramente. Lo miró con atención diciéndose: «Esta vez te quedarás bien grabado en mi mente, no te olvidaré más».

Como quería hablar con Liu Ming-jua, dijo al terminar la sesión a los responsables de la Liga de la Juventud de su pueblo:

— Id delante. Hace mucho que no he visto a mi tía y voy a tomar ese camino para pasar por su casa.

Al salir del pueblo alcanzó a Liu Ming-jua y le dijo algo cohibida:

— ¿No te empaparías el otro día con aquel aguacero hasta el punto de caer enfermo?

Liu Ming-jua rio con desembarazo:

— ¿Qué le puede hacer a un muchacho joven un poco de lluvia?

— No te hagas el tunante — dijo un joven que se llamaba Tie Dang —, a causa de esa lluvia has tenido fiebre alta dos días. Y tu madre, asustada, ha tenido que ir a comprar medicinas a la ciudad en plena noche.

Min-jua le miró enfadado.

— ¿Quieres callarte, parlanchín?

Este corto diálogo privó de tranquilidad a Primavera. No tenía la costumbre de expresar su reconocimiento con simples frases de cumplido que suenan a hueco, pero le parecía que las pocas palabras que había dicho a Ming-jua no bastaban para expresar su pensamiento.

Primavera pasó un día entero con su tía, que vivía enfrente, a dos pasos, de la vivienda de Ming-jua. Una estrecha acequia separaba las dos casitas. A la mañana siguiente, aprovechando la ausencia del muchacho, fue a su casa.

Pudo comprobar que Ming-jua vivía solo con su anciana madre. Esta, que tenía algo más de sesenta años, había llorado tanto a la muerte de su marido, que tenía los ojos malos. En cuanto tomaba una aguja, le asomaban

las lágrimas y sus ojos, siempre rojos e inflamados, no se le abrían nunca del todo. Por eso Ming-jua tenía que llevar los calcetines llenos de piezas y zurcidos. Aprovechando un momento en que la anciana se enjugaba los ojos con la cabeza baja, Primavera se apresuró a medir con los dedos las alpargatas que estaban puestas a secar al sol, con la suela al aire, en el antepecho de la ventana.

En unas noches, mientras su madre dormía después de haber apagado la lámpara, había hecho dos pares de calcetines para Ming-jua.

En Lisiaotuen aun no había cooperativa, sólo se habían organizado dos equipos de ayuda mutua. Como estaba sólo a dos leguas del Pueblo del Sur y las tierras de los dos pueblos eran colindantes, la organización local del Partido había decidido aprovechar la experiencia adquirida por el Pueblo del Sur para organizar también en Lisiaotuen una cooperativa. Había invitado a los miembros de los dos equipos a aprovechar los momentos de descanso para hablar de la creación de la cooperativa con los del Pueblo del Sur, en lugar de charlar sin provecho.

Un día Primavera fué a buscar a Ming-jua, que le explicó con toda suerte de detalles cómo se elaboraba el reglamento de una cooperativa, cómo se repartían las ganancias y se calculaban las jornadas de trabajo, y finalmente las ventajas que podía obtener un miembro de la cooperativa. . . Mientras hablaba con pasión, Primavera envolvió a escondidas los dos pares de calcetines en la chaqueta que él se había quitado.

Al volver a su casa al atardecer, Ming-jua descubrió con gran asombro los calcetines envueltos en su chaqueta. Recordó súbitamente lo que le había dicho su madre: «La sobrina de tu tía la cuarta ha venido a visitarme. Es una buena muchacha, sí. Me ha preguntado cómo vivía y por qué tenía los ojos rojos y si veía aún bastante para coser. . .» Estas palabras hicieron comprender a Ming-jua de dónde provenían los calcetines. Primavera le gustaba desde hacía mucho tiempo sin saber por qué, y no

se había atrevido hasta entonces a profundizar en su pensamiento. Tenía veintidós años y era la primera vez que iba a ponerse unos calcetines hechos por otras manos que las de su madre. Un sentimiento inefable y muy dulce invadió su corazón.

En todo el año Ming-jua no se tomaba un solo día de descanso. Además de las tareas del Partido y de la Liga de la Juventud, tenía que ir a trabajar al campo. Cuando terminaba la labranza, se dedicaba a las producciones auxiliares: a hacer aceite, a trabajos de carpintería y últimamente estaba aprendiendo a reparar los arados de nuevo modelo con los camaradas de la estación de máquinas y tractores. Entendía de todo. Después de la cosecha de otoño, una vez hechas las cuentas, con el grano que le correspondió vio que tenía ampliamente aseguradas para todo el año sus necesidades y las de su madre, aunque no poseyeran mucha tierra y se les hubieran inundado algunos *mu*. Por otra parte, con las producciones auxiliares se había ganado varias decenas de yuanes. Así es que había podido comprarle a Primavera una agenda, un pañuelo con flores y madejas de seda para bordar.

En el Pueblo del Sur, Chao Ching-shan, secretario del Partido y director de la cooperativa, había dicho a los cooperadores: «No basta con trabajar en provecho de nuestra cooperativa, tenemos que impulsar la creación de cooperativas en todos los pueblos de los alrededores. Por ejemplo, en vez de esperar a que los vecinos de Lisiaotuen vengan a vernos, debemos ir nosotros a su encuentro aprovechando todas las ocasiones».

Y eso fue lo que se apresuró a hacer Liu Ming-jua. A finales de otoño, cuando se recogía el algodón, durante una pausa, fue en una carrera al lugar donde trabajaba Primavera con su equipo. Le preguntó cómo marchaban las cosas en su pueblo: «¿Pensáis organizar la cooperativa? ¿Hay dificultades?». Primavera le hizo saber las murmuraciones de carácter tan retrógrado de la comadre Wang en contra de la cooperativa, y las opiniones de la

tía Er. Después le preguntó: «¿Ocurría igual en vuestro pueblo cuando organizásteis la cooperativa?»

Hablaron un buen rato. Antes de marcharse, en un descuido, puso el regalo preparado para Primavera en la chaqueta de flores de doble forro que ésta había dejado en el suelo.

Con frecuencia, el equipo en que trabajaba Primavera y los de la cooperativa del Pueblo del Sur escardaban el trigo el mismo día. Primavera no podía por menos de envidiar a aquellos mozos y mujeres que veía trabajar a lo lejos charlando y riendo y sin fatigarse, al parecer, incluso después de haber cavado una buena parcela. Y cuando hacían algún descanso, tenía a veces ocasión de ver a Ming-jua, que dirigía un coro en el que todos participaban, o sacaba a toda prisa un cuaderno y se ponía a leer y a escribir. Uno del Pueblo del Sur que conocía a Primavera le había dicho un día señalando a Ming-jua:

— Mira ¿Le ves? Es un modelo para todos nosotros en la cooperativa. Estudia en los cursos breves, y ahora sabe tanto como un alumno que ha terminado la escuela primaria. El año próximo el gobierno va abrir en nuestra aldea la primera estación de tractores del distrito, y él va a aprender a conducir los tractores con los camaradas de la estación. Ha dicho que con voluntad se consigue todo.

Al oir estas palabras Primavera se puso muy contenta. Estaba orgullosa de Ming-jua y tenía la sensación de que un vínculo invisible la ligaba a él estrechamente y jamás podrían separarse. Levantó la cabeza, miró al que le hablaba y pensó: «¿Será que conoce el secreto de mi corazón, y me lo habrá dicho adrede?» Y al notar que enrojecía, se apresuró a bajar la cabeza.

Otra vez, los compañeros marcharon a sus casas a almorzar y encargaron a Ming-jua que se quedara allí a guardar los bueyes y los rastrillos, pues habían de reanudar el trabajo por la tarde. Su madre le llevó de comer. Primavera se había quedado sola también, cortando los tallos de maíz en los dos *mu* de tierra que tenían al Sur

del pueblo. Su madre le llevó asimismo el almuerzo. Primavera se dio cuenta que en la cesta de bambú de Ming-jua no había más que tortas de maíz. Sabía que la madre de éste había estado enferma seis meses y no les quedaba más trigo. A hurtadillas puso en el cesto tres bollos de harina blanca rellenos de jalea de azufaifa. Ming-jua levantó la servilleta que cubría las tortas y se asombró. Pensaba de dónde había venido aquello. Lanzó una ojeada en torno suyo y al punto vio a Primavera que comía con la cabeza baja, sentada no lejos de allí. Se acercó: los bollos blancos que comía eran idénticos.

— ¿Por qué lo has hecho? ¿Te ha quedado bastante?

Primavera levantó la cabeza y miró en los ojos al joven.

— Y tú ¿por qué ataste mis gavillas de trigo? No temías a la lluvia que te hizo caer enfermo así y todo?

— Hay que ayudarse mutuamente, es una cosa lógica.

— ¿Y por qué no voy a hacerlo yo, entonces?

El no dijo nada más y los ojos se le llenaron de pronto de lágrimas sin que supiera bien por qué. Dio media vuelta, se apartó de unas cuantas zancadas y se puso a comer los bollos, blancos como la nieve, sin hacerse más de rogar. Le parecía que en toda su vida no había comido otros más exquisitos, aunque en realidad lo hubiera hecho con frecuencia después de la reforma agraria.

Después de estos encuentros, Primavera había grabado bien en su mente la imagen de Ming-jua y ya no se le olvidaría nunca, como se había dicho a sí misma en la reunión de cuadros de la Liga de la Juventud.

El 18 de abril, al día siguiente de la conversación con su madre, había feria en el Pueblo del Sur. Primavera se puso su mejor traje de flores y zapatillas bordadas con la seda que le había regalado Ming-jua, y se marchó a la feria.

En la plaza habían levantado un tablado y se representaba una pieza del teatro local, pero Primavera no atendía a lo que pasaba en la escena, tenía el pensamiento puesto en otra cosa. De pie en lo alto de una cuesta, mira-

ba con atención abajo y recorría con la mirada las caras de los centenares de personas agrupadas delante de la escena. Por fin vio a Ming-jua, y fue como si acabase de encontrar una perla en el fondo del mar. Enrojeció de placer, al tiempo que se decía: «En este mar humano cada uno tiene sus rasgos particulares, pero nadie hay tan guapo ni de aspecto tan agradable como él».

Al terminar la primera pieza fue anunciado el entreacto. Cuando los espectadores iban a dispersarse, Primavera no quitaba los ojos de Ming-jua e instintivamente fue hacia él. Al llegar cerca le llamó lanzando un ¡eh!. Ming-jua se volvió y la vio. Entonces ella sobreponiéndose al pudor dijo en voz baja:

— Sígueme, tengo que hablarte.

Caminaron uno detrás de otro a poca distancia. Penetraron en un espeso bosquecillo de melocotoneros. Las primeras flores que se abrían eran sonrosadas como el rostro de una joven que acaricia la brisa primaveral. Su esplendente hermosura hacía pensar en esas muchachas atrevidas que desgranan risas retozonas delante de sus enamorados. Y miles de flores aún en capullo parecían multiplicar la imagen de las jóvenes que enrojecen al ver a su amado y se muerden los labios escarlata conteniendo las ganas de reir.

Primavera se apoyó en el tronco de un melocotonero, el corazón le latía con violencia. No era el momento de recurrir a subterfugios. De buenas a primeras, dijo:

— Me quieren casar con Chao Chiu-si, uno de tu pueblo.

Ming-jua se estremeció, todo su cuerpo se puso en tensión y, con el rostro tan pronto pálido como arrebolado, guardó silencio largo rato, clavados los ojos en un botón de la chaqueta de Primavera.

Al fin balbució:

— ¿Y tú? ¿Tú lo quieres también?

— ¿Es que aún no sabes si lo quiero o no lo quiero? — replicó Primavera.

El quedó turbado, mirando con los ojos húmedos a Primavera, anhelante y sin saber qué decir. Primavera volvió un poco la cabeza hacia la izquierda y siguió con la vista en la lejanía el vuelo de un pajarillo, que se aproximó y vino a posarse en la rama de un melocotonero lanzando agudos pitidos. Ella, venciendo su turbación, le dijo con las mejillas rojas como la grana:

— ¡Ming-jua, sólo me casaré contigo!

Hablaron hasta el oscurecer, y luego cada uno se fue a su casa.

III

Al día siguiente, su entrevista en el huerto de melocotoneros era el tema de conversación de toda la aldea de Lisiaotuen. Las gentes no daban tregua a la lengua en la plaza, donde se reunían de ordinario a la hora de comer.

— ¿Qué les habrá picado a ésos? Estaban tan acalorados que la pieza no les entraba en los oídos.

— ¿Y qué os importa? Cada cual va a buscar la prenda de sus amores. Esa es la moda de ahora.

— ¿Qué habrán hecho allí los dos solos?

— ¿Qué querrías: que se hicieran confidencias y hablaran de sus amores en esta explanada?

— Esa chica está condenada a la miseria. Abandona a un Chiu-si, de tan buena familia, para entregarse a ese mendigo de Ming-jua.

De este modo, todo el mundo intervenía por ociosidad aprobando o censurando. Cada cual se apresuraba a decir las agudezas que se le ocurrían. Y los que no encontraban nada que decir se contentaban con reir haciendo coro a aquellos cuya opinión compartían, o con comer en silencio torturándose el magín para soltar alguna broma. En una palabra, nadie tomaba la cosa en serio.

No obstante, entre los que estaban allí había dos personas con un estado de ánimo muy diferente. Una era la comadre Wang, la casamentera que había presentado a Chiu-si, y la otra, Siu-fang, amiga íntima de Primavera. La comadre Wang quedó muy sorprendida con la nueva que esos chismorreos le habían hecho saber, y lo primero que se le ocurrió fue ir a buscar a la madre de Primavera para darle al asunto otro giro. Pero no había oído más que una parte de la conversación (había llegado a la mitad de la historia), así es que le era difícil ir con el cuento mientras no conociera bien las circunstancias. Por ello procuró tirar de la lengua a los que estaban por las antiguas costumbres, tratando de sonsacarles nuevos detalles con sus burlonas risas de aprobación. Por lo que a Siu-fang se refiere, se enfadó al oir calumniar groseramente a su amiga y camarada, y esperó la primera ocasión para lanzar una buena réplica. La comadre Wang no pudo contenerse e interrumpió a uno que decía:

— Desde por la tarde se metieron ahí . . .

— ¿Dónde es ahí?

Otro dijo:

—En el huerto de melocotoneros del Pueblo del Sur.

Y añadió:

— ¡Que frescura! ¡En pleno día! Había que haberles dado una lección!

Siu-fang no pudo más. Se levantó bruscamente y dijo:

— Es justo y digno que las mujeres se busquen ellas mismas novio. ¿Cuándo quieren que lo busquen sino en pleno día? ¿De noche, a escondidas? Os digo que es natural y legítimo. ¿Quién se atrevería a darles una lección? No es a ellas a quien habría que dársela, sino a esas viejas testas feudales, a esos cerebros muertos, enmohecidos por el ocio y que sólo se preocupan de injuriar a las personas.

Las costumbres campesinas exigen que un hombre maduro que sufre una ofensa de una muchacha, se calle. Cuanto más quiera explicarse, peor resultará para él.

Además ¿qué habría respondido a Siu-fang, si ésta tenía razón? Un mozo, viniendo en su ayuda, preguntó a Siu-fang:

—¿Te parece muy honroso que una moza de tu edad corra detrás de un hombre hasta fuera de su aldea?

Siu-fang iba a responder, cuando vio que la comadre Wang se retiraba y se encaminaba a la casa de Primavera. No tenía tiempo de continuar la discusión y se limitó a decir:

— Nada tiene de deshonroso el buscar a quien se quiere, aquí o en otra parte. — Y echó a correr detrás de la comadre Wang dirigiéndose también a casa de Primavera. El mozo no se dio por vencido y gritó:

— ¿Pues por qué no te buscas tú uno, si es tan honroso?

Siu-fang replicó sin detenerse:

—¿Qué sabes tú si lo tengo?

— ¿Ah, sí? ¿Y quién es?

— Eso no te importa, pero desde luego que no lo iría a buscar entre los granujas llenos de prejuicios feudales.

La comadre Wang corrió a casa de Primavera balanceando sus anchas caderas. Apenas hubo llegado, casi sin recobrar el aliento, señaló con el dedo a la madre de Primavera y haciendo un guiño gritó:

— ¡Eh, comadre! ¡Sal aquí, que tengo que hablarte!

Aún vibraba su voz, y la madre de Primavera no había tenido tiempo de hacer el menor gesto, cuando llegó Sun-fang y gritó a la joven:

— Primavera, ven en seguida, que tengo que decirte una cosa.

Sin esperar la respuesta, agarró a Primavera de un brazo y se la llevó.

La comadre Wang señaló por la espalda a Siu-fang haciendo una mueca de desprecio, y se volvió a la madre de Primavera a la par que decía:

— Esas gentes lo han echado todo a rodar —. Se sentó en el borde de la cama y prosiguió: — Ahora que se han ido, podemos hablar tranquilas. Hace ya dos días que

debiste consultar a Primavera. ¿Qué tal? He oído decir que la cosa no marcha ¿es cierto?

La madre de Primavera pensó: «Sí que es cierto, pues mi hija no quiere obedecerme. ¿Pero cómo se han podido enterar de una conversación a puertas cerradas entre mi hija y yo? ¿Y cómo puede haber oído decir que la cosa no marchaba? ¿Será posible que mi hija lo haya ido pregonando, la necia?» Y le preguntó:

—¿A quién se lo has oído decir?

La comadre Wang se pintaba sola para propalar infundios. Por lo general, conseguía hacer comulgar con ruedas de molino a los que escuchaban sus chismes. Y cuando era una cosa que tenía ciertos visos de verdad, la pintaba como si fuera cierta en un ciento veinte por ciento. Aprovechando la ocasión que le brindaba la madre de Primavera, exageró el asunto todo lo que pudo.

—¿Cómo que a quién? ¡Si todos en el pueblo lo dicen!

La madre, exasperada, exclamó:

—¡Seguro que ha sido mi indigna hija quien lo ha ido proclamando! ¡Se lo cuenta todo a esas dichosas jovencitas!

La comadre Wang la interrumpió:

—La cosa no es tan simple, querida. Ya te digo que todo el pueblo lo sabe: grandes y chicos. Tú eres la única que, por lo visto, estás en la higuera. ¿De verdad que no sabes nada? Pues no se cómo voy a decírtelo. . .

Se detuvo en seco en mitad de su peroración y se hizo rogar y suplicar por la madre de Primavera. Al fin, aliñándolo bien con los retazos de conversación que había oído en la calle, hilvanó un relato todo lo escandaloso que pudo. Fue un verdadero aluvión de palabras. Según ella, se decía que Primavera sentía ingénita inclinación por la miseria y se había dejado seducir por un mendigo. Siguiéndoles la pista, se les había sorprendido y Primavera, para aplacar los ánimos, había debido humillarse y llamar a los convecinos con todos los nombres que se les antojaron.* . . . Iba a continuar, cuando a madre de Primavera, indignada, golpeando el suelo con el pie, la detuvo:

—¡Basta! ¡Reniego de mi hija! ¡Verás como le rompo un hueso . . . como no salga volando!

Y en diciéndolo tomó su bastón y salió a la calle. Pero la comadre Wang la alcanzó y la agarró de un brazo.

—¿Estás loca o qué? ¡Como vas a divulgar una cosa así! Si quieres enderezar a tu hija, espera a que vuelva para hacerlo sin ruido. Si armas gresca en la calle, el escándalo será aún mayor.

Al oir estas palabras, la madre de Primavera se estremeció de horror. Se le doblaron las piernas, se dejó arrastrar hasta la cama, y una vez en ella soltó el bastón y se puso a llorar con grandes hipos. Al verla anegada en lágrimas, la comadre Wang le dijo afectando desinterés, como si sintiera gran preocupación por ella:

—¡Querida hermana! El asunto no admite dilación. Estuviste en casa de los Chao para concertar la boda. Tarde o temprano sabrán lo ocurrido ayer. ¿Crees que transigirán aún, si de aquí a dos o tres días no te las compones para casar a los jóvenes? ¿Te imaginas lo que será, si vas hasta su propia casa a ofrecerles a tu hija, y te dan con la puerta en las narices? Después de eso ¿no te dará vergüenza cuando te cruces con ellos en el camino?

Después le sugirió un astuto plan. Encerrar a Primavera cuando volviese en una de las habitaciones traseras y no dejarla salir hasta que accediera a casarse con el joven Chao. La madre de Primavera no tuvo tiempo de decirle si aprobaba o no aquella idea, porque en ese preciso momento llegaron dos e interrumpieron la conversación.

---

* Para humillar a alguien, se le obliga a que le interpele a uno rindiéndole pleitesía con un nombre que conceda superioridad: abuelo, padre, maestro, etc.

Eran dos jóvenes del arrabal sur del pueblo. Uno tenía 17 o 18 años; y el otro, 15 o 16. Ambos eran ya buenos mozos, pero conservaban aún algo ingenuo y pueril en su manera de hablar y en sus gestos.

La madre de Primavera sabía que eran miembros de la Liga de la Juventud, por haberles visto en varias ocasiones cuando iban a llamar a Primavera a alguna reunión. Mas en el pueblo había decenas de muchachos como ellos y, salvo a algunos de la vecindad, no habría podido llamarles por sus nombres. Como no tenía hijos varones, le agradaba verlos en su casa; si tenía algún disgusto, por grande que fuera, se le pasaba casi del todo en cuanto los veía. Pero esa vez estaba demasiado furiosa y no podía calmarse en seguida, aunque de todas formas se sintió algo aliviada al verlos entrar. Con expresión colérica, les dijo:

—¡No vengáis más a buscar a Primavera! ¡Está muerta!

En vez de asombrarse, los dos jóvenes se echaron a reir de buena gana. Sin apresurarse, el de más edad replicó:

—¿Y enterrada, quizá? Si no, permítenos que te demos nuestro más sentido pésame y nos inclinemos ante la difunta.

La madre de Primavera soltó la carcajada sin poderlo remediar, mientras que la comadre Wang se destornillaba de risa. Aquélla pudo articular al fin:

—¡Vete al diablo! ¿Así es como vienes a dar el pésame: con las manos vacías?

El más joven prosiguió:

—Señora, hemos venido a hacer de casamenteros.

La madre de Primavera lo echó a broma.

—¡Ay, ay, ay! . . . ¡bonito casamentero que acaba de salir del cascarón! ¿Quién te ha mandado venir?

—Primavera.

—¿Y dónde está?

—¡No la encontrarás! Te lo diré cuando hayas accedido a su casamiento.

—¡Déjate de marrullerías y vete ahora mismo a llamarla!

—¡En seguidita, en cuanto aceptes nuestra proposición!

Viendo que no era el momento más oportuno para soltar mentiras, la comadre Wang pensó al principio en retirarse, pero luego cambió de opinión y volvió a sentarse, inquieta, al oir decir a los jóvenes que venían a hacer una proposición de matrimonio.

De una cosa en otra, los dos jóvenes hablaron de Mingjua. La madre de Primavera, impresionada aún por las habladurías de la comadre Wang, exclamó otra vez furiosa:

—¡No hablemos de él! ¡No es una persona! ¡Es un bruto! — Y les reprochó el que con los años no hubiera madurado su juicio.

Los dos jóvenes exponían con habilidad el asunto y sabían a que atenerse para contestar a todo lo que les decía. Ni se enfadaban, ni se marchaban de allí. Peor para ella si no los escuchaba. No perdían el hilo por tan poco. Dándose cuenta de que por las malas no conseguiría nada de ellos, reprimió su mal humor y encareció:

—¡Queridos míos! tened la bondad de hacer punto. Os escucharé todo lo que queráis, a condición de que no toquéis ese asunto.

Los dos jóvenes exclamaron a un tiempo:

—Hemos venido precisamente para hablar de él y no abriremos la boca para otra cosa.

—¡Pues aunque habléis hasta la noche, no me váis a convencer!

—Se hablará todo lo que haga falta. Somos 48 en la Liga, sin contar a Primavera. Con arreglo a lo acordado, hemos formado 24 equipos, es decir, dos personas por equipo encargadas de relevarnos. Cada equipo ha de hablar dos horas cada 48, o sea, cada dos días, hasta que aceptes nuestra proposición.

La madre de Primavera soltó de nuevo la risa y replicó:

— Eso no me hará acceder. ¡Me hará reventar y nada más!

Los dos muchachos hablaron hasta que llegó la hora de preparar el almuerzo e hicieron su aparición Siu-fang y otra joven.

Preguntaron en voz baja: «¿Ha consentido?». Los mozos hicieron que no con la mano, y a su vez preguntaron quedo: «¿Ha vuelto?». Las jóvenes les contestaron con idéntico ademán.

Los muchachos dijeron a la madre de Primavera:

— Vienen a relevarnos. Nos vamos.

Y se marcharon.

La madre de Primavera quería a Siu-fang como a una hija. Y ahora le tenía tanto rencor también como a su hija. Se había dicho al ver llegar a las dos jóvenes y marcharse a los muchachos: «¿Irán a turnarse de verdad para marearme?» Como Siu-fang era persona de confianza en aquella casa, fue a ella a quien se dirigió.

— Siu-fang, ¿Queréis aturdirme con vuestros relevos?

La muchacha respondió afable:

— ¿Quién diablos va a atreverse a eso? Ella viene a aconsejarte; y yo, a hacerte la comida.

— ¡Ah, pícara! No comeré, estoy muy furiosa.

— ¡Claro que comerás! No vamos a consentir que una madre tan buena se muera de hambre.

Siu-fang sabía perfectamente dónde se guardaba allí cada cosa: el arroz, la harina, el aceite, la sal . . . y sin pedir permiso a la madre fue por leña y se puso a picar cebollas y a lavar zanahorias para la comida.

La otra joven, por su parte, llevó la conversación al terreno que le convenía y empezó a hablar de Primavera y de Ming-jua, como lo habían hecho sus predecesores; pero la madre estaba firmemente decidida a rechazar la proposición.

— ¡Ah, no! ¡Si hablas de ese asunto, me callo!

— Bueno — dijo la joven —. Dejémoslo; pero te voy a hablar de la Ley del Matrimonio —. Y sacó del bolsillo un folleto, preparado para el caso. La vieja, tapándose los oídos, porfió:

— ¡No te escucho!

— Bien, no leeré; te voy a cantar *Liu Chiao-er* y *Liang Shan-bo y Chu Ying-tai*.

Y cantó, bien que mal, sin preocuparse de si la escuchaba o no.

La madre de Primavera estaba fastidiada e inquieta. «¡Nada, se han empeñado en acabar conmigo con sus murgas estos malditos mocosos! ¿Cómo librarme?», pensó, y le dijo a Siu-fang, que se disponía a amasar harina en un cacharro:

— Siu-fang, no te molestes en hacerme la comida. ¿Adónde has llevado a Primavera? Dile que vuelva a casa.

Siu-fang volvió la cabeza y contestó sonriendo:

— Estáte tranquila, que no se pierde. No se atreve a volver hasta que no aceptes nuestra proposición, y eso es todo.

— ¿De qué tiene miedo?

— De que la pegues.

— ¡Vaya ocurrencia! ¿Y cuándo la he pegado?

Siu-fang reflexionó y tuvo que reconocer que era cierto: Primavera jamás había recibido ningún golpe de su madre. ¿Qué explicación darle? Lanzó en torno suyo una mirada de perplejidad y sus ojos se detuvieron de súbito en la comadre Wang. Entonces dijo sonriendo:

— Primavera tiene miedo a que la muerda un perro, — y miró de arriba abajo a la comadre Wang, que apartó la vista inmediatamente.

— ¡No tengo perro! — repuso la madre.

— ¡Pero en tu casa hay tantas cosas buenas que atraen a un perro vagabundo! — y rompió en carcajadas, mientras la madre de Primavera murmuraba un poco confusa:

— ¡Acabarás ya con tus burlas, condenada chiquilla!

Herida en lo más vivo por las palabras de Siu-fang, la comadre Wang estaba tan sofocada como si hubiera

mordido una guindilla. Si se hubiera tratado de otra persona, la habría colmado de injurias a su sabor, hasta que se hubieran hartado de escucharla. Pero se las había con Siu-fang en persona y sabía a qué atenerse. Siu-fang no buscaba querella, jamás abría la boca sin motivo, pero si la abría, no era fácil hacerla callar. Además la comadre Wang sabía que estaba cometiendo una infamia, y la lengua de Siu-fang sería implacable. Por eso no se atrevió a replicar, aunque consideraba que no debía tolerar tal afrenta. Siu-fang se retorcía de risa, ella aprovechó el momento y escurrió el bulto sigilosamente.

Sin embargo, aún no había dicho la última palabra. Si fracasaba en sus diligencias, no sólo no se lo perdonarían los viejos Chao que le habían dado unas cuantas varas de tela y la habían obsequiado con buenos platos de carne, sino que quedaría muy comprometido su prestigio de casamentera. Y aunque tenía hambre no se fue a hacerse la comida, por miedo de perder una buena coyuntura. Se apostó bajo una enramada que rodeaban unas tapias bajas. Desde allí veía la puerta del patio de Primavera y la de la tapia de Siu-fang. Pensaba estarse allí hasta que viera volver a casa a Primavera. Su cabeza asomaba por encima del muro, que sólo le llegaba al hombro. Permaneció de pie, inmóvil, mirando de vez en cuando a ambas puertas. Al menor ruido de pasos, se agachaba presurosa, y no se enderezaba hasta que se alejaban los transeúntes. Veía que algunos jóvenes de la Liga no habían ido al campo. Entraban y salían sin cesar en casa de Siu-fang. El secretario de la organización local de la Liga estaba allí también. Por lo visto, se habían organizado bien para resolver el asunto de Primavera, y la casa de Siu-fang parecía el Cuartel General. Comprendió que con eso su posición era muy desfavorable y se exponía a un fracaso, pero no quería darse por vencida y retirarse por las buenas. Así, pues, continuó atisbando.

Estuvo allí plantada hasta el mediodía, hora en que la gente se reunía en la explanada con su tazón de arroz en la mano. Estaba desfallecida y las piernas se le habían entumecido. Sentía muchas ganas de descansar, mas en eso vio a Primavera que venía del Pueblo del Sur y se dirigía a casa de Siu-fang. Este descubrimiento la llenó de zozobra y de alegría a un tiempo. Era evidente que cuanto más se acercaba Primavera a Ming-jua, más se alejaba de Chiu-si, y ahora acababa de cerciorarse por sus propios ojos de que aquel día la joven había ido otra vez al Pueblo del Sur. Mas, por otra parte, no le disgustaba tener una prueba patente que viniera a corroborar los rumores, y que ella expondría a la madre Li, añadiendo algo de su cosecha, para incitarla a vigilar con mayor rigor a Primavera. Dueña de un nuevo testimonio, no sentía ya el hambre ni los calambres en las piernas, y clavó los ojos en la puerta de la tapia de Siu-fang, atenta a los cambios que iban a producirse.

Y en efecto, los hubo, y no pocos. Los jóvenes, con su tazón de arroz, habían ido a casa de Siu-fang. Dos habían salido y se habían dirigido a la casa de Primavera. La joven que había estado allí antes con Siu-fang, ya había vuelto a su casa. La comadre Wang pensó que se trataba también de un relevo, aunque Siu-fang no parecía haber sido relevada. Después vio ir y venir a los muchachos y muchachas que estaban en ambas casas en grupos de dos o de tres sin estar «de servicio». La comadre Wang se fijaba bien en todos los que aparecían en la puerta, pero no veía salir a Siu-fang por más atención que ponía. Tuvo que esperar hasta que comenzó a ponerse el sol, y los árboles proyectaron sombra en su cara. A esa hora, se produjo algo nuevo. Siu-fang seguía sin salir, en cambio vio como más de diez jóvenes de ambos sexos rodeaban a Primavera escoltándola hacia su casa. Pensó: «Ahora ya es cosa hecha. ¡Seguro que la madre Li ha aceptado por fin la proposición de casar a Primavera con Ming-jua!» Y se dijo a continuación:

«Si me dejo apabullar sin decir esta boca es mía ¿qué voy a decirles a los Chao? ¡No, no me marcho! Debo luchar hasta el fin.» Hecha esta reflexión, al ver que los jóvenes transponían el umbral de la casa de Primavera, se lanzó tras ellos y entró segundos después.

En nombre de todos, un joven de 22 o 23 años dijo a la madre Li:

—Te hemos estado importunando toda la tarde. Se te ha hablado en nombre de la razón y de la ley. Ahora te traemos a Primavera. Aquí la tienes. Una vez más te pedimos que aceptes nuestra proposición.

La madre Li, que no podía renunciar a su costumbre de llevarse bien con aquellos jóvenes, contestó sonriendo:

—¡El intento ha fracasado, pero seguimos siendo buenos amigos! Sois todos muy buenos muchachos y os doy las gracias, pero este asunto depende exclusivamente de mí. Podéis marcharos a descansar.

En ese instante, un joven que estaba al lado de Primavera dijo a su vez:

—¡Sí que eres testaruda! Permíteme que te diga una cosa: consientas o no, no eres tú quien decide el asunto. Primavera ha ido con Ming-jua al Registro Civil del distrito —diciendo esto sacó de un bolsillo de Primavera una cartulina roja y añadió:

—¡Mira, aquí tienes el certificado de matrimonio!

—¡No estoy conforme! ¡Que no y que no! —gritó la madre —¡Que no pretendan engañarme con ese pedazo de papel!

La comadre Wang se alarmó en cuanto hubo visto el certificado de matrimonio. Y sin pararse a reflexionar cómo cobrar ventaja, intervino señalando a los jóvenes:

—¡Diantre de mocosos intransigentes! ¿Por qué ponéis a la gente en semejante aprieto? —. Luego se dirigió a la madre Li y mostrándole el certificado le dijo: —Hermana, he visto bastantes certificados de matrimonio y puedo asegurarte que es auténtico. Quisiera saber cómo vas a arreglártelas para rendir cuentas al viejo Chao,

cuando tú misma le has prometido que se efectuaría el enlace.

—¡Ay! —exclamó la madre que pareció recibir un mazazo al oir decir que era un documento auténtico. Rechinó los dientes y aplicando el índice a la frente de Primavera, dio rienda suelta a su furor.

—¡Maldita seas! —dijo —¡Bien me ha costado criarte hasta que has llegado a la edad de correr tras un hombre, como lo has hecho! —Al decir esto, tomó la escoba y le atizó dos buenos golpes. —No te quiero. ¡Largo de aquí! —añadió.

Se interpusieron y la sujetaron. Con voz temblorosa de rabia repetía:

—¡Largo de aquí ahora mismo! Una de dos: o te vas tú de esta casa o seré yo la que se marche.

Forcejeaba tratando de soltarse. Siu-fang, que la conocía bien y sabía que no se podía calmar su cólera en seguida, dijo a Primavera: «Harás bien en marcharte por el momento».

Esta vez, al ver que su madre iba demasiado lejos, Primavera se enojó de verdad. Por la mañana, Siu-fang la había sacado de su casa y le había dicho que ciertas gentes de ideas atrasadas hablaban mal de ella. Le había propuesto que formalizara sus relaciones con Ming-jua lo antes posible, por lo que pudiera ocurrir. Primavera, en vista del asunto, había ido a buscar al secretario de la Liga de la Juventud. Consultaron con los demás. Todos opinaban que era preciso obrar con rapidez, pero que lo mejor era persuadir a la madre antes de ir más lejos. Por último fue Primavera quien decidió lo que había que hacer y elaboró todo el plan.

—Iré primero con Ming-jua al Registro Civil —dijo —Os ruego que entre tanto vayáis a hablar con mi madre. Si se llega a un acuerdo, mejor que mejor. Y si no, decírselo todo. Llorará, lanzará injurias, pero ya se le pasará.

La solución no les pareció mala, y en tanto que Primavera se ponía en camino hacia la cabeza de distrito en compañía de Ming-jua, se movilizó a algunos jóvenes de palabra fácil, para que convencieran a la madre. A nadie se le había ocurrido que la comadre Wang hubiera hablado tan mal de Primavera a la madre Li que ésta, enfurecida, no quisiera avenirse a razones. Primavera estaba de vuelta en la aldea al filo del mediodía. Confiando hasta el último momento en persuadir a la madre, parlamentaron toda la tarde. Cuando se perdió toda esperanza, los jóvenes escoltaron a Primavera a su casa, pensando, como ella, que la madre lloraría, gritaría, pero al fin se calmaría. Pero no fue así. La comadre Wang con su alusión a «las cuentas que habría que rendir al viejo Chao» echó leña al fuego. Esto, unido a la escandalosa historia relatada por la mañana, colmó la exasperación de la madre. Como no podía volverse atrás, decidió echar a su hija de casa. Primavera, que no conocía esta circunstancia, se decía que no debía afligirse por su madre ya que ésta descargaba contra ella su furor con tal odio.

Cuando Siu-fang le dijo que se marchara de allí por el momento, montó en cólera.

—Está bien, me voy. De todos modos, las hijas han de abandonar tarde o temprano la casa paterna.

Abrió el armario y empezó a sacar sus ropas. La madre, al verla enfadada, se irritó aún más.

—Te prohibo que cojas nada: ni una hebra de hilo. ¡Esperaba abrirte las puertas de un paraíso y tú te empeñas en vivir pegada a la tierra! ¡Eres una miserable, vete, pues, a vivir en la miseria!

Al oir esto, Primavera cerró el armario de un portazo y dijo:

—¡Me da lo mismo! ¡Ya saldremos adelante mi marido y yo!—y sin volver la cabeza, erguido el busto con altivez, se marchó.

Eso redobló el furor de la madre. Pensó: «¡Qué descaro el de esta hija!» Incapaz de sufrir tal arrogancia, dio un salto y enarbolando el palo de la escoba, que había cogido furtivamente, salió a escape tras de Primavera. Agitaba el palo y trataba de asestar algún golpe en la cabeza a los jóvenes que querían interponerse, y a los que no parecía reconocer. Al tiempo de dar el golpe decía: «¡Ninguno vale nada! ¡Hale! ¡Largo! ¡Fuera!...» Pero, por bien que calculase, los jóvenes, ligeros como pájaros, esquivaban el golpe, y el palo daba en el vacío. Se escaparon con gran bullicio sin haber recibido ni un solo golpe.

Expulsados los jóvenes, la comadre Wang se sintió vengada. Señaló a los muchachos que se alejaban y, con un rictus de despecho, dijo recalcando las palabras: «¡Bien hecho! ¡Muy bien hecho! ¡Se han llevado su merecido, los imbéciles!» Mas, apenas hubo cerrado la boca, recibió en las nalgas un buen escobazo. La madre Li, que había marrado todos los golpes anteriores, asestó éste con todas sus fuerzas. La comadre Wang aulló: «¿Estás en tus cabales?». Sólo entonces comprendió la otra que había confundido el blanco. Barbotó: «¡Huy, perdóname, mujer! Es que me han trastornado el juicio, tú lo has dicho». Mas en su fuero interno pensaba: «Tampoco tú vales gran cosa. ¡Poco importa que te haya arreado un golpe de pasada!»

Los jóvenes, después de su desbandada, temiendo que la madre Li al quedarse sola tuviera alguna idea funesta, enviaron a su casa a dos viejas vecinas a que la distrajeran un poco, mientras se iba a llamar a la tía de Primavera para que la hiciera compañía unos cuantos días.

En cuanto a la comadre Wang, que se había llevado un buen golpe, tuvo que hacer tres cosas al llegar a su casa: friccionarse las nalgas, darse golpecitos en las piernas, para que se le pasaran los calambres, y hacerse la comida.

IV

Aún no se había alejado mucho Primavera, cuando algunos de los jóvenes que habían sido expulsados por su madre salieron corriendo tras de ella y le gritaron:

—¡Primavera, no te vayas tan de prisa! Tenemos que pensar lo que hacer.

—¿Para qué? ¡Yo sé adónde voy!

Dicho esto, reanudó su camino a todo correr sin volver la cabeza, como si huyera de un incendio, y no aflojó el paso, rendida y sin aliento, hasta que a su espalda se apagaron los últimos gritos.

Sola ya, prorrumpió en sollozos sin saber por qué, frente a los trigales que se extendían hasta perderse de vista y al sendero que serpenteaba por entre los campos.

Caminaba llorando. Moría la tarde cuando llegó al sitio en que trabajaban Ming-jua y otros de la cooperativa. La angustia pudo más que la verguenza, y le contó, anegada en llanto y en presencia de todos, lo que acababa de suceder. Cuando terminó, aún la estremecían los sollozos. La calmaron y prosiguió así:

—Ming-jua, una miserable como lo soy yo, según mi propia madre, no tiene que pensar en ceremonias de boda. Me voy contigo sin más, y así se verificará nuestro enlace.

Chao Ching-shan, el viejo director de la cooperativa, intervino.

—Primavera, la mentalidad de tu madre no puede cambiar de la noche a la mañana. Dejémosla tranquila, y ya veremos más adelante. En cuanto a la boda, no se casa uno así, de cualquier manera. Vete a vivir por ahora a casa de la cuñada Liu, la presidente de la Asociación de Mujeres. Yo me voy a Lisiaotuen. Ya hablaremos de la boda a mi regreso.

Primavera le interrumpió con un ademán de impaciencia.

—No debemos humillarnos ante esas gentes. No necesito ni un retazo de tela de la familia Li.

—No te preocupes, lo comprendo muy bien.

Por la noche, al volver de la aldea de Lisiaotuen, el viejo director reunió a todos los cooperadores.

Empezó a recorrer con la vista a todos los allí congregados, hombres y mujeres. Tenía que decirles todo lo que llevaba en el corazón. No tomó la palabra sino después de un largo silencio, y habló en voz baja, más emocionado que nunca.

—Como sabéis —díjo—, era tan pobre, que sólo pude casarme a los cincuenta y tres años, después de la reforma agraria. Me considero dichoso, sobre todo desde que mi mujer dio a luz un hermoso niño blanco y rollizo . . .

Se le estranguló la voz. Estas pocas palabras le habían bastado para ganarse el corazón de sus oyentes, que le miraban con fijeza, pendientes de sus labios. Al fin, su voz resonó de nuevo:

—Y ahora que hace ya varios años que terminó la reforma agraria, volveríamos a marchar por el camino de antaño, si no organizáramos grupos de ayuda mutua y cooperativas, si no siguiéramos el camino del socialismo. Unos empobrecerían de año en año, mientrás que otros, cada vez más ricos, tomarían jornaleros a su servicio. Veamos, por ejemplo, la familia de Ming-jua. La miseria les hizo marchar de aquí, y volvieron un poco tarde, por lo que recibieron menos tierra que los demás. Luego, una larga enfermedad clavó en la cama por seis meses a la madre, y eso les ocasionó tantos gastos, que jamás habrían podido pagar sus deudas, aunque hubiesen vendido toda su tierra, si no hubieran ingresado en la cooperativa . . .—alzó la voz y exclamó con indignación:—¡Y aún hay quien no lo ve! Para vivir en la época presente consultan todavía su viejo calendario. Y así ha ocurrido el que la madre Li haya querido obligar a Primavera a casarse con el hijo de los Chao, y haya terminado por echar de casa a su hija que no quería someterse a su voluntad, sin permitirle siquiera que se pusiese un traje

nuevo. Y quizá haya algún otro viejo testarudo que espere con oculta satisfacción que nuestros queridos Primavera y Ming-jua queden mal ante todos.

Al oir esto, los campesinos, cuyo corazón parecía próximo a estallar, comenzaron a agitarse. La voz de la tía Chang, jefe del equipo femenino logró dominar el tumulto:

—¿Estará ciega esa gente? Ya no estamos en la época en que murió el padre de Ming-jua. Nuestra vida era entonces tan miserable que no teníamos tiempo para ocuparnos de un niño de 7 u 8 años, obligado a mendigar por las calles. Además, tampoco se habría atrevido nadie a ampararle, tal era el miedo a los terratenientes. Ahora es distinto. Ming-jua es de la cooperativa: es como uno de nuestros propios hijos. ¡Que se fijen bien esos viejos obstinados y ya verán quién quedará mal en fin de cuentas!

Clamorosos aplausos acogieron estas palabras. Todos querían decir algo. La reunión duró hasta la media noche.

La víspera de la boda, la tía Chang fue a buscar a Primavera a casa de la presidente de la Asociación de Mujeres.

— Ya está todo listo — le dijo —, pero debes echar la última ojeada. Si algo no te gusta, no tienes más que decírmelo.

Primavera, muy colorada, aseguró que no iría a casa de Ming-jua para eso. La presidente insistió, y al fin tuvo que dejarse llevar.

Caminó todo el tiempo con la cabeza baja. El corazón le latía con violencia. Era, sin duda, por pudor, y también porque estaba tan próxima su boda: el mayor acontecimiento de su vida. Desde que cumplió los ocho años, su madre le había ido comprando con el dinero que podía ahorrar al cabo del año, bonitas y diversas telas de flores, hasta llenar un armario entero. Todo eso era para regalárselo el día de la boda. Así, poco a poco, ese día se

había revestido para ella de tanto misterio, y por eso mismo de tanto encanto. Lo había anhelado secretamente en el fondo de su corazón. Y ahora, que al fin llegaba ese ansiado día, no se había podido poner al salir de su casa ni unos zapatos decentes, así es que en la dote no había ni que pensar. Sabía, claro está, que la familia Li no nadaba en la abundancia. ¿Cómo iban a celebrar la boda? Resultaría verdad que iba a servir de risión a todos esos viejos testarudos? Al pensarlo, el corazón se le oprimía y experimentaba tal angustia y opresión como si tuviera clavado un puñal en el pecho. Pero se dominó pensando: «Vaya ¿por qué voy a darme un mal rato por eso? Ya verán más adelante. Cuando se tiene un firme propósito no sólo se mira lo presente, sino también lo porvenir.» Y se le vino a la mente una canción que entonaban antaño las jóvenes marcando el ritmo con las castañetas:

En su casa hay una cuadra y allí se casan
No me asusta su pobreza
Y tengo bastante entereza
para arrodillarme con él en el heno
y dar fe de amor eterno y sincero
Siendo los testigos la tierra y el cielo.

«¡Con qué constancia amaban las jóvenes de entonces!— se dijo — Y yo ¿qué he de temer, si hoy ya está hecha la reforma agraria, Ming-jua ha ingresado en la cooperativa, y marchamos hacia el socialismo. . . ?»

Chang se detuvo bruscamente y dijo con orgullo, señalando a la puerta de Ming-jua: «Mira el patio. ¿Te gusta?» Primavera lanzó una exclamación y abrió grandes ojos de asombro: apenas podía reconocer el patinejo. Las paredes, recién blanqueadas, tenían la albura de la nieve. La puerta estaba recubierta de brillante barniz y podía servir de espejo. De sus hojas colgaban dos papeles rojos en los que se leían sendas sentencias. «Organicémonos para marchar hacia el socialismo» decía la de

la derecha. «Esforcémonos, a fin de abreviar el período de transición», decía la de la izquierda. En una pancarta roja, colocada encima de la puerta, se leía: «Ante nosotros se abre un inmenso porvenir».

Transpusieron el umbral y se encontraron en el patio, barrido con gran esmero. De las tres habitaciones que lo encuadraban, dos estaban reservadas para los recién casados. Las paredes también habían sido blanqueadas, y el orden y la limpieza reinaban hasta en el último rincón. Incluso la pared de la porqueriza había sido levantada con una nueva fila de ladrillos. Los de la cooperativa habían traído tiestos con plantas cultivadas durante todo un invierno: crisantemos, melocotoneros floríferos y cactus, y los habían colocado formando una ancha franja verde al pie de la pared este.

Penetraron en las habitaciones destinadas a los recién casados. Chang abrió con gran viveza un paquete rojo y fue enumerando su contenido pieza por pieza:

— Estos son los trajes de boda y dos edredones, que han costeado los cooperadores con dinero que os adelantan de muy buen grado. Aquí tienes los regalos que os hacen las mujeres: dos pares de almohadones bordados con flores y cuatro pares de zapatillas para ti, bordadas también con flores. Estos otros dos pares de zapatillas negras son para Ming-jua. Aquí dentro hay pañuelos de seda y zapatillas bordadas que han enviado las mozas de la aldea de Lisiaotuen; aquí, dos pastillas de jabón, dos pares de calcetines y cuatro postales de Año nuevo, de parte de los estudiantes del Instituto de Agronomía de Pekín, que han venido a ayudarnos en los trabajos del campo . . . Y ahora . . . — y envió una sonrisa a la presidente de la Asociación de Mujeres—mira dos espejos de parte de nuestra presidente . . . Y esto — añadió un poco azorada—te lo regalo yo: un peine, un tarro de crema y una caja para los objetos de tocador. No es gran cosa, ahora que ya sabes el dicho: las pepitas de sandía son

pequeñas, pero tienen la forma del corazón — y se echó a reir coreada por Liu.

En ese preciso momento, entró en la habitación la madre de Ming-jua. Primavera se apresuró a tomarla de la mano y le hizo sentarse en el borde de la cama. La anciana dijo con voz trémula:

— Primavera, en toda mi vida he derramado tantas lágrimas como estos días, pero son lágrimas de alegría. Gracias a nuestro presidente Mao, el corazón humano no es como antes. — Diciendo esto, retiró de sus cabellos una horquilla de plata y se la ofreció a Primavera — Tuya es la famosa horquilla que nuestra anciana tía, la que vive en el patio de detrás del nuestro, ha guardado enterrada años y años. Me ha dicho: «Nunca me atreví a desenterrarla para mirarla un poco, y menos aún para usarla, de miedo que no se ennegreciera con el aire. Mi corazón parecía presentir desde hace años que Primavera iba a casarse con nuestro Ming-jua, y yo quiero que toda esa gente envidie las riquezas de nuestra cooperativa.» Primavera — prosiguió diciendo —, tengo más de sesenta años, y hasta ahora jamás había tenido en mis manos un objeto de plata, por pequeño que fuera.

Acto seguido, sin hacer pausa, le contó cómo los miembros de la cooperativa habían llevado cal de sus casas y se habían puesto a blanquear las paredes, cómo las mujeres habían cosido los edredones y habían barrido la casa y el patio. Y añadió dándole a Primavera una palmada amistosa en el hombro:

— Aunque estuviera hablando ocho días con sus noches, no acabaría de contar. En una palabra, todo ha quedado terminado en unos días, sin que me haya costado el menor esfuerzo, gracias a nuestro director, que se había encargado del asunto personalmente. No han querido aceptar de mí ni un sorbo de agua. ¿Por qué han hecho todo eso? — Señaló a Liu y dijo sonriendo entre lágrimas: — La cuñada Liu ha pensado en todo,

hasta en los cerdos, que ¡vaya si los han lavado bien! Es preciso, decía, que quede todo como nuevo.

Cuando aún hablaba, llegó Ming-jua. Primavera le tomó una mano, sin soltar la de su suegra. Parecía que quería decir muchas cosas, pero hubo un largo silencio y no pudo articular ni palabra.

Ming-jua interpretó su pensamiento.

—Primavera, ya estás en nuestra cooperativa y aquí tienes nuestro hogar—Hizo una pausa y prosiguió:—Ayer hubo una asamblea general de los cooperadores. Aprobamos el plan anual de producción. Sin consultarte, te he apuntado con cien jornadas de trabajo, y he dicho a todo el mundo que con esas cien jornadas de trabajo celebraba la venida de Primavera a mi casa.

La presidente de la Asociación de Mujeres y Chang exclamaron a un tiempo:

—¡Muy bien! Eso es para hacerle gritar a uno de alegría.

Primavera preguntó vivamente a Ming-jua:

—¿Y tú con cuántas te has apuntado?

—Con 250—respondió Ming-jua confuso, con la cabeza baja.

—¡Yo quiero hacer como tú!—dijo Primavera abriendo mucho los ojos.

Todos tuvieron que intervenir para hacerla entrar en razón y que reconociera que las mujeres, al fin y al cabo, no pueden compararse con los hombres, pues son amas de casa y tienen que guisar y coser, además de visitar a sus padres, y por tanto, 100 días de trabajo es bastante para una mujer. Insistieron tanto, que accedió a apuntarse con 150 jornadas de trabajo en vez de 250, como Ming-jua. La suegra dijo entonces:

—Ya soy vieja y veo mal; no puedo ir a trabajar al campo, pero, al menos, puedo encargarme de la casa. No tendréis que preocuparos ni de la cocina ni del lavado de ropa, ni de ninguna otra faena.

Al oir esto, Primavera se puso aún más contenta y dijo llena de impaciencia: «¡Vamos en seguida a apuntar mi nuevo compromiso!» Y olvidando que iba a celebrar de un momento a otro su boda, se fue a la oficina con los demás, como si hubiera vuelto a casa tras un día ordinario de trabajo. Por el camino, dijo a Chang y a Liu:

—Si las mujeres de nuestra cooperativa tienen que participar en cualquier actividad, ya sabéis que quiero ser una más: no os olvidéis de apuntarme. Como recién llegada, no estoy aún al corriente de ello; os ruego que me ayudéis en lo que podáis.

—¡Ni que decir tiene!—aseguró la cuñada Li—¡Ya sabíamos que eras una activista, mira qué cosas!

Y entraron en la oficina riendo alegremente.

V

La noticia de la boda se extendió en más de 10 leguas a la redonda. Y lo más interesante que contaban era que los cooperadores habían rogado a Ming-jua y a Primavera que montaran en dos caballos alazanes, los más briosos y de mejor estampa que había en la cooperativa. Los guardias encabezaban el cortejo con música de trompetas y tambores. Detrás marchaban las afiliadas a la Asociación de Mujeres y los escolares formando una larga columna. Además, los de la cooperativa habían uncido diez hermosos mulos a cinco grandes carros. En los tres primeros iban los niños y las ancianas, y en los dos últimos se habían montado los músicos, que habían ofrecido voluntariamente su concurso. El cortejo desfiló primero por las calles y callejuelas del pueblo. Luego se dirigió a la aldea de Lisiaotuen, para que vieran aquellos viejos testarudos si los de la cooperativa eran pobres y estaban dispuestos a quedar mal.

Entraron en la aldea con gran estrépito de tambores y batintines, clarinetes y flautas, y lanzaban estentóreas

consignas haciendo retemblar la tierra y el cielo. Algunas viejas paralíticas llamaron a los hijos en su ayuda para que las sacaran a la puerta de la calle a ver el festejo. Niños y mujeres se agregaron espontáneamente a la comitiva. Al ver a Primavera y a Ming-jua a caballo, Siu-fang y otras muchas jóvenes los saludaron agitando pañuelos de flores, con los ojos llenos de lágrimas. La madre de Primavera, muy turbada, no se atrevió a mostrarse en la calle y se conformó con echar unas cuantas ojeadas por la rendija de su puerta.

Desfilaron por tres pueblos. La muchedumbre que seguía a los novios engrosaba cada vez más. Y cuando se dispersó el cortejo a la caída de la tarde, sus filas se habían triplicado por lo menos.

Apenas Primavera y Ming-jua hubieron echado pie a tierra, de regreso a su casa, varias mujeres de la cooperativa se pusieron a ayudar a la suegra: una trajo agua para que se lavaran, otra bollos, otra carne y demás viandas. Después de la comida, la suegra, temiendo que los novios cayeran enfermos después de un día de tanto trajín, les preparó solícita dos tazones de caldo con huevo hilado, en los que sobrenadaban brillantes gotas de aceite de sésamo. En eso llegaron unos cuantos jóvenes que armaron gran algazara en el aposento nupcial, donde se habían refugiado los novios. Pidieron a la novia que cantara una canción, que entonara unas coplas, que bailara el *Yangge* . . . El alboroto duró hasta la media noche, hora en que hay costumbre de ponerse a escuchar a la ventana de los novios. La costumbre exige también que se rompa el papel de la ventana para mirar adentro. Pero esa vez, la madre de Ming-jua no lo permitió:

—¡No hay por qué regirse por el viejo calendario! No dejaré que nadie me rompa la ventana. Hace tanto frío que hasta el propio presidente Mao y el alcalde tendrían lástima de la novia. ¿Y vosotros seréis tan despiadados?

—¡Marcháos, muchachos! —les conminó el director Chao Ching-shan. —Esta noche no permitiré a nadie

que escuche junto a la ventana de los novios. Están muy fatigados los dos. Comprended que si los dejáis tranquilos, os dejarán a su vez en paz, cuando os caséis.

Primavera y Ming-jua estaban juntos al lado de la mesa sin rechistar. Escuchaban lo que se decía al pie de la ventana.

Todos se marcharon. Sólo se quedaron allí el director y la cuñada Liu. Temían molestar a los recién casados, y barrieron el patio sin ruido, caminando de puntillas. Colocaron en su sitio todos los objetos dispersos acá y allá, atrancaron el gallinero, metieron a los cerdos en la pocilga y cerraron con cuidado todas las puertas.

Primavera y Ming-jua lo oyeron todo y sintieron nacer en sus corazones una inefable sensación de paz y de dulzura. Primavera se arrojó en los brazos de Ming-jua y se puso a llorar silenciosamente. Había comprendido en lo íntimo de su ser, que su verdadero hogar era la cooperativa agrícola.

Ming-jua la estrechó con fuerza entre sus brazos y contempló su rostro que la felicidad arrebolaba. De súbito, recordó que cuando él tenía siete años, alguien lo tuvo abrazado también, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

Ese año, su padre, que trabajaba para el terrateniente Chao el Octavo, fue acusado por éste de estar en relación con el Partido Comunista. Lo colgaron de un árbol y lo mataron a palos. Su madre, con la muerte en el alma, se desplomó sobre el *kang* y estuvo sin conocimiento tres días. No tenían nada, ni un grano de arroz que llevarse a la boca. Ming-jua, no pudiendo resistir el hambre, fue con mucho sigilo a un huerto de calabazas en las afueras del pueblo. A la luz de la luna, tanteando aquí y allá, encontró una calabaza muy gorda bajo las anchas hojas de una mata. La alegría le cortó la respiración. «Se la llevaré a madre y se levantará de la cama en cuanto se la coma.» Se disponía ya a cortar ese tesoro, cuando un hombre salió tosiendo de su choza.

Espantado, el chiquillo se tiró de bruces bajo las anchas y frondosas hojas, y esperó con impaciencia. «Vete a acostar, buen viejo» se decía. Pero el hombre, sentado bajo la luz de la luna, fumaba su larga pipa sin menearse de allí.

Al día siguiente por la mañana, el viejo encontró bajo las hojas de calabaza a un niño, con las nalgas al aire, que apretaba contra su pecho una gruesa calabaza que no había llegado a desprender de su tallo. El niño dormía profundamente. Lo examinó. «¡Si es Amiguito!», se dijo, aplicando a Ming-jua su sobrenombre infantil, y se apresuró a desabrocharse la chaqueta forrada de algodón y a estrecharlo contra su pecho. «Amiguito, ¿qué enredabas ahí?»

Ming-jua abrió los ojos con un gesto de extrañeza y dijo muy asustado: «Yo, yo . . . yo he venido a robar una calabaza ¡Es que madre tiene tanta hambre! . . .»

El viejo lo miró largo rato con los ojos empañados de lágrimas. Luego lo puso en el suelo y le dio una calabaza, la mayor de todas.

—¡Toma! Te la doy, llévatela y ven a pedirme más, cuando os la hayáis comido.

Desde ese día Ming-jua no había olvidado al viejo, que no era otro, sino el propio director Chao Chin-shan.

Después de haber sido nombrado director, era siempre el primero en la faena y el último en gozar de los frutos del trabajo. Todos los años, después de la cosecha de otoño, cuando se repartía el grano siempre había alguno que decía: «Prefiero un poco más de grano», o «Prefiero un poco más de habichuelas».

Si se le preguntaba al director qué prefería, respondía invariablemente: «Que elijan los demás. Yo tomaré de lo que más quede». Su mujer, llevándoselo a un lado, le decía: «¡No seas tan tonto! No debe uno aprovecharse, pero tampoco hay que salir perdiendo». El director le respondía displicente: «¡No te preocupes! ¡Vete a descansar!». Lo cierto es que la vieja no tenía por qué

inquietarse. Los cooperadores eran conscientes. Sabían que su anciano director trajinaba todo el día y mostraba gran solicitud por todos, y le pagaban con la misma moneda. Ming-jua lo sabía aún mejor, y veía incluso que con un director como aquél la hermosa época del socialismo llegaría antes de lo que se pensaba.

Desde que se casó con Ming-jua en el mes de marzo y hasta que se recogió el trigo, Primavera no había vuelto a casa de su madre. Con frecuencia quedaba pensativa mirando a lo lejos, hacia donde estaba su pueblo. Pensaba en el patinejo de su casa con el azufaifo, en las tres habitaciones del Norte, donde había nacido y se había criado. Pensaba incluso en el taburete en el que sentaba desde muy niña. Pensaba, sobre todo, en su madre. Muchas veces había pedido a los dirigentes de su pueblo, que tratasen de convencerla, pero no sabía cómo marchaba el asunto.

Un día, al obscurecer, Siu-fang fue a su casa y le dijo: «Primavera, ve a ver a tu anciana madre. Te echa tanto de menos que está pálida y delgada. Ha oído decir que vivís muy felices, pero le da verguenza venir a veros».

Al día siguiente, la suegra molió cinco o seis libras de trigo y coció al vapor tortas con dulce de azufaifa, bollos rellenos de carne picada y bolitas en forma de melocotón con un piquito pintado de rosa, como los labios de una recién casada. Había suficiente para llenar tres cestas.

Los jóvenes esposos se pusieron sus trajes nuevos, uncieron los animales al carro y marcharon a la casa de la madre con los regalos.

En cuanto entraron en el pueblo, les siguió una gran muchedumbre. Varias muchachas, con Siu-fang a la cabeza, salieron a su encuentro y se montaron con ellos en el carro. Los chiquillos corrían detrás cantando maliciosos una coplilla que acababan de componer los del Pueblo del Sur:

Rojas son las flores del grando,

Rojas las de tu hogar, Ming-jua.
Dulces como la miel pasan los días.
Todos a vuestro paso
Dicen maravillas

Las jóvenes miraron a Primavera y a Ming-jua y éstos, a ellas, y rompieron a reir a un tiempo.

Al verlos en su càsa, la madre no supo qué decir; se puso afanosa a calentar agua y a prepararles la comida, enjugándose furtivamente las lágrimas.

Vinieron a verles muchos vecinos. Sólo se abstuvo la comadre Wang. La madre de Primavera los obsequió a todos con los regalos que le había traído sú hija. No se cuidó mucho de tener en cuenta a la comadre Wang en el reparto.

Por la tarde, cuando iban a marcharse, pidieron a la madre que los acompañara e hiciera una visita a su consuegra. Al principio se negó, pero cuando vio ya preparado el carro, y los dos hermosos mulos de lustroso pelo, se dijo: «En toda nuestra aldea no hay dos mulos como éstos. No me voy a desprestigiar por ir a casa de mi hija en un carro así». Y echando una mirada a su alrededor, subió al carro muy alegre.

Presa a la vez de curiosidad y de turbación, entró en el pueblo de su nueva pariente, preguntándose qué cambios iba a encontrar. A la primera ojeada se quedó con la boca abierta al verlo todo recién pintado. Se apeó del carro; su consuegra la acogió con cariño: «Ah, ¡cuánto me alegro de verte! ¡Bienvenida!»

Ya en el patio, miraba a derecha e izquierda y no daba crédito a sus ojos. Primavera abrió de pronto la puerta de un cobertizo adosado a la pared norte de la casa. Al ver lo que había dentro, la madre abrió grandes ojos de asombro. «¿Pero es vuestro todo ese grano?»

La suegra se limitó a sonreir discretamente, mientras que Primavera y Ming-jua exclamaban al unísono: «¡Claro que sí!»

—¿Cómo habéis podido recoger más grano que yo, si tenéis menos tierra? —preguntó asombrada.

Después de cenar, los jóvenes esposos fueron a una reunión de los cooperadores. La suegra se puso a dar minuciosas explicaciones a la madre Li. Le dijo que cuando trabajaba ella sola, no tenía con qué comprar abonos, por lo que la tierra rendía poco. No había podido abonarla hasta que ingresó en la cooperativa. En seguida, la cosecha aumentó en un medio. Aquel año la cosecha había sido mayor que los anteriores, como era lógico, porque en la familia había el doble de brazos. Y al referirse a ello, tomó la mano de la madre Li en las suyas y la felicitó. «Tu hija no trabaja menos que Ming-jua. Es una muchacha animosa, que no consintió siquiera que los demás notaran que se le habían llenado las manos de ampollas. Si yo no hubiera estado enferma el año pasado, y si no hubiéramos tenido que pedir dinero prestado para la boda, aún tendríamos más grano. Y eso, que la cooperativa no ha querido que devolviéramos de una vez el dinero recibido. Y yo he dicho: «Ya que los cooperadores se preocupan tanto de nosotros, debemos pensar también en los demás: tomaremos sólo el grano preciso para nuestro sustento».

Conforme hablaban, las dos nuevas parientes se fueron haciendo más confidencias. La madre de Ming-jua contó a la otra con muchos pormenores cómo iban juntos al campo los dos esposos y cómo se ayudaban el uno al otro a aprender los jeroglíficos a la luz de la lámpara. Luego añadió: «Antes, pedirle a Ming-jua que fuera a recoger un brazado de ramas para encender la lumbre era casi pedirle un imposible. Ahora no tengo ni que decírselo. Ya procura él ayudar a Primavera a hacer la comida. A veces, traen los dos sendos brazados de paja de arroz para la lumbre, y yo no tengo que preocuparme de nada. Con frecuencia, en plena noche, se ponen a estudiar y charlan y ríen al mismo tiempo . . .» La madre se lamentó sin poderlo remediar:

«¿Por qué no habré nacido cuarenta años más tarde?» Las dos ancianas rieron a carcajadas hasta saltárseles las lágrimas; el gato, que estaba cerca de ellas, espantado, escapó de allí de un salto y fue a dar contra la jaula de los pollos, que empezaron a piar desesperados.

Impresionada aún por lo que había escuchado, la madre de Primavera entró en la habitación de su hija, que conservaba aún el aspecto de una alcoba nupcial. Los colchones y las mantas eran nuevos, y nuevas, también, las ropas y las zapatillas, bien colocadas en el armario. Se dijo que allí no había ni un solo regalo suyo. Sobre el alféizar de la ventana había una foto de los recién casados. La pareja parecía mirarla sonriendo. Enrojeció, y comprendió que se había portado mal con su hija. Por lo que ahora veía, Ming-jua era el mejor marido para Primavera. La buena mujer se decía: «¡Qué tonta era yo entonces! ¡Cualquiera habría dicho que de mi corazón se había apoderado un mal demonio!»

Al día siguiente, los jóvenes esposos llevaron a la madre a que viera la cooperativa. Lo que más envidia le dio fue una decena de robustas mulas y caballos, una veintena de cerdos, tan gordos que apenas podían andar, y cuatro lagares. No pudo contenerse y preguntó:

—¿Todo esto es vuestro también?

El yerno respondió con la mayor naturalidad:

—Eso no es nada, lo que más vale son las máquinas. No está lejos el día en que las empleemos para trillar y hacer aceite. Todas las cosas que hay aquí, por mucho que valgan, son de todos los cooperadores, y por lo tanto, nuestras también.

A la hora de marcharse, la madre procuró mostrarse serena. Pero su hija se había dado perfecta cuenta de que se reía para sus adentros y debía de decirse: «Antes me parecía que los búfalos de la familia de Chao Chiu-si eran más altos que una casa, eran la maravilla de las maravillas. ¡Pues lo que es, esos búfalos no valen ni lo que una gallina de la cooperativa agrícola. . . .!»

Al otro día, de regreso en su casa, la madre de Primavera pidió a Siu-fang que la acompañara a casa de su hija, pues quería llevar a lomos de su mulo negro dos enormes paquetes con todo lo que había preparado para la dote, amén de dos cortes de seda roja, recién comprados, para hacer dos edredones, de dos toallas de felpa blanca de excelente calidad y de un gorro de piel para su yerno; además había comprado a ambos sendas estilográficas de la marca Singmin.

En cuanto llegó a casa de su hija, ésta le dijo afable:

—Mamá, te vas a aburrir en casa. Harías bien si agregaras tu tierra a la cooperativa y te vinieras a vivir con nosotros.

La suegra era de la misma opinión:

—Hace mucho que había pensado en eso. Mientras ellos dos trabajan en el campo, nosotras nos encargaremos de los quehaceres domésticos y nos consultaremos para todo. ¡Qué bien estaría eso!

—Por mí no hay inconveniente, —respondió la madre— pero después de un jaleo tan reciente, si me mudara en seguida, se burlarían de mí por detrás. Será mejor esperar algún tiempo.

Siu-fang dijo la última palabra:

—No hace falta que te mudes. En nuestra aldea también vamos a organizar una cooperativa agrícola.

27 de abril de 1954

No hay que seguir ese camino

por Li Chuen

I

Cuando a Chang Shuan se le metió en la cabeza la idea de vender su tierra, en todo el pueblo no se habló de otra cosa.

A decir verdad, Chang Shuan tenía para vivir muy decentemente. Eran cuatro de familia, tenían cerca de una hectárea de tierra recibida durante la reforma agraria, y habrían podido vivir con holgura si el bueno de Chang hubiera cuidado sus campos en vez de estar traficando siempre con el ganado a tontas y a locas. Mas a Chang Shuan no había cosa que más le gustara que empuñar una varita y rondar en busca de algún chalán. La primavera anterior había cambiado su buey bermejo por un borrico. Pero un burro en la labranza no rinde igual servicio que un buey. A los diez días escasos, lo vendió. El resultado del chalaneo fue que perdió unos 20 yuanes y no pudo ya comprarse ni un ternero. Uno de los dirigentes de su pueblo fue a hablar con él y le dijo:

— Chang Shuan, te convendría dejar de una vez esos manejos. Cuando uno se pasa de listo, acaba por quedarse en camisa.

Chang Shuan no hizo ningún caso del consejo. Pidió a su cuñado cien yuanes, fue a la villa de Chouchiakou y se trajo dos bueyes viejos. Hubo una fuerte helada que quemó los trigos, y el precio del ganado sufrió un

brusco descenso. El chalán inveterado tuvo que pedir prestado pienso para sus animales, y después de muchas fatigas logró deshacerse de ellos cuando comenzó la labranza estival. Este segundo negocio terminó con la pérdida de un burro y de varias decenas de yuanes que quedó a deber a su cuñado.

«El dinero que se debe — dice un refrán — es como una ventosa pegada al lomo».

Chang Shuan era un modesto campesino y aquello le puso en un gran apuro. Día y noche se devanaba los sesos buscando una solución. Estaba en un atolladero y no sabía cómo salir de él.

Su cuñado iba diariamente a reclamarle el dinero que le debía. Estas visitas interesadas terminaban siempre con violentas discusiones. Chang Shuan se disculpaba como podía y suplicaba que le concediera cierto plazo. Al fin, harto ya de ruegos y de excusas, se dijo con desesperación: «¡Tanto peor! ¡Vendamos la tierra, vendamos «El banderín»! ¡Ya veremos si faltan compradores!»

«El banderín» era la mejor tierra del pueblo, una parcela en forma de triángulo, a lo que debía su nombre. Estaba a la orilla de un riachuelo y se recogían dos cosechas al año. Todos los labradores lo codiciaban. Lo llamaban incluso el «granero» del pueblo.

Chang Shuan había tomado esa resolución extrema estando seguro de que encontraría comprador, y que con la venta obtendría lo menos cien yuanes. Pagadas las deudas, le quedaría con qué intentar un nuevo golpe. Los trabajos del campo no eran su fuerte, por eso el producto de tan ingratas faenas no tenía ya la virtud de satisfacerle.

En cuanto se supo que el campo estaba a la venta, todos los vecinos del pueblo empezaron a hacer conjeturas. Unos auguraban un comprador; otros, otro; pero nadie sabía nada de cierto. Era verdad que después de la Liberación varias familias vivían con mayor holgura,

pero ésa no era una razón para que comprasen tierra necesariamente. Dos campesinos medios habrían podido, en rigor, ser los compradores, pero como estaban siempre quejándose de su penuria, habría sido una desfachatez que se quedaran con tan buen bocado. Después de muchas discusiones, todo el mundo convino en que sólo Sung Lao-ding, que hacía dos años había rehecho su vida, podía ofrecerse como comprador. ¿Acaso su hijo menor, que trabajaba de carpintero, no le enviaba todos los meses docenas de yuanes? ¿El propio Lao-ding no había manifestado en varias ocasiones su propósito de adquirir algunas propiedades? Esos razonamientos eran muy lógicos, sin duda alguna, pero aunque Lao-ding era el único que podía comprar la tierra, nadie habría podido jurar que así lo hiciera sin falta, pues Tung-shan, su hijo mayor, era comunista.

II

«Cuando el río suena, agua lleva», dice un refrán. El caso de Lao-ding venía a corroborar su justeza. Todo lo que se decía de él tenía fundamento. Sólo en el último año Lao-ding había recibido, una detrás de otra, ocho cartas certificadas, que le enviaba Tung-lin, su hijo menor. Cada una de ellas contenía una cantidad de dinero que ponía al viejo cada vez en mayor cuidado. Aunque en toda su vida no había podido gastar calcetines de hilo, no se decidía a comprarse un par. No pensaba más que en su bolsa. Lo que más anhelaba era hacer que se multiplicara ese capitalito. La primavera anterior Tung-shan, su hijo mayor, le había pedido en vano dinero para comprar terrones de soja con que abonar la tierra. Otra vez, el equipo de ayuda mutua hizo una colecta para cavar un pozo en una hondonada. Tung-shan acudió de nuevo a su padre, que volvió a negarse diciendo:

— Yo tengo otro parecer de cómo emplear ese dinero, ya verás más adelante.

Tung-shan era orgulloso. Renunció a sacar dinero a su padre y, no obstante, fue uno de los últimos en darse cuenta del deseo que tenía el viejo de comprar tierras.

Al saber que Chang Chuan iba a vender «El banderín», Lao-ding sintió alegría y angustia, mas a nadie confió sus sentimientos. Sentía la misma impresión que en tiempos, cuando la litera nupcial le llevó a casa a su futura. El preguntaba afanoso a derecha e izquierda inquiriendo noticias.

A la hora del desayuno, llamó muy serio a Tung-shan y con mal disimulada satisfacción le preguntó:

— ¿Es cierto lo que se rumorea de que Chang Shuan quiere vender su tierra?

— No, no la vende — respondió Tung-shan lacónico.

El viejo no supo qué añadir y él se apartó de allí con su tazón de arroz.

Tung-shan volvió por la noche. Encontró a su padre. con la pipa en la boca fumando sin parar. A su lado dormitaba la madre.

— Ha venido a buscarte uno del Ayuntamiento- dijo Lao-ding a su hijo- ¿lo has visto?

— Sí, padre.

Tung-shan habría querido añadir algo, pero no encontró las palabras apropiadas. El viejo esperaba su respuesta para volver al asunto de la venta de las tierras. Se decía que su hijo era bastante testarudo, pero con los jóvenes había que saber explicarse con paciencia. La habitación silenciosa parecía vacía. Lao-ding añadió con cierta vacilación:

— He visto hoy a Wang Lao-san. Dice que Chang-shuan ha asegurado que venderá «El banderín». Esa parcela la conozco como la palma de la mano. Es tierra negra. Si llueve, da más que una tierra bien abonada.

El viejo hizo una pausa, dio fuertes chupadas a su pipa y prosiguió:

— Durante la reforma agraria le dieron ese terreno a Chang Shuan. Yo me preguntaba por qué no nos había correspondido a nosotros. Claro, como éramos dirigentes no podíamos disputarle esas tierras. Ahora la vende por su propio deseo y es muy diferente; ¡no debemos perder tan buena ocasión!

Sin apartar la mirada del rostro de su hijo, añadió con mucha solemnidad:

— ¿Qué es lo que hace respetable a un campesino más que la posesión de algunas tierras?

Tung-shan se esperaba esas manifestaciones, pero antes de que respondiera, el padre dio un suspiro y continuó diciendo:

— ¡Para qué quiero el dinero más que para emplearlo en provecho tuyo y de tu hermano! ¡No podré velar por vosotros toda la vida!

— Chang Shuan no venderá la tierra — replicó Tung-shan sonriendo — No hagas caso de las habladurías de Wang Lao-san.

— ¿Que no la venderá? — exclamó Lao-ding con una risita de complacencia — Pues creo que no ando descaminado al pensar que nadie se presentará para pagar por él el montón de deudas que ha contraído.

— No está tan endeudado — respondió Tung-shan, y prosiguió diciendo con energía:

— Esta tarde le he hablado del asunto. Chang Shuan no posee muchas hectáreas; no tiene más que una en todo y por todo. Si vende la más pequeña parcela ¿qué será de él? Nosotros también hemos sido campesinos pobres. Si ahora atraviesa dificultades debemos ayudarle a salir adelante. ¡No debemos comprarle la tierra!

Lao-ding se impacientó. Recordaba haber oído cuchichear que como Tung-shan era militante del partido no podía comprar ni vender tierras ni prestar con usura. Pensó que a eso se debía el que su hijo no se atreviera a presentarse como comprador. Se encolerizó:

— ¿Y por qué no podemos comprarla? ¿Sólo los demás pueden hacerlo? El que compra y el que vende hace su voluntad. No los extorsionamos abusando del poder. ¿Por qué no se puede comprar?

Tung-shan, que no esperaba esta salida, perdió por un momento su sangre fría y replicó:

— ¡No hay que enjuiciar así la cuestión! Es cierto que Chang Shuan está dispuesto a vender su tierra, pero también puede no venderla. Sólo necesita que le presten unas decenas de yuanes. No debemos ver de brazos cruzados como se arruinan los demás. Le he prometido prestarle cincuenta yuanes . . .

Lao-ding no le dejó terminar. Abrió mucho los ojos, inyectados de sangre, y le interrumpió:

— ¿Cuándo se lo has prometido?

— Esta tarde.

El viejo se levantó de un salto, congestionado, hinchadas las venas del cuello, y exclamó a voz en grito:

— ¡Es Tung-ling quien ha ganado ese dinero! No es tuyo. ¿Y tú haces avances? ¿Tú prestas dinero? ¿Por qué no le has prestado a tu propio padre? ¿Y por qué no a tu propia madre?

El viejo se echó una blusa sobre los hombros y salió furioso. La madre, despertada por los gritos, observó en son de queja:

— Es como para la boda de tu hermana: no sé cuantas veces le pedí a tu padre un poco de dinero para hacer algunas compras y que si quieres. No tiene más que un pensamiento: comprar tierra. ¿Por qué discutes con él? No sirve de nada.

III

Una discusión entre padre e hijo no es una cosa tan terrible. Siu-lan, la mujer de Tung-shan, se asustó mucho, no obstante. Salió corriendo a la calle tras de

su suegro para tratar de aplacarle y le rogó que volviera a casa. Pero el viejo le respondió en un tono glacial:

— No quiero volver. Quiero estar aquí sentado un poco.

Calló un momento y añadió:

— No armes jaleo y no te agites; no hay ninguna necesidad de que se entere todo el mundo.

Siu-lan volvió a casa y encontró a su marido echado en la cama y suspirando profundamente.

— ¿Sigues enfadado? — y lo miró sonriente para calmarlo.

— No tengo ninguna razón para ello — respondió Tung-shan con una voz que quería ser tranquila.

Ella se puso a regañarlo con dulzura. -

— ¿No sabes lo que preocupa a papá? Ya ha hecho su plan. Si quiere comprar la tierra para Tung-ling, que la compre. ¿Para qué te metes en ese asunto?

— ¿Cómo puedes hablar así? — replicó Tung-shan incorporándose bruscamente — El asunto no consiste en saber quién comprará la tierra; se trata de no dejar a Chang Shuan que se desprenda de ella. ¿De qué va a vivir después? Cuando se encuentra uno ante una desgracia como ésa, hay que tratar de ponerle remedio. ¡Uno no es comunista simplemente para llevar una etiqueta!

Después de proferir estas palabras, prosiguió ya más sereno:

— Sé que no he cumplido con mi deber. Antes de la siega, pasé junto al campo de Chang Shuan. Los tallos de trigo crecían diseminados como varitas de incienso, y ese espectáculo me hizo daño. Todos nosotros hemos sido campesinos pobres, y yo, sabiendo que él no estaba acostumbrado a las faenas del campo, no le he ayudado nada. Los que iban al mercado decían al ver aquel cuadro desolador: «¡Mira ese campo de trigo, no dará ni la simiente!» Al oir esas palabras sentí la misma impresión que si hubiera recibido una bofetada. Estaría bonito que

siguiendo tu consejo no me ocupara más que de mí mismo. ¡Y pensar que eres de la Juventud!

Estas últimas palabras, pronuncidas con ironía y amargura al mismo tiempo, irritaron a la mujer, que respondió con viveza:

— ¿Me permites que te haga una pregunta? Conmigo te las das de listo, pero ¿por qué no has desembuchado todo eso al hablar con tu padre? Ahora sueltas discursos, pero ¿por qué permaneces mudo delante de él?

— Me ha dejado con la palabra en la boca — replicó Tung-shan — ¡qué quieres que le haga!

— Yo también tengo que hacerte reproches — dijo Siu-lan — Cuando estamos en familia no le dices nada. Entre padre e hijo no se cruza una sola palabra. Tomas tu tazón de arroz y te vas a la calle. Te echas una blusa por los hombros y ya estás camino del ayuntamiento. Tú haces el comunista y él, el campesino. Si ocurre algo, es él el que debe someterse a tu criterio ¡y aún te asombras de que no esté de acuerdo!

— En fin: me estás dando una lección- dijo Tung-shan un poco vejado, pero riéndose así y todo, convencido en su fuero interno de la justeza de las observaciones de su mujer.

Siu-lan iba a decir algo más, pero en eso se oyeron pasos en el patio. Era Lao-ding que volvía. La mujer guardó silencio. Cuando el viejo estuvo dentro, Tung-shan prestó oído. La madre pronunció algunas palabras ininteligibles, pero al viejo se le oyó decir claramente:

— Puede prestar dinero a su antojo, con la condición de que sea suyo, puede prestar una fortuna, todo un reino.

Siu-lan se rio silenciosamente y dio un suave empellón a su marido.

— ¡Eso va por ti! — le dijo.

IV

El sol acababa de mostrar su faz rubicunda y el silencio matinal reinaba aún en la aldea. En los campos se oían los gritos lejanos de los labradores que uncían los bueyes.

Lao-ding no fue al campo. Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama pensando sin parar en la compra de la tierra. Al alba fue a casa de Wang Lao-san.

Antes de la Liberación, éste era el administrador de un terrateniente; estaba en todas partes y por sus numerosas actividades había llegado a ser una persona importante en el pueblo. Pero desde hacía algunos años los vecinos de aquellos contornos no se ocupaban más de él. No obstante, sabía hacerse el humilde y procuraba ser bienquisto. A los viejos y a las viejas les hacía horóscopos, y al hablar con los dirigentes se torturaba el magín para emplear términos progresistas. Antes, ni se le habría pasado por las mientes posar los ojos en Lao-ding, pero ahora sabía que Tung-shan era estimado por los vecinos del lugar, y eso le hacía tener muchas consideraciones con el padre. Habiéndole consultado éste para la compra de las tierras, se desvivió por conseguirle informes.

Apenas Lao-ding hubo franqueado el umbral, Wang Lao-san corrió a su encuentro.

—¡Salud, hermano! — exclamó — Ayer quería ir a verle. El asunto de Chang Shuan está ya casi en la mano.

— Parece ser que no quiere ya vender la tierra — replicó Lao-ding con parsimonia.

— Tanto mejor; no está mal dejar que las cosas maduren. De todas maneras, yo estoy al tanto. Chang Shuan ha intentado pedir algunos préstamos y conservar la tierra. Yo le he dicho: «¿Estás lelo? Para salir del mal paso tienes que decidirte. ¿Por qué vacilar? Cuando se pide prestado hay que devolverlo». Ya le volverá el deseo de vender, estése tranquilo.

Acercando los labios al oído de su interlocutor, añadió confidencialmente:

— Le garantizo que el campo será suyo. ¡Vaya negocio! ¡Una sola cosecha de trigo el año que viene y se reembolsará la mitad del precio de la tierra!

Lao-ding se sintió molesto y le desagradaron los almibarados gestos del compadre.

— Si le disgusta vender la tierra, no seré yo quien le obligue — observó.

Wang Lao-san dándole una palmadita en la espalda protestó:

— Hermano, — exclamó — hay pocas ocasiones como ésa. No hay que desperdiciarla. Piense que ahora tiene usted una hectárea y media; si añade a eso una hectárea más, habrá de qué pagar a un bracero y podrá tener uno.

En sus labios apuntó una sonrisa, y añadió:

— Ha doblado toda su vida el espinazo, ¿no es cierto? Pues justo es que descanse al fin un poco.

Lao-ding había bajado la cabeza y no respondió. Una idea le zumbaba en el cráneo: «¿Será posible que tome a mi servicio un bracero, yo que lo he sido durante dieciocho años?»

Después de salir de la casa de Wang Lao-san le asaltaron los recuerdos. Recordó que en tiempos, Wang Lao-san, entonces al servicio de un terrateniente, tenía el mismo gesto zalamero que ahora le ponía a él. Mientras se derrengaba en lo más ardiente del estío en casa del propietario Chou, Wang Lao-san, arrellanado al lado del amo, se abanicaba con delectación viendo sudar a los demás. Al evocar esa imagen, Lao-ding escupió y murmuró:

— ¡Que se vaya al diablo! Siempre se arrima al sol que más calienta.

Lentamente llegó a la era, donde se alineaban los almiares. Los comparó como buen entendido. Sus ideas cambiaron de derrotero. Se dijo:

— Si compro la tierra de Chang Shuan, ya se verá para la próxima cosecha de quién será el mayor almiar.

Le parecía que su almiar crecía a ojos vistas. Una multitud de criados trabajaba para él. . . Al lado, el almiar de Chang Shuan se encogía como una piel de zapa y quedaba reducido a una miserable gavilla. De pronto, pensó en los hijos de Chang Shuan. Le pareció ver a niños famélicos pequeños esqueletos que se lanzaban hacia él. Apretó el paso y volvió a su casa. Siu-lan y la madre estaban en la cocina haciendo ravioles. Hablaban animadamente. Oyó la voz de su nuera:

— Papá continúa siempre con sus viejas ideas.

Lao-ding prestó oído. Su mujer lo defendía.

— ¡Lo hace por vosotros! El está ya con un pie en la sepultura. Por vosotros se rompe la cabeza. Las bocas aumentan de año en año y él está obligado a ser previsor.

— Para nada necesitamos su previsión — replicó jovialmente la nuera — ¿No somos de un equipo de ayuda mutua? El año próximo, si en el pueblo se organiza una cooperativa, ingresaremos en ella. Más adelante se cultivará la tierra con máquinas. ¿Qué necesidad hay hoy en día de hacerse mala sangre para ganarse el sustento?

A Lao-ding le tembló el bigote de indignación.

— Tengo un hijo tozudo, y por si algo me faltaba, una nuera loca — pensó.

Cuando se sentaron a la mesa, Siu-lan sirvió el desayuno. Lao-ding volvió la cabeza para no verla.

— Papá, —decía ella — coma, que se le va a enfriar.

Lao-ding se hacía el sordo. Al cabo de un momento declaró bruscamente a su mujer:

— No voy a desayunar aquí; me voy al mercado a comer un plato de carne.

Tomó unos panecillos cocidos al vapor y añadió:

— ¿Por qué no voy a darme ese gusto? ¡He regado mis campos con sudor y sangre, y vaya una recompensa que encuentro!

Lanzó furiosas miradas a Siu-lan, que disimulaba la risa vuelta de cara a la pared.

Lao-ding fue efectivamente al mercado, pero no comió carne. Tomó sólo una sopa de soja y desmigajó en ella los panecillos.

V

Las querellas entre Lao-ding y Tung-shan tenían la siguiente particularidad y es que cuanto más furiosos estaban, con más ahinco trabajaban. Incluso cuando conducían entre los dos la sembradera trabajaban horas enteras sin cruzar una sola palabra. Ni uno ni otro habrían consentido en tumbarse un rato a descansar y aplacar su mal humor.

La primavera anterior, Tung-shan prometió a uno prestarle la carreta y el viejo no lo consintió, esto ocasionó una riña que duró diez días, durante los cuales no se dirigieron la palabra. Esta vez, pensaba Lao-ding, el enfado duraría lo menos una quincena.

Una tarde, Tung-shan volvió a casa al anochecer después de una reunión de la célula del Partido. Encontró a Lao-ding echando el pienso al buey. El viejo, haciendo como que buscaba el heno, fingió no verlo.

— Padre — dijo Tung-shan —, cuando recojamos las mieses, deberíamos plantar guisantes.

Lao-ding no esperaba que su hijo le dirigiera la palabra; lo miró y lo vio sonriente, aunque algo confuso. Comprendió que quería reconciliarse.

— También lo creo así — respondió parsimoniosamente —. Es cierto que hay que alternar.

El viejo fue a sentarse sobre una piedra que servía para el lavado de la ropa, pensando que su hijo se había decidido por fin a comprar la tierra.

— Aún eres joven—dijo con cierta vacilación—. Cuando no se tiene nada, ¿qué hay de malo en adquirir un poco

de tierra? La tierra lo es todo. Si en lo que me queda de vida, no consigo algunos *mu* para ti y para tu hermano, no tendré sosiego. Y tú nada tienes que temer: compro en mi nombre. ¿A quién puede parecerle mal? No vamos a alimentarnos siempre de pan moreno. Te aseguro que si todos los años pudiéramos sembrar de grano algunas parcelas más (el viejo hizo un enfático ademán), tendríamos harina blanca de sobra.

— Ahora no nos falta grano — dijo Tung-shan — que, puesto en cuclillas, escuchaba a su padre.

— Sí, no nos falta grano, pero tampoco podemos decir que vivimos en la abundancia.

Viendo la terquedad de su padre, Tung-shan desvió la conversación y habló de la cosecha.

— ¿Cuánto crees que podremos recoger este año de los cuatro *mu* que están al Este?

Lao-ding reflexionó un momento, el tiempo de hacer sus cálculos, y dijo pausadamente:

— De mil a mil cuatrocientas libras por lo menos.

Tung-shan, sabiendo que su padre sentía envidia cuando elogiaban los campos de los demás, dijo sin ningún miramiento:

— Este año Liu Wang recogerá quinientas libras por *mu*. En su equipo de ayuda mutua los diez y nueve *mu* de tierra son magníficos, a cual mejor. Sus plantas están unos quince centímetros más altas que las nuestras. Esas palabras tuvieron la virtud de irritar a Lao-ding. Respondió con cierta ironía:

— Cuando se abona profusamente, no hay tierra estéril.

— Claro — asintió Tung-shan — sólo que no lo hemos hecho. Si la primavera pasada hubiéramos dedicado de diez a veinte yuanes a comprar buenos abonos, seguramente no habríamos recogido sólo unas quinientas libras de más.

Al verse compelido a hablar del asunto de los abonos, que había ocasionado ya una riña entre él y su hijo, Lao-ding dio otros argumentos.

— El abono no lo es todo—dijo—Hay que ver también la calidad de la tierra. La tierra de Lin Wang nos ha pertenecido antes. ¿Cómo no voy a conocerla? Es tierra negra exclusivamente. ¡No la hay mejor para que crezcan las plantas!

La conversación tomaba el giro que Tung-shan deseaba. Se apresuró a decir en tono de reproche:

— Entonces. ¿por qué se la vendimos a Jo Lao-ta?

Lao-ding miró a su hijo y suspiró.

— No tienes que reprochárselo a tu padre. Cada vez que pienso en esa venta, no puedo contener un estremecimiento. Era en 1943. Los campos se inundaron dos veces seguidas, precisamente cuando tu madre acababa de caer enferma después de un parto; para colmo de males el amo, Chao, me había despedido. No me quedó otro recurso que errar por todo el contorno con una carreta de carbón para venderlo al por menor. Esperaba ganar así algo para comprar medicinas a tu madre. Tú eras aún pequeño. ¿Te acuerdas cómo perdimos a tu hermanita? Tu madre tenía que guardar cama. Todos los días con la pequeña en brazos iba yo de puerta en puerta mendigando un poco de leche. Tenía muchas ganas de hacer venir a tu abuela, pero en casa no había que comer. Así es que yo solo tenía que ocuparme de la comida, cuidar a la enferma y marchar antes del alba con la carreta de carbón. Tenía tanto que hacer que tu hermanita se murió de hambre sencillamente.

A Lao-ding se le enrojecieron los ojos, y continuó, apretando los dientes:

— Cuando tu madre sanó, yo estaba todo entrampado. Para la siembra pedimos prestado al amo medio celemín de grano, mas cuando se recogió la cosecha, hizo que le devolviéramos uno entero. Así fue como vendimos nuestros cuatro *mu* de tierra a Jo Lao-ta. No recuerdo cuánto dinero me quedó después de pagar las deudas, sólo sé que en todo y por todo apenas tuve para pagar lo que debía por las medicinas.

El viejo bajó la cabeza, abrumado por estos recuerdos.

— Ese año—añadió—fue cuando te coloqué de aprendiz con un cerrajero; no tenías más que trece años.

El padre lanzó una furtiva ojeada a su hijo, en cuyo rostro habían dejado huella los sufrimientos padecidos en la infancia.

—¿No había nadie que nos socorriera?- preguntó Tung-shan.

—¡Socorrernos! Los vecinos eran tan pobres como nosotros y, desde luego, no había que contar con el municipio, que nos explotaba todo lo que podía: habría podido creerse que quería reducir nuestros huesos a polvo. Los ricos estaban interesados en que los pobres se vieran en la más extrema necesidad.

Llevado por la emoción, Lao-ding profirió:

— No era como ahora. . .— y se paró en seco, sorprendido de sus propias palabras.

Tung-shan adivinó el pensamiento de su padre, lanzó un suspiro y aprovechó la coyuntura para decir con suavidad:

— Chang Shuan tropieza con dificultades parecidas a las que sufrimos nosotros entonces.

Y prosiguió diciendo como si hablara consigo mismo:

— Si hoy chocáramos con iguales dificultades, no nos veríamos obligados a vender nuestra tierra. Cuando uno es honrado y trabajador, el gobierno y todo el mundo están siempre dispuestos a acudir en ayuda para sacarlo de un mal paso. Ahora se trata de ir logrando gradualmente la prosperidad de todos, y no de dejar a los desgraciados que se arruinen.

Lao-ding no respondió, pero le martillearon las sienes con desordenados latidos. Pensamientos confusos le bullían en la cabeza como las olas del río Amarillo.

Viendo la emoción de su padre, Tung-shan añadió aún con mayor dulzura:

— Papá, en el pasado los amos sólo sentían que los pobres no fueran aún más miserables. Hoy todo el mundo

se ayuda. Tú que has sufrido, sabes lo que es la miseria. No podemos seguir el camino de los terratenientes

Lao-ding guardó silencio, los oídos seguían zumbándole.

VI

Llegó el otoño. En los linderos de los campos las espesas ramas de los caquis, que se alzaban en filas compactas, se entrelazaban formando verdes cúpulas. De las finas ramas colgaban los frutos aún verdes.

Lao-ding, con un pie descalzo, se había sentado en lo alto de un talud, a la sombra de la enramada. El cielo estaba azul, sin la más ligera nube. Miró en torno suyo. La cosecha prometía ser magnífica. Le atrajo la atención sobre todo un campo de sorgo, cuyas espigas se abrían como sombrillitas con sartas de gruesas perlas resplandecientes.

— En un campo bien cuidado, cada *mu* vale por dos.

La idea que le obsesionaba le vino una vez más a las mientes.

— Aunque se razone de mil maneras — se decía — la única solución es enriquecerse con algunas tierras suplementarias. Cuando más adelante, Tung-ling y su hermano se repartan todo, ¡qué feliz sería yo si le pudiera dejar a cada uno una hectárea de tierra fértil! Mis nietos dirían «¡Fue nuestro abuelo quien compró todas esas tierras!» Y comprenderían que su abuelo había sido el amasador de su fortuna.

Recordó lo que le había dicho Wang Lao-san: «¡Una sola cosecha de trigo el año que viene y se reembolsará la mitad del precio de la tierra!» «¿Se ha visto nunca que nadie tenga demasiada tierra? — pensó también — "El banderín" es el mejor bocado de todo el pueblo. Es imposible dejar perder tan buena ocasión»

Abstraído en sus meditaciones, se levantó maquinalmente y se dirigió hacia "El banderín" sin darse cuenta siquiera adónde iba.

Se aproximaba ya la temporada de la siembra otoñal, sin embargo, la tierra de Chang Shuan no había sido arada siquiera. En el campo abandonado las hierbas crecían a cual mejor. Ante ese espectáculo desolador, Lao-ding dio un profundo suspiro.

Se agachó, tomó en la mano un terrón y, fascinado por aquella tierra de un negro grasiento, murmuró: «¡Hay que comprarla!» Después de haberse cerciorado de que no había nadie en los alrededores que le observara, empezó a andar a lo largo del campo contando los pasos para comprobar si eran en efecto dos *mu* y cuatro décimas.

Partió de un extremo y comenzó a medir con cautela. Pero al llegar a la otra punta, el corazón le dio un vuelco. Ante sus ojos apareció un pequeño otero cubierto de enmarañados majuelos. Era la tumba donde estaba enterrado el padre de Chang Shuan.

El corazón le latió con violencia. Habría querido volverse, pero no podía apartar la mirada de aquella tumba. Evocó la imagen del padre de Chang Shuan, muerto un año antes de la Liberación. Había tenido que trabajar de firme toda su vida, pero no poseía ni un poco de tierra donde reposaran sus huesos. Durante dos años, Chang Shuan se había visto obligado a tener metido en una cueva el ataúd de su padre. Aquella tierra la recibió después de la Liberación, y así pudo por fin enterrar el cadáver.

Lao-ding conocía perfectamente toda esa historia. Recordaba aún que, antes de exhalar el último suspiro, Chang había dicho a su hijo: «No entierres mi vieja osamenta antes de que tengas un cachito de tierra tuya. Si no, no quiero que me des sepultura. No deseo ocupar ningún trozo de tierra de propietario alguno». Estos recuerdos le trajeron a la memoria sus propias miserias de

antes de la Liberación. Sintió picor en la nariz y los ojos se le llenaron de lágrimas. Olvidó de pronto que estaba allí para medir la tierra y huyó a su casa.

A la entrada del pueblo, encontró al viejo Chang-shan que empujaba una carretilla con dos sacos mediados de trigo.

—¿Vas al mercado a venderlo?- preguntó Lao-ding.

—No —respondió Chang-shan sonriendo— es un préstamo para Chang Shuan. He sabido que quiere trenzar esteras: vendiendo esto a la cooperativa, podrá comprar con qué hacerlas.

—¿Ha sido muy buena este año tu cosecha de trigo?

—No mucho, pero tengo para comer. ¿Para que voy a guardar trigo en casa si no tengo ningún deseo de comprar tierras?

Lao-ding sintió la ironía de las últimas palabras y enrojeció hasta las orejas, mientras el viejo Chang-shan seguía su camino. Sintió ganas de alcanzarlo para decirle algo que escociera, pero el sentimiento de una vaga culpabilidad lo retuvo. Se limitó a murmurar con despecho:

—¡Apenas si tienes unos céntimos en el bolsillo y te das una importancia!. . .

VII

Después de cenar, Lao-ding se sentó tristemente en el patio, bañado por la plateada luz de la luna. Bajo un tilo cantaban los grillos. A Lao-ding le irritaba el menor ruido, no sólo el canto de los grillos, sino también el de los cacharros removidos en la cocina y la conversación y las risas de la suegra y de la nuera.

—¡Qué alboroto! —gruñó.

Mas poco a poco, recordó los acontecimientos del día y fue haciéndose insensible a los ruidos en torno suyo.

—¡Tung-shan! —gritó alguien entrando en el patio.

Lao-ding reconoció la voz de Chang Shuan y replicó:

— Se ha ido al ayuntamiento.

Se levantó y, dando unos pasos hacia el recién llegado, añadió con la voz algo temblorosa:

— Chang Shuan, ven y siéntate aquí un momento.

— ¡No, no, gracias! — contestó Chang Shuan precipitadamente. Dio media vuelta y se marchó corriendo.

— Este maldito mozo cree que soy una fiera — pensó Lao-ding un poco ofendido dirigiéndose lentamente hacia la casa. Cuando transponía el umbral, su mujer le preguntó:

— ¿Sigue queriendo vender su tierra? ¿Y tú, le prestarás el dinero?

— Es posible que no quiera ya venderla — respondió Lao-ding tratando de afectar indiferencia — Todo marcha como sobre ruedas cuando uno es socorrido por el equipo de ayuda mutua. Pero mi dinero, no se lo prestaré.

De nuevo resonaron pasos en el patio. Lao-ding reconoció en seguida la voz de su hijo y la de Chang Shuan.

— Ven a mi habitación — decía Tung-shan.

Los dos jóvenes entraron en la habitación vecina. Entablaron conversación a media voz. Lao-ding no pudo resistir a la tentación de escuchar lo que estaban hablando. Lanzó una ojeada a su mujer y salió de puntillas. Fuera, le pareció que sus zapatos metían un ruido espantoso. Se los quitó y los dejó en el umbral; descalzo se acercó a la ventana de la habitación de su hijo y prestó oído. La conversación era animada.

— El peligro está en perder la cabeza — decía Chang Shuan — Estos últimos días ya no sabía qué hacer. Me decía: cuando se quiere curar un tumor no hay que tener miedo de sajar. ¿Qué puedo vender? La tierra, claro. Después me dije: de todas maneras no me quedará mucho más. Con lo que saque de la venta, tendré un capitalito para intentar otro golpe en la villa de Choukou. Si tengo suerte, recuperaré todo lo perdido.

— Ves que terribles cálculos?—respondió Tung-shan— ¿Cómo quieres que marchen bien las cosas cuando uno se lanza a negocios arriesgados descuidando el trabajo? No hay que olvidar que no estamos ya en la vieja sociedad. Lo mejor que puedes hacer ahora es trenzar esteras tranquilamente durante algún tiempo. Luego, cuida bien tu campo y no vuelvas a intentar traficar con el ganado.

— Tienes razón. Lo he comprendido bien desde la última vez que hablaste conmigo. No venderé la tierra. Desde que he tomado esta decisión, a mi mujer se le ha pasado el enfado. En cuanto se encuentra la solución se ven muchas salidas. El verdadero peligro está en no tener a quien consultar cuando se halla uno en un atolladero. Gracias a vuestros buenos servicios, el tío Chang-shan ha accedido a prestarme cinco celemines de trigo y me ha dicho: «Chang Shuan, no te hagas mala sangre. En la vida nadie está libre de tropiezos».

— ¿La cooperativa de crédito ha acordado prestarte los veinte yuanes?

— Sí, el director me ha dicho que estaba conforme y me ha dado un plazo de tres meses. Ya sólo necesito veinte o treinta yuanes más. ¿No podrías hacer algo por mí?

Lao-ding, arrimado a la ventana, aspiró una bocanada de aire y escuchó aún con mayor atención. De nuevo se oyó la voz de Tung-shan.

— Mi padre no ha sabido desembarazarse aún de sus viejas ideas. Como este año ha pasado ya de los sesenta, me disgustaría contrariarle. Ha sufrido tanto durante toda su vida, que es muy comprensible que esté tan aferrado a sus pequeños ahorros. Pero, tranquilízate; todos hemos conocido la miseria, no vamos a consentir que te arruines y se quede tu familia en medio de la calle. Pienso reunir a todos los de nuestro equipo de ayuda mutua y ya encontraremos entre todos la manera de echarte una mano.

Mientras oía hablar a su hijo, Lao-ding, reflexionaba. ¿De modo que a su hijo, que parecía más bien frío con él, le habría disgustado contrariarle? Ante esa prueba de afecto no podía permanecer impasible. De nuevo se oyó la voz de Tung-shan:

— No tienes que inquietarte. El tío Chang-shan ya te ha adelantado algo, y la cooperativa, también. Por mi parte, voy a tratar de conseguir algo con los muchachos de nuestro equipo. Con eso ya puedes empezar a salir de apuros trenzando esteras. Por otro lado voy a pedir a alguien que interceda ante tu cuñado para que no exija el pago de las deudas hasta que hayas cobrado el producto de tu trabajo. Creo que así saldrás adelante.

— Tung-shan — dijo Chang Shuan con voz entrecortada por la emoción — no te preocupes, por tu parte no tienes que temer habladurías. Lo sé muy bien. En nuestro pueblo, jóvenes y viejos te conocen. Eres un buen comunista. Todo el mundo habla muy bien de ti. Nadie es tan tonto que no sepa quien obra con rectitud y se preocupa verdaderamente del pueblo.

Después, un poco más bajo, añadió:

— También se sabe que tu padre es un poco agarrado. Nadie te lo reprochará a ti.

Chang Shuan pronunció estas últimas palabras en un susurro. Sin embargo, Lao-ding las recogió con extraordinaria acuidad.

— En los últimos dos años mi padre también ha cambiado un poco — respondió Tung-shan. — Ya sabes la riña que tuve con él hace dos años, cuando ingresé en el equipo de ayuda. Sin embargo, hoy trabaja de firme en nuestro equipo y los pequeños sinsabores no le afectan tanto. Yo también empiezo a comprender que no sabía tratarle. Esta vez, por ejemplo, quería comprar tu tierra, pero después de haber discutido ayer conmigo, ha cambiado de tono, y fíjate lo que me ha dicho: «No podemos comprar la tierra de Chang Shuan. En tiempos acarreé carbón con su padre muchas veces. Eramos tan miserables el uno como el otro. No seremos nosotros los que le compremos la tierra». Si le cuesta dejarte el dinero, estoy seguro de que ahora es sólo por el miedo de que se sepa.

En ese momento Tung-shan no pudo contener una sonora carcajada, interrumpida por la voz de Chang Shuan.

— Ya sé que tu padre es un buen hombre. Me he enterado de que hace años también él tuvo la desgracia de trazar la cruz en el papel del terrateniente. Ya sabe lo que se siente al vender la tierra. Mi padre me decía a menudo: «Tu tío Lao-ding y yo nos cuidaremos mucho de tocar la tierra ajena, aunque seamos reducidos a polvo.» Después vinieron los comunistas; si mi padre viviera aún . . .

Lao-ding no pudo escuchar más. Con la palma de la mano se cubrió los ojos, de los que estaban a punto de saltar las lágrimas, entró en la casa y se dejó caer en la cama como un saco.

VIII

Una mañana de agosto, clara y fresca como el agua otoñal, el aroma de los maduros campos, arrancado dulcemente por la brisa, vino a acariciar el rostro sonriente de los labradores y a reconfortar su corazón.

Desde muy temprano, Lao-ding estaba de pie. Recordando algunas conversaciones que había oído la víspera, decidió ir a buscar a Tung-shan al campo para hablar con él del proyecto de perforación de un pozo en una hondonada. Más adelante, a finales de otoño podría instalarse una rueda hidráulica.

Caminaba a lo largo de un campo de sorgo, cuando vio venir hacia él a Chang Shuan. Pero antes de que hubiera podido hacerle una seña, éste penetró en el campo como si quisiera evitar el encuentro.

—¡Chang Shuan! ¡Chang Shuan! —gritó el viejo— ¡Tengo que decirte una cosa!

El joven no tuvo más remedio que reaparecer entre los altos tallos del sorgo.

—Ven a casa esta tarde. Te daré treinta yuanes.

—¿A mí? —exclamó Chang Shuan abriendo grandes ojos de asombro.

—¿Crees que voy a guardar el dinero para comprar tierras? Acuérdate bien de lo que te digo: a partir de hoy, tienes que cuidar bien tu campo y trabajar mucho. Si no, no serás digno de tu padre.

Dichas estas palabras, Lao-ding avanzó despacio, pero con paso firme hacia oriente, por donde salía el sol.

Cómo Ye Ying venció la rutina

por Nan Ting

Ye Ying, con la correspondiente orden extendida por la dirección de los Talleres de máquinas, fue a la oficina del jefe de la Segunda Sección. No lo encontró en su despacho. Sólo había allí un joven empleado sentado a una mesa con la cabeza baja, fruncido el ceño y agrio el gesto, copiando un documento, cuyas múltiples hileras de cifras le causaban evidente preocupación. Después de haber terminado, al parecer, sus cuentas, puso a un lado el susodicho documento, tomó otro y dio un profundo suspiro. En eso, levantó la cabeza y preguntó a Ye Ying.

—¿Qué desea, camarada?

—Ver al jefe.

—¿Para qué?

—Me envían a trabajar de verificadora de la producción.

Al oir decir «verificadora de la producción», el joven examinó de pies a cabeza a la recién llegada con gran atención.

Ye Ying era una joven muy bonita como quiera que se mirase. Sus ojos grandes, de negras y profundas pupilas, lanzaban miradas luminosas que reflejaban una inteligencia penetrante; la nariz, un poco aplastada, daba a su cara una expresión particular, y sus labios delgados denotaban un temperamento no habituado a doblegarse. Esa fue la impresión que Ye Ying le produjo al joven empleado.

Después de este atento examen, el empleado volvió a enfrascarse en sus cuentas sin decir nada más. Ye Ying comprendía perfectamente por qué el joven escribiente la había escrutado con tal insistencia al saber que iba a trabajar de verificadora de la producción. En el Departamento de Inspección y de Personal ya se había hecho cargo hasta cierto punto de las condiciones en que se trabajaba en la Segunda Sección.

Al jefe, Chao De, a cuyas órdenes iba a trabajar en adelante, lo conocía mejor: era un viejo amigo de su padre, colega suyo más de diez años. Antes de que la enviaran a un cursillo técnico (de eso hacía un año), le llamaba aún «tío Chao», pero desde su regreso todavía no le había visto.

En el Departamento de Inspección y de Personal había oído decir que la Segunda Sección fabricaba muchas piezas defectuosas, y que sus dirigentes y algunos obreros estaban siempre descontentos de los verificadores de la producción. De la comprobación de las piezas fabricadas se había encargado hasta entonces una joven que había tenido tantos sinsabores con los obreros, que no podía continuar trabajando. Había llorado incluso dos veces y había terminado por pedir que la trasladaran. Era corriente que hubiera desaveniencias entre obreros y verificadores de la producción, pero el caso de la Segunda Sección era mucho más serio. Ye Ying había sabido que la verificadora al comprobar un día las piezas había encontrado algunas que no eran standard. Por ello se las había devuelto a los torneros a fin de que las rehicieran. Los obreros habían protestado, y se había llevado el asunto al Departamento de Inspección. Después de una nueva comprobación, algunas piezas habían sido reconocidas como valederas, lo que había dado a los obreros ventaja en su lucha abierta contra la pobre muchacha. Por fin, la habían trasladado, y Ye Ying venía a la Segunda Sección a reemplazarla.

Ye Ying lanzó una ojeada al sencillo mobiliario del

despacho: unas cuantas sillas y mesas de desigual altura. Las paredes estaban cubiertas de estadísticas y cifras. En el aire flotaba un vago olor de aceite de máquinas que le era familiar. Una mesa, mayor que las otras, pero tan atestada como las demás, atrajo su atención. Ye Ying pensó que debía de ser la del jefe. Se levantó de su asiento y fue a sentarse tras esa gran mesa. Hojeó varios documentos grasientos y preguntó con aire distraído:

—¿Al jefe no le gustan mucho las verificadoras, verdad?

El joven empleado miró a Ye Ying a hurtadillas y sin dejar su trabajo respondió:

—No es cosa obligada. Nuestro jefe es un hombre excelente.

—Sí, es buena persona.

—Es un hombretón como una montaña. Al principio intimida, se siente cierto temor y todo, mas andando el tiempo se da uno cuenta de que es la amabilidad en persona. En ocasiones monta en cólera. Entonces . . . es un verdadero volcán en erupción. El mal, no obstante, no es muy grave: la calma se restablece pronto . . .

Mientras hablaba, el empleado terminó de copiar otra estadística y dio de nuevo un gran suspiro. Llenó de agua el vaso, y hablando consigo mismo, se propuso descansar un minuto. Bebió pausadamente y se puso de nuevo al trabajo. Siguiendo el curso de su pensamiento prosiguió:

—En los tiempos en que era preciso defender la fábrica, hizo muchos méritos. También he oído decir que antes de ser jefe de sección, era un tornero sin par. En pocos días te irás enterando de todo eso.

—Lo sé ya —respondió Ye Ying.

El empleado la miró sorprendido, y Ye Ying añadió adrede:

—¡Es un viejo amigo!

El escribientillo se fijó de pronto en que la cara en forma de corazón de Ye Ying parecía la de un chico

pequeño, y soltó la risa. Su hilaridad se le contagió a la muchacha, que también rompió a reir. De súbito, en ese preciso instante, dejando entrar el ruido de las máquinas, la puerta se abrió, y en su hueco apareció un verdadero coloso. Su vigorosa figura evidenciaba una fuerza hercúlea. Se habría dicho que una poderosa energía interna le henchía el torso y los hombros. Sus ojos penetrantes parecían reflejar ligera y constante embriaguez. El fenómeno era aún más curioso por cuanto no bebía jamás. A Ye Ying le pareció el mismo de siempre, sólo que en las sienes de la enorme cabeza, que se erguía sobre los gigantescos hombros, los cabellos habían encanecido . . . ¡El tiempo no había sido clemente con el tío Chao!

Al ver a Ye Ying, Chao De se sorprendió, luego rompió a reir y exclamó:

—¡Ah! ¡Y yo que pensaba ser despedido! ¡Resulta que me envían una «jefa» de sección! ¡Conque eres tú, chiquilla! ¿Acabas de llegar?

Con un gesto familiar, apoyó sus grandes manos rugosas en la cabeza de Ye Ying y la invitó a tomar asiento. El joven escribiente lanzó a Ye Ying una rápida ojeada, a la que ella contestó con una sonrisa.

Chao De miró por encima las estadísticas que había sobre su mesa, se sentó enfrente de Ye Ying y le dijo mirándola con los ojos entornados:

—¡Mírame! Tu tío ha adelgazado mucho desde hace un año ¿eh?

—No has cambiado ¡Siempre rebosante de energía!

Chao De movió la cabeza y replicó:

—¡Tú siempre tienes presta la respuesta! ¡No, pequeña, esto no marcha! Encanezco, envejezco. Un hombre que envejece es como una perla que se pone amarilla: pierde todo su valor.

Ye Ying le miró en los ojos. Tenía ganas de reir al oirle esta frase sentenciosa que a saber de dónde habría sacado.

Chao De miró a Ye Ying y le explicó con una emoción que le costaba trabajo contener:

—Desde que tu tío es jefe de sección, las ha pasado muy negras; lo han puesto de veinticinco colores, hasta tal extremo que su cara debe de parecer, por lo embadurnada, la de un polichinela. Mejor habrían hecho sacándolo de aquí y llevándolo otra vez a su antiguo oficio. Te garantizo que con estas dos manos aún podría satisfacer a todo el mundo.

Diciendo esto mostraba sus gruesos dedos nudosos y fuertes. Luego calló un instante. Ye Ying era para él como una persona de la familia, como una verdadera sobrina, y habría querido confesarse a ella, mostrarle toda la amargura que guardaba en su corazón. Aún añadió:

—¡Qué jefe de sección soy yo. . . !—pero se detuvo en seco y se conformó con dar un suspiro; con sus dedos torpes se puso a hojear los documentos mascullando:

—¡Producir con rapidez! ¡Siempre con rapidez! ¡Cada vez con mayor rapidez! ¡M . . . ! Pero cuanto más rápidamente sacas las piezas, más se fija en minucias la verificadora: «¡Estas piezas no son standard!» «Hay que devolverlas otra vez a los tornos». A ella poco le cuesta marcarlas con un trazo rojo o con un trazo amarillo, mientras que uno se queda con el trabajo empantanado, no lo puede terminar a tiempo y se lleva una buena rociada de la dirección. Mi pequeña Ying, tu tío, oprimido por arriba y por abajo, se está convirtiendo lo que se dice en una oblea.

Chao De posó la mirada maquinalmente en el calendario colgado de la pared, que señalaba aún la fecha de la víspera: el 20 de octubre. Se levantó, arrancó la hoja, la hizo pedazos y la echó a la papelera. Acto seguido, encendió un cigarrillo y la enorme bocanada de humo que lanzó, hizo toser a Ye Ying.

Ye Ying habría querido hablar inmediatamente de su trabajo, pero al oir los ásperos comentarios de Chao De

a propósito de las verificadoras, decidió callarse por el momento.

El joven empleado lanzó una mirada maliciosa a Ye Ying, cogió sus hojas con las estadísticas y se fue a los talleres. Cuando hubo salido, Chao De sacudió la ceniza de su cigarrillo y reanudó sus lamentaciones.

— Estamos en la segunda quincena del mes. No se adelanta en el trabajo, y por si eso fuera poco, tenemos adquirido el compromiso de terminar la producción en nuestro taller al mismo tiempo que en los demás. . . ¡Voto al diablo! De todo eso tiene la culpa la pícara de la verificadora. Se complace en atormentarme! ¡La calidad! Esa palabra no se le cae de la boca en todo el día, como si sólo ella supiese lo que es «la calidad». ¿Si sabrá también qué altura tiene el cielo y qué espesor la tierra? Cuando yo estaba ya arrimando el hombro, ella no sabría aún decir ni «mamá». ¡Y ahora la muy mocosa siempre a vueltas con la «calidad»!

Para apoyar sus palabras, Chao De hizo un enérgico ademán que, como un abanicazo, levantó una corriente de aire.

— Bueno, basta ya, muchacha. Desde que estás aquí no has oído más que las jeremiadas de tu tío. No te he preguntado siquiera dónde ibas a trabajar. Otra vez en la sección de tu padre, de seguro. . . La Quinta Sección es una de las mejores: tu anciano padre pone mucho de su parte. Es un hombre estupendo, siempre a la altura de las circunstancias.

Ye Ying sacó entonces la orden y dijo:

— No vuelvo a la Quinta Sección. Me han trasladado a la tuya.

Chao De tomó la carta y la dejó encima de la mesa sin tomarse el trabajo de leerla.

— ¡Excelente idea! La dirección ha satisfecho por fin mi petición. Necesito personal. Después de haber estudiado un año en una escuela técnica, debes de haber alcanzado a tu tío en habilidad. ¡Ah! Voy a ponerte a

trabajar en el torno checo, un torno completamente nuevo. ¿Ves? Tu tío no tendrá contigo menos consideraciones que tu propio padre.

Ye Ying sacudió la cabeza.

— He cambiado de profesión—dijo—Ya no soy tornera.

Chao De, asombrado por esta respuesta, desdobló la carta para ver de qué se trataba y leyó estas lacónicas palabras: «Retiramos de su sección a la verificadora Juan Jua. La reemplazamos por Ye Ying»

Apoyó en la mesa la manaza sin soltar de ella la carta y, pasmado, clavó en Ye Ying los ojos, siempre brillantes como por efecto de la embriaguez. La joven abrió mucho los suyos, preguntándose qué pensamientos se retorcerían en el magín de su tío. Al cabo de un instante, Chao De apartó lentamente su mirada de Ye Ying. Se puso en pie por fin y, conteniendo a duras penas su creciente indignación, gritó:

— ¿Quién se habrá devanado los sesos hasta concebir esa idea genial? ¡Verificadora! ¿Por qué quieren hacerte verificadora? Es un trabajo de entremetida, de quisquillosa que está pendiente de cualquier minucia. Ying; querida, tú vales más. . . tú, tan experta en el torno. . . ¡Vaya un porvenir que te reservan! ¡Comprobar piezas y más piezas durante toda la jornada! ¡No tienes idea!

Ye Ying se levantó a su vez un poco sofocada. No compartía la opinión de Chao y no podía consentir que nadie denigrase su nuevo oficio.

— Tío, eso que dices no es cierto. La verificadora no es una entremetida ni anda a la caza de minucias. Tiene el deber de garantizar la calidad de la producción.

Chao De bajó los brazos y se sentó. Conocía demasiado bien el firme carácter de Ye Ying. ¡Era ridículo que un hombre hecho y derecho disputase con aquella mocosa! Al pensar en las imprecaciones que acababa de proferir hacía un instante contra las verificadoras, no pudo por menos de sonreir. ¡Estaba bien lejos de sospechar que se encontraba ante una de ellas!

—¡Demontre de chiquilla! ¿Por qué no me has dicho antes lo que venías a hacer aquí? Me habrías evitado el criticar tan prolijamente a tus colegas. ¿Estás enfadada por lo que he dicho?

—¡Claro que estoy enfadada! Pero eso no importa —replicó Ye Ying.

Chao De tiró su colilla al suelo, la pisó y, ya con la seriedad propia de un jefe de sección, preguntó:

—¿Cuándo empiezas a trabajar?

—Inmediatamente, camarada jefe.

El aire solemne de la joven le pareció a Chao De de lo más cómico. No podía apartar de su memoria el recuerdo de Ye Ying cuando de niña se le agarraba a los pantalones sin que él pudiera apartarla de sí.

—Bueno —le dijo— Voy a llamar a Juan Jua para que te transfiera su trabajo.

Chao De revolvió los documentos apilados sobre la mesa y sacudió la cabeza. No podía hacerse a la idea de que Ye Ying, a quien él había visto crecer, fuera ahora a trabajar a su sección. Cuanto más la miraba, más se acordaba de su linda carita infantil. ¡Qué pensamiento tan obsesionante! Entonces llevaba, muy enhiesta en lo alto de la cabeza, una graciosa coletita sujeta por un cordón rojo enrollado a los cabellos. Cada vez que lo veía exclamaba: «¡Tío, caramelos!» Y ahora no podía creer que tuviera ante sí a una verificadora de cerca de veinte años. Para él seguía siendo el mismo cominillo con su coleta en forma de «I».

Ye Ying seguía inmóvil delante de Chao De y se preguntaba en qué estaría éste pensando. Pasó un buen rato, y luego, como si volviera a la realidad, el jefe hizo sentarse a Ye Ying, le ofreció una taza de té y dijo muy serio:

—Tu tío ya se ha desprestigiado bastante en la Segunda Sección. Lo han puesto más negro que a un actor que tuviera que representar en escena el papel de Pao el Negro, ese personaje de ópera con la cara embadurnada

de betún. Mi buena Ying, ya sé que conoces bien tu oficio. Espero que no buscarás camorra a tu tío ¿verdad?

—Cumpliré mi trabajo concienzudamente, camarada jefe —respondió ella.

—«Camarada jefe». . .«Camarada jefe». . . ¿Quién te ha dicho que me llames así? No seas tan cumplida. No estoy acostumbrado a oirte hablar de esa manera. En adelante, guárdate bien de poner inconvenientes a tu tío. Querida Ying, aunque me hayas oído echar pestes de las verificadoras, has de trabajar con esmero.

Chao De tuvo la impresión de que en su última frase había ido demasiado lejos. Cambió de tono y añadió:

—Has venido en un momento muy oportuno, mi buena Ying. No somos extraños; podemos entendernos bien. Si tropiezas con inconvenientes, no te andes con cumplidos, y ven a contárselo a tu tío.

Después de beberse el té, Ye Ying se fue a cumplir todas las formalidades que requería el cambio de trabajo. Juan Jua, la verificadora a quien debía reemplazar, le entregó los expedientes sin poder ocultar su alegría. «¡Por fin me voy!», decía y se marchó del taller como alma que lleva el diablo. Ye Ying la siguió con la mirada sintiendo por ella una mezcla de simpatía y de desprecio: simpatía porque Juan Jua se había llevado muy malos ratos, y desprecio porque no había tenido energía para luchar y había llorado incluso en el trabajo.

Ye Ying aspiró profundamente el aire que olía a la grasa de las máquinas y a lubricante y paseó su mirada por el vasto taller en el que se alineaban en dos hileras, en perfecto orden, tornos, taladradoras, fresadoras. El potente y sordo ronroneo de las máquinas se fundía en un ruido de resaca. Los obreros, con la cabeza baja, tenían concentrada toda su atención en las máquinas. Sin embargo, a la joven le pareció que en el fondo del taller alguien había hecho un gesto. No pudo precisar exactamente el sentido, pero le pareció que estaba relacionado con su llegada.

Ahora, acurrucada en un rincón, Ye Ying examinaba una por una las piezas que se acumulaban delante de ella. De pronto, se alumbró la lámpara roja del taller y sonó estridente la sirena. Eran las cinco. Había terminado la jornada. . .

Muchos obreros no tenían mejor opinión que su jefe de las verificadoras. Sus prejuicios eran idénticos. Existía una animosidad latente, un verdadero nudo gordiano que no había modo de deshacer.

Ese día, Ye Ying con la cabeza baja examinaba varias piezas ya terminadas. Un joven obrero al pasar por allí vio unas sesenta piezas hechas por él la víspera. Ye Ying las había apartado y había hecho tres montones casi iguales. Unas estaban marcadas con un trazo de pintura roja, y las otras, de amarillo o de verde. El obrero se detuvo, permaneció callado un momento, y luego, conteniéndose a duras penas, dijo señalando el montón de piezas marcadas de amarillo (las de desecho) y de rojo (las que precisaban de rectificación):

— Camarada, te ruego que vuelvas a examinar las piezas.

Ye Ying levantó la cabeza. Creyó reconocer en el obrero al que había visto hacer un gesto en el fondo del taller el día de su llegada. El esfuerzo que hacía por mostrarse amable, le pareció ridículo. Tenía alzada una de las comisuras de la boca con aire de reto, reto que Ye Ying recogió inmediatamente. Con amabilidad igualmente exagerada, respondió:

— Camarada, estas piezas las he examinado con la mayor escrupulosidad.

El joven tornero replicó alzando la voz:

— Te pido que las examines por segunda vez.

— Es inútil, camarada, el calibre no engaña a nadie.

Esta vez el obrero enrojeció de cólera.

— Te digo que las examines otra vez.

Ye Ying levantó la vista, lanzó una mirada despectiva a su interlocutor y, sin tomarse el trabajo de responder, reanudó su trabajo. Nada irrita tanto a un provocador como un silencio desdeñoso. Fuera de sí, el obrero se puso a gritar:

— No acepto tu fallo. He visto a verificadoras mucho más expertas que tú. ¿Por quien te tienes? Puesto que quieres buscarme camorra, te diré que tu comprobación me trae sin cuidado. ¡A ver qué vas a hacer ahora!

Presa de terrible excitación, se fue mascullando entre dientes: «¡La nariz aplastada ésta!» y otros calificativos poco respetuosos, aplicados a Ye Ying.

La joven se contuvo como pudo, hasta se mordió los labios para no discutir con un obrero apenas llegada a la Segunda Sección. Pero su carácter batallador pudo más. Se levantó, y al tiempo que todas las miradas convergían en ella, se dirigió hacia el torno en el que trabajaba el que la había interpelado con tanta dureza. Le lanzó una mirada fulminante y con voz algo temblorosa le dijo:

— ¿Sabes lo que es la responsabilidad en el trabajo? Cada pieza de desecho es una pérdida para el país. Pero tú te lo tomas como algo que hiere tu vanidad y gritas a voz en cuello. ¡Camarada, no es para que estés orgulloso de tu conducta! En tu lugar, yo me avergonzaría.

El joven tornero no esperaba esa salida. Se puso verde de rabia y le temblaron los labios, pero no supo qué responder. Ye Ying, además, no le dio tiempo: dio media vuelta y se marchó.

Por la tarde, Ye Ying sentada a su mesa ante el cuaderno de notas reflexionó largo rato acerca de este incidente. Estuvo mucho tiempo inmóvil. Luego, sin poderlo remediar, apretó el puño y dio varios golpes en la mesa. Volvió a meditar un momento y se puso por fin a escribir:

«Hoy he tropezado con la primera dificultad desde que trabajo en la Segunda Sección. He discutido con un joven tornero La culpa ha sido suya. Había fabricado

piezas defectuosas y no quería reconocerlo. Se comportaba como si tuviera razón. No tiene la menor idea del respeto que se debe un tornero. ¡Es ridículo! Pero las dificultades no pueden descorazonar más que a lloronas como Juan Jua; a mí no me asustan. Estoy resuelta a cumplir mi trabajo concienzudamente como debe hacerlo un digno miembro de la Liga de la Juventud. Mi deber es precisamente "andar a la caza de minucias" como decía el jefe. No debo dejar pasar ninguna pieza que no sea standard».

Escritas estas palabras, Ye Ying se acostó y leyó con avidez un libro que acababa de publicarse, titulado *Por un porvenir mejor.*

El padre de Ye Ying casi siempre dirigía el turno de noche, por eso padre e hija no se habían visto desde hacía muchos días. La joven pensaba en él. Habría querido tenerle a su lado, sobre todo en ese momento, y confiarse a él. La imagen del viejo Ye pasó ante sus ojos, pero pronto la muchacha fue absorbida por un episodio de la novela, en el cual se narraba cómo la protagonista Shao Yi-mei afrontando el peligro extinguió con sus manos las llamas y evitó de este modo una explosión que habría podido destruir la fábrica. Ye Ying cerró el libro, lo puso al lado de la almohada y empezó a pensar en lo que había leído. La abnegación de Shao Yi-mei acababa de excitar un sentimiento que alentaba en ella desde hacía mucho tiempo: el deseo de servir con alma y vida a su país. Apagó la luz y trató de dormirse. Pero obsesionada por su nueva resolución, dio vueltas y más vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Trabajaba lo mejor que podía, mas ¿cómo podría llegar a igualar a Shao Yi-mei?, se dijo.

Como había dicho el propio Chao De, desde que él se había encargado de la Segunda Sección, nada marchaba conforme a sus deseos. En los dos últimos meses, la situación había empeorado aún más: el trabajo previsto no había podido terminarse a tiempo, las piezas malas eran

incontables, el contrato por el cual se habían comprometido a no retardar en su conjunto la producción de los talleres, lo ligaba a otras secciones. Venían sin cesar a espolearle y le reclamaban las piezas sueltas que debían montarse con las suyas. En resumen: todo eran reclamaciones incesantes. El examen del trabajo hecho por el Departamento de Planificación era como para que se lo tragase a uno la tierra. En el tablero de la Segunda Sección no se veían más que notas escritas con tinta negra, mientras que las de otras secciones estaban escritas con tinta roja. En el registro de piezas de desecho las cifras eran aún más horripilantes. Pero lo peor era aquel índice amenazador que señalaba las palabras «Segunda Sección». ¡Qué humillación tan dolorosa!

En una palabra, la sección gozaba de una celebridad de la que habría prescindido muy gustoso Chao De. Vivía atormentado y sentía inmensa necesidad de compartir con alguien sus preocupaciones. Fue en parte esa necesidad la que lo impulsó a sincerarse el primer día que habló con Ye Ying, cuando ésta llegó a la fábrica. Esperaba recibir de ella un poco de consuelo, pero había perdido el tiempo. Muchas veces había pensado en ir a ver a Ye wei-yi, el padre de Ye Ying, viejo camarada suyo, y, además, miembro del Partido. Quizá hubiera sido más indulgente con él y le hubiera ayudado. Se había abstenido de hacerlo al pensar que el franquearse con una persona que había logrado tantos éxitos, era darse a sí mismo una lección, y él ¡tenía tanto aborrecimiento a todo lo que fuese una lección!

Con todas estas preocupaciones que no podía exteriorizar, el humor de Chao De se agriaba cada vez más. Tenía inquina a todo y a todos. No sólo echaba pestes contra la verificadora, sino que con mucha frecuencia tildaba de inútiles a los obreros. Ya habían pasado aquellos tiempos en que todos lo mimaban. La marcha de Juan Jua había sido un incidente, un percance sin importancia que no le había hecho reflexionar gran cosa. También se había

enterado de la disputa entre Ye Ying y el joven tornero, pero no se había preocupado de inquirir las razones, ni de saber quien era el culpable; no había interrogado siquiera a los dos contendientes: tenía ya bastantes quebraderos de cabeza y sus propios asuntos por resolver.

Tang Liang, el secretario del Partido de los talleres, había sido informado también de la querella entre el obrero y la verficadora. Desde hacía ya mucho tenía puesta la vista en la Segunda Sección, pero hasta entonces se había circunscrito a la Quinta. Pensó que había llegado el momento de intervenir. Ante todo se dio una vuelta por el taller y entró en la oficina del jefe de la Segunda Sección. Chao De, sentado a su mesa, compulsaba los expedientes. Después de pedirle un dato sin importancia, Tang Liang entabló conversación y le hizo observar que en la Segunda Sección el ambiente político dejaba mucho que desear.

Los conflictos entre los obreros y la verificadora se habían multiplicado hasta el extremo de que Juan Jua había tenido que ser destituida. Al poco tiempo de ser reemplazada por Ye Ying, se había producido un nuevo incidente. Sería de desear que el jefe de la Sección tomara cartas en el asunto, hiciera una meticulosa investigación y no se contentara con vagas declaraciones.

Chao De acababa de asistir a un mitin en los talleres, en el cual había sido muy criticado. ¡Aún no se había calmado su mal humor y otra vez le venían con amonestaciones!

—¿Otra andanada? Estoy ya hasta la coronilla. ¡Qué pronto olvidáis lo pasado! ¿Quién salvó la fábrica arriesgando la vida? ¿No fue Chao De? ¿No he trabajado bien de tornero? ¿Y ahora, me doy buena vida acaso? Mírame los ojos. ¿No ves que los tengo rojos a fuerza de velar? Hasta este año no he tenido canas. ¿No habrá quien reconozca todo esto? Me sueltan una andanada. . .tras de ella otra y otra. . .Estoy harto ¿me entiendes?

Tang Liang esperó a que hubiera terminado la tirada y replicó con voz serena y firme:

—Tu brillante pasado lo conocen todos los obreros y el Partido. Tu heroica conducta defendiendo los talleres es una de las páginas gloriosas de la defensa de nuestra fábrica. Trabajando en el torno no tienes igual. Por eso te hemos alabado siempre. Y ha sido por eso precisamente por lo que el Partido te ha encargado de dirigir una sección. . . —Tang Liang calló un instante y prosiguió: —Nadie ha olvidado tu pasado, pero hoy es preciso que estés a la altura de tu nueva tarea. Si hay lagunas en tu trabajo, hay que señalártelas y censurarlas. Camarada Chao De, has sido un hábil tornero, ahora tienes que ser un buen jefe de sección.

—¡Un buen jefe de sección! . . . —exclamó Chao De.

No pudo terminar la frase. El jefe de un equipo venía a buscarlo para un asunto urgente. Dejó a Tang Liang y marchó presuroso con el jefe de equipo. La conversación quedó interrumpida. Tan Liang fue a dar una vuelta por el taller, habló un poco con los obreros y volvió a su oficina. Muy preocupado, fue y vino por la habitación pensando en la conversación que acababa de tener. Los muchos años que había pasado en el Ejército de comisario político le habían enseñado a apreciar rápidamente la mentalidad de una persona tras un breve intercambio de opiniones. Era indudable que Chao De no tenía ningún motivo para estar satisfecho de sí mismo: no cumplía los planes de producción en el plazo fijado, su taller fabricaba más piezas malas que buenas, era el blanco de todas las críticas. Todo eso le creaba una situación poco envidiable. Y como lo daba a entender él mismo, su arrogancia presente se nutría de las glorias pasadas. Siempre miraba hacia atrás, fascinado por ese pasado que le impedía marchar hacia adelante. Nadie podía negar que se afanaba. Mas ahora tenía embotada y lerda la inteligencia. No procuraba prever el provenir; no penetraba el sentido de la vida nueva que bullía en torno suyo. En una palabra, se había convertido en una especie de representante de

las fuerzas conservadoras, retrógradas, incapaz de seguir la veloz marcha del progreso.

De pie ante la ventana, Tang Liang veía todo lo que pasaba en los talleres de la Quinta Sección. Los obreros y sus máquinas trabajaban a pleno rendimiento. El jefe Ye Wei-yi hablaba con uno de sus hombres mostrándole un objeto. Absorto en sus reflexiones, Tang se puso a comparar la mentalidad de un trabajador con los movimientos exactos y continuos de una máquina. Lo mismo que la máquina, podía pararse, atascarse. La obligación de un buen tornero es encontrar la causa de ello y volver a poner la máquina en marcha, del propio modo es obligación de un buen militante del Partido el sacar a un dirigente del letargo y volverlo al buen camino. Tang se decía que lo que necesitaba Chao De no eran simples críticas, sino una ayuda concreta.

Meditó un buen rato y resolvió ir otra vez a ver a Chao De y proseguir la conversación interrumpida.

Ye Ying no bromeaba con la calidad de las piezas terminadas. En poco tiempo los obreros se habían quejado dos veces, pero al hacer las correspondientes comprobaciones en el Departamento de Inspección los resultados habían sido siempre favorables a Ye Ying. Los obreros nada podían contra ella. Refunfuñaban constantemente y se complacían en decir que era la única que podía comprender la palabra «calidad». ¿Pero, qué más podían alegar? Eso a ella le afectaba poco.

Cuanto más próximo estaba el final del mes, más atareado estaba Chao De. Esta vez su taller tampoco terminaría a tiempo la producción. No había que hacerse ilusiones. Le esperaba otro buen jabón.

Aquella mañana, Chao De pasó por delante del rincón del taller donde trabajaba Ye Ying. La joven estaba marcando con una raya amarilla las piezas malas. Descontento, dijo con aspereza:

—¡Sí que trabajas! Y los resultados no son malos, pequeña.

—¡Ya! Estimado jefe y tío, tendríamos que buscar alguna solución: al paso que van las cosas. . . ¡quiá!. . . esto no puede seguir así. . .

—¿Una solución? Si vosotras las verificadoras no encontrárais montones de desechos, os quedaríais sin trabajo. Así es que ¡hala! ¡por la rapidez de producción! ¡Desechos y más desechos!

Y se alejó de allí echando venablos. Ye Ying vio por la espalda al coloso que se dirigía a uno de los tornos. De pronto, antes de que ella hubiera podido adivinar la causa, Chao De se puso frenético. Se le oía en todo el taller, su voz dominaba el ruido de las máquinas, era, como había dicho el empleado el día de su llegada, «un verdadero volcán en erupción».

Chao De estaba harto de todo. . . Harto del ronroneo de las máquinas, harto de verlas siempre en el mismo sitio . . . Harto del estridente aullido de las sirenas que anunciaba el relevo de los equipos. . . Y sobre todo estaba harto de las estadísticas que se amontonaban a diario sobre su mesa. . . Las palabras «aumento de la producción» y «calidad» lo alucinaban como demonios y le causaban vahidos. ¡Las cifras árabes de los informes lo mareaban, lo volvían loco!

Se encerró en su despacho, echó una ojeada a una de las estadísticas que tenía ante él y dio un suspiro. Era inexcusable, desde luego, el producir tantas piezas malas. Pero estaban fabricando piezas de nuevo modelo que hasta entonces nunca habían hecho. Chao De consideraba natural que hubiera más desechos. Había tratado muchas, muchísimas veces de resolver el problema, y se decía que si no lo había conseguido era porque estaba siempre sometido al yugo de la velocidad a que había que fabricar las piezas — velocidad que debía mantenerse constantemente — al del plan global de la producción y al de todas sus demás responsabilidades. La dirección tenía derecho

a quejarse de que su sección no progresara con bastante rapidez, de que los planes de producción de otros talleres se alteraran a causa de sus retrasos, de que el montaje quedase empantanado, en una palabra, de cargárselo todo a él, y ¡qué podía hacer! Estaba, según su propia expresión, «comprimido, aplastado».

Si un equipo no trabajaba con bastante rapidez, o un obrero era remolón, él tenía que llamarlos al orden, decirles que no sabían organizar su trabajo y otras pamplinas. Pero, en el fondo, no hacía más que echarles idénticas reprimendas que las que él recibía, y así, unas veces insultando y otras insultado, nada había hecho por cambiar la situación. ¡Los desechos, los malditos desechos seguían allí! ¡Así se los llevara el diablo! . . .

De pronto, se apoderó de él la tradicional prevención de los obreros contra la verificadora, pensó en Ye Ying . . . y la hizo llamar.

Ye Ying llegó inmediatamente. Vió a Chao De solo, sentado a su mesa. Le pareció que su tío se había demacrado aún más en los últimos días como si se estuviera marchitando. «¡Pobre viejo! — pensó compadecida — da lástima». Chao al ver comparecer a Ye Ying no sabía qué decirle. Chupó en silencio el cigarro, y pasó un rato sin que dijera esta boca es mía. Ella miraba con asombro a aquel hombre cuyo ánimo estaba decaído, vencido; a aquel cráneo tan voluminoso envuelto por el humo y del que parecía que iban a salir ideas fulgurantes. En realidad, ni el propio Chao De sabía lo que pensaba . . . Al cabo de un momento, Ye Ying no pudo contenerse y preguntó:

— ¿Qué hay, tío?

Chao De dio aún unas chupadas en silencio y dijo lentamente:

— ¿Has visto las últimas estadísticas, Ying?

Lo dijo con reticencia y no añadió nada más.

— Las he visto, tío — respondió la joven.

Chao De tiró al suelo la colilla sin tomarse la molestia

de apagarla con el pie, y dejó que se consumiera en el suelo de cemento. Se levantó nervioso, dio unos pasos por la habitación, se volvió a sentar, apartó las estadísticas con hastío y se dio unos cuantos puñetazos en la cabeza, lo cual no solía hacer. Luego, miró a Ye Ying sin encontrar todavía qué decir.

Ye Ying observó que su viejo tío no tenía ya aquella mirada tan penetrante. Se habría dicho que el fuego interior que de ordinario ardía con tanta intensidad en él, se había apagado, estaba extinguido. De súbito, Chao De se levantó de su asiento y balanceándose un poco sobre sus piernas, preso de repentina y violenta cólera, empezó a gritar:

— La verificadora ha cumplido bien su trabajo, tiene mucho mérito. ¡Mucho mérito! Pero la sección y su jefe . . . ¡bonito papel representan, eh! El taller de los desechos, el jefe del taller de los desechos . . . ¡Todo el mundo nos reprende! ¡Qué bonito, eh!

Se dejó caer pesadamente en el asiento: esta explosión de furor lo había dejado sin fuerzas.

— No comprendo nada, tío ¿qué significa todo esto? — objetó Ye Ying estupefacta.

— Mira, Ying — prosiguió Chao De —, tú ya lo sabes: el retraso de la producción en el taller y las piezas de desecho que se amontonan me hacen responsable de que haya quedado colgado el plan de producción de toda la fábrica, pero . . .

— ¿Pero qué? — preguntó Ye Ying.

— ¡Pero los obreros también tienen que hacerte reproches!

— ¿Qué reproches?

— Está muy bien que uno cumpla su trabajo a conciencia. ¡No tengo nada en contra! Ahora que a los obreros les parece que hilas demasiado fino y que incluso las piezas que podrían pasar por buenas tú . . .

Chao De se calló; se daba cuenta de que estaba hablando sin fundamento.

Al principio Ye Ying había sentido sincero deseo de ayudar a su tío en aquel trance. Había querido encontrar un medio para aligerar el peso que lo abrumaba. Incluso habría llegado a pronunciar palabras de consuelo. Pero lo que el viejo Chao De acababa de decir a gritos, le abrió los ojos.

La incapacidad de su tío se le había aparecido al desnudo. ¡Veía llegar el momento en que el vilipendio por tanta producción defectuosa recayera sobre su cabeza! No pudo conservar más tiempo la calma y gritó:

— Admito que digas que compruebo meticulosamente cada pieza, pero enséñame siquiera una en la que haya cometido error.

Como Chao De no respondía nada, continuó fogosa:

— No comprendo a qué te refieres. ¿Quieres que falte a mi deber y dé por buenas las piezas malas? . . . ¡Eso es imposible, camarada jefe de sección!

Chao De volvió a levantarse de su asiento y tronó:

— ¿Qué majaderías estás diciendo?

Ye Ying había dado ya media vuelta, y dirigiéndose hacia la puerta profirió:

— Perdona, tengo que hacer.

Chao De la llamó, pero la puerta se había cerrado después de dejar entrar el ruido de las máquinas durante una fracción de segundo. Al punto se restableció la calma. Mas cuando Chao De miraba todavía a la puerta con expresión de estupor, se abrió de nuevo y Ye Ying asomó medio cuerpo. Esta aparición dejó a Chao De clavado en el sitio ¿Qué quería ahora? Ye Ying miró a su jefe en los ojos y, con las pupilas brillantes y recalcando las palabras, dijo:

— No se trata de gritar. Hay que estudiar con calma el problema de la producción en su conjunto y hacer un severo examen de sí mismo. Con enfadarse no se conseguirá que dejen de fabricarse piezas defectuosas, ni que aumente la velocidad de producción. ¡De nada sirve ponerse furioso!

La puerta volvió a cerrarse y Chao De, anonadado, se sentó apretándose la cabeza con las manos. Le parecía que iba a estallarle y se puso a gemir:

— ¡Que hasta esta mocosa pretenda darme lecciones!

Hacía aún poco tiempo, cada vez que Ye Ying pensaba en su trabajo, que cumplía con celo y a conciencia, se comparaba con Juan Jua y se sentía orgullosa de sí misma. No olvidaba nunca que era miembro de la Liga de la Juventud, y en consecuencia tenía que entregar al trabajo lo mejor de sí misma, igual que un año atrás, cuando era tornera. No obstante, hacía algunos días había perdido su serenidad y una idea fija la atormentaba, lancinante como un verdadero dolor. Ya no estaba satisfecha de sí misma, sino muy descontenta.

Ese cambio se debía a un solo concepto: la responsabilidad. Para una verificadora la responsabilidad consistía en comprobar con esmero las piezas; no había que dejar pasar ninguna que no fuera standard; el enviar al montaje una pieza mala podía ocasionar pérdidas mayores que el enviar las piezas defectuosas al torno. Como había dicho el día de su llegada el joven Ma (el obrero que la había llamado «nariz aplastada») su obligación consistía en fijarse, en «ir a la caza de minucias».

Ella, claro está, no daba a esta expresión el mismo sentido que Ma. Por lo que a ella se refería, jamás había cometido error al señalar las «minucias» que había encontrado. Pero ¿su responsabilidad se limitaba sólo a la meticulosa comprobación? Eso era lo que la inquietaba. ¿No debía ayudar a los obreros a corregir, a mejorar el método de trabajo? ¿No debía echar una mano al tío Chao? (¡Sentía tanto haberse querellado con él!) Por ejemplo, ¿no podía ella encontrar un medio para que disminuyera el tanto por ciento de piezas defectuosas? Esos pensamientos la asaltaban constantemente y no le daban sosiego.

Las exigencias del trabajo, a las que se añadía el des-

contento de sí misma, y la nueva y constante preocupación ocasionada por la manera de interpretar la palabra «responsabilidad» cambiaron rápidamente el carácter de Ye Ying, haciéndole ser con frecuencia reservada. Había perdido su febril actividad habitual, que era su segunda naturaleza. Esos cambios asombraron a todo el mundo. Su padre se inquietó; el mismo Tang Liang no tardó en advertirlo.

Aquella noche, Ye Ying, sentada a la mesa enfrente de su padre, estaba sumida en profundas reflexiones. A la luz difusa de la lámpara, su cara parecía más delgada y un poco pálida. Tenía la mirada fija y parecía no ver nada. Ye Wei-yi la observaba de reojo y su preocupación por ella iba en aumento. Su pequeña era todo para él. Desde la muerte de su mujer, hacía más de diez años, la había educado él solo. Tenía otro hijo, habido de su matrimonio. Era un poco mayor que Ye Ying y trabajaba en una fábrica del Nordeste. Todo su afecto lo había puesto en su hija. La quería tanto como pocos padres saben querer, y había hecho de ella una muchacha ejemplar y una excelente tornera. Eso no le impedía haber sido siempre severo con ella, como lo era consigo mismo. La preocupación de Ye Ying le inquietaba profundamente. Al ver a su hija aquella noche entregada de nuevo a tan extraña meditación, dejó con lentitud sobre la mesa el *Gungyen Yibao* (Diario obrero) que tenía en la mano y preguntó solícito:

—¿Pequeña, qué te ocurre?

Ye Ying se sobresaltó un poco y respondió:

—Papá, estaba pensando.

—Estabas pensando . . . Pero te pasas así un día y otro y otro. Pierdes el apetito. No hablas. Desmejoras. ¿En qué piensas? ¿No puedes decírselo a tu padre?

Mientras hablaba afectuoso, se levantó y acarició dulcemente con gesto protector los cabellos de Ye Ying.

—Papá, tengo la impresión de que lo que hago ahora es a todas luces insuficiente. Cuando me comparo con

Chao Yi-mei, la protagonista del libro que estoy leyendo, o con Jao Chien-siu,* otra obrera ejemplar, desespero de mí. Yo soy también obrera, ¡vaya! y de su edad poco más o menos. ¡Qué no han hecho ellas por nuestro país! ¿Y yo?

Ye Wei-yi apoyó su gruesa mano bajo la barbilla de su hija y le hizo levantar la cabeza. La miró en los ojos mucho tiempo, asombrado y admirativo. «¡Qué de prisa ha crecido!», pensó. Luego se puso a dar paseos por la habitación y dijo muy contento:

—No has perdido el tiempo con reflexionar, hija mía. Piensa, piensa. Si todo el mundo hiciese como tú, si todo el mundo se devanara los sesos pensando cómo contribuir mejor a la industrialización del país, la sociedad socialista a la que aspiramos no estaría lejos . . . Y dime: ¿qué has resuelto por fin?

Se sentó frente a Ye Ying y la miró con cariño.

La joven sacudió la cabeza y respondió:

—No he resuelto nada.

—¿Nada? . . . entonces tienes que seguir pensando, hija. ¡Sin falta llegarás a alguna conclusión!

Entonces fue Ye Ying quien miró con cariño a su padre. Se apoderó de ella una gran ternura al ver los cabellos entrecanos de Ye Wei-yi, las profundas arrugas de su frente y junto a las comisuras de los párpados. Con voz dulce replicó:

—¿Sabes, papá? La Segunda Sección se ha empantanado; es desesperante la cantidad de piezas defectuosas que hacen los torneros y que hay que desechar. El taller nunca puede terminar el plan de producción en el tiempo debido lo que, como es lógico, acarrea cada vez mayores pérdidas para el país. Primero pensé que no era cosa mía. Como verificadora yo no tenía, sin duda, más que comprobar las piezas. Pero me parece que eso no es

* Jao Chien-siu es una obrera del textil, elegida en 1951 heroína del trabajo. Sus innovaciones en los métodos de hilado se han extendido a todo el país.

suficiente. También soy miembro de la Liga de la Juventud. Como tal, tengo otras responsabilidades. No debe serme indiferente la situación en que se encuentra mi taller. Me considero obligada a ayudar a buscar una solución para que disminuya a toda costa el tanto por ciento de piezas mal fabricadas.

Ye Ying calló un instante, sacudió la cabeza y continuó:

— El quid está en hallar algún «resquicio». ¿Papá, no podrías aconsejarme algo?

— ¡Hay que intentarlo! — respondió Ye Wei-yi riendo — ¡Venga! Vamos a cavilar los dos a ver quien encuentra primero ese famoso «resquicio».

Permanecieron callados unos momentos. De pronto, Ye Ying se echó hacia atrás un mechón rebelde. Su mirada relampagueó, y con una locuacidad que refrenaba con trabajo, dijo de una sola tirada:

— ¡Papá! . . . ¡papá! Ya lo he encontrado. ¿Y si comprobase inmediatamente la primera pieza fabricada por un obrero al comenzar su jornada? Si no está bien hecha, no tendré más que indicarle en el acto el defecto que haya encontrado . . . Es que ¿sabes? no todos los obreros fabrican piezas malas, sólo algunos. Por ejemplo, el viejo An Da-fang hace siempre los agujeros un poco anchos de más. En cuanto haya hecho la primera pieza, la comprobaré y le diré que haga un poco más pequeños los agujeros. Estando advertido, cambiará de barrena, y los agujeros tendrán el diámetro preciso. ¿Qué te parece, papá? ¿Es una buena idea?

— ¡Has sido la primera en encontrar el «resquicio»! — exclamó el viejo Ye —. Es una idea magnífica que ayudará de seguro a la Segunda Sección. El tanto por ciento de desechos disminuirá sin falta. ¿Pero, cómo has dicho? ¿Un poco ancho de más? ¿Cuánto más ancho? Una verificadora no debe aportar datos que no vayan respaldados por cifras exactas.

La joven había recobrado su vivacidad habitual; sacudió suavemente a su padre por los hombros y prosiguió:

— ¡Un poco más ancho! Eso no es más que una manera de hablar. ¡Papá, voy a hacer como he dicho!

— Me parece muy bien. No dudo de que tendrás éxito.

Por muy satisfecho que estuviera, el viejo Ye no parecía menos abstraído. Con un movimiento maquinal, apartó el periódico colocado sobre la mesa, sacudió un poco la cabeza y dio un ligero suspiro. Su hija le miró con asombro y preguntó inquieta:

— ¿Has cambiado de opinión?

Ye Wei-yi se levantó, tomó en la suya la mano de su hija y manifestó:

— Lo que me inquieta es que el viejo Chao lo mismo puede llevar a la Sección al éxito que al fracaso. La dirección sabe muy bien en qué situación se encuentra el taller, y yo mismo conozco determinados aspectos. Chao es un viejo camarada mío, y sin embargo no me habrás visto hablar con él de su trabajo ni tratar de ayudarle. Hasta el punto que anteayer Tang Liang me dijo que sería preciso que fuera a verle y habláramos con franqueza. Antes de oir lo que acabas de decirme, pensaba como tú: la Quinta Sección, la mía, marcha bien, y me parecía que eso era suficiente y que las demás secciones no me incumbían. Pero tu manera de ver las cosas es más progresiva que la de tu anciano padre. ¡En eso estoy pensando en este momento!

Al decir estas palabras, miró a su hija, cuyos ojos expresaban el mayor respeto por él. Y continuó diciendo:

— Es preciso que vaya a ver a Chao De y charle con él largo y tendido. ¡Hemos trabajado juntos durante tantos años! ¡Cuánto no hemos sudado trabajando uno al lado del otro en tantos tornos! ¡Por cuántas dificultades no hemos atravesado los dos! Ambos hemos sido nombrados jefes de sección. Yo, se puede decir que he resucitado, mientras que el viejo Chao . . .

Ye Ying no respondió nada. Se contentó con mover la cabeza varias veces en señal de aquiescencia.

*

Ye Ying se acercó a la taladradora de An Da-fang para comprobar la primera pieza que acababa de taladrar apenas comenzada la jornada. Desconocía en absoluto el modo de ser de An Da-fang, ignoraba que siempre había aborrecido a los verificadores, y sobre todo a las verificadoras de pocos años. Al verla a su lado, el viejo pensó: «En vez de venir aquí a ponerle pegas a uno, ya podía quedarse en su casa y dedicarse a tener hijos». Aunque era poco locuaz, había discutido en varias ocasiones con los verificadores, pero desde que en la sección había verificadoras como Juan Jua y Ye Ying, aún era mayor su desprecio por esta clase de especialistas.

Ye Ying tomó la pieza que An le tendía de mala gana y la calibró. Hecha la comprobación, dijo lo más amablemente que pudo:

— Maestro An, es demasiado grande en 0/64 pulgadas. ¿Quieres hacer la correspondiente rectificación al fabricar la próxima pieza?

Ying no se imaginaba ni por lo más remoto lo que iba a suceder. Esperaba que el viejo An aceptara su observación, pero él no reaccionó así, ni muchísimo menos. ¡Jamás se había visto que verificador ni verificadora alguna viniera a comprobar el trabajo de uno en sus propias narices! ¡Y una mocosa, además!

An cortó la corriente y la máquina dejó de funcionar, se limpió las manos con unos residuos de algodón y gritó sin mirar siquiera a Ye Ying:

— ¡Por esto no paso! ¡Trabaja tú misma si no te gusta cómo lo hago yo!

Sin esperar contestación, se dirigió al despacho del jefe del taller.

Ye Ying nunca se había visto en un caso así. Todas las máquinas: tornos, taladradoras, acepilladoras trabajaban a pleno rendimiento, dejando oir su rítmico ronroneo. Sólo la máquina que tenía ante sí estaba parada, muerta. ¿Qué hacer? Ante esa taladradora sin vida, sentía que se le paralizaban los pies y las manos.

Pasó así un minuto, luego se abrió la puerta del despacho y llegó a sus oídos una voz. Oyó decir:

— ¡Estoy harto! ¡No puedo continuar así! . . . ¡No puedo aguantar los insultos de la niña esa!

Era An Da-fang que se quejaba a su tío. No tardó en aparecer Chao De en toda su majestuosa estatura; se acercó a Ye Ying, se detuvo junto a ella y, fulminándola con una mirada terrible, le dijo en un tono que jamás había empleado con ella:

— ¡Camarada Ye Ying! Puedes volver a tu puesto. ¿Qué has venido a hacer aquí? Si se retrasa la producción, tú responderás.

Ye Ying no replicó nada y se marchó antes de que él hubiera terminado de hablar. Ocupó su «puesto» en el rincón. Estaba indignada por la injusticia de Chao De. ¿Qué podía decir a su tío y jefe? Con todo su generoso corazoncito quería ayudar a la Segunda Sección. Había recibido uno tras otro dos cubos de agua fría. Estaba a punto de llorar, pero no derramó ni una lágrima. Nunca había sentido tanta pena desde que llegó a la sección.

Ye Wei-yi salía de su casa. Iba a dar sus clases nocturnas de práctica a los obreros. Tropezó con su hija que volvía. No se fijó en la preocupación de Ye Ying y le dijo:

— ¿Sabes?, tu «resquicio» es excelente. He hablado de él a nuestro verificador Wang. Ha hecho la prueba, y los obreros están encantados. Los resultados son completamente satisfactorios.

Ye Ying no tuvo tiempo de decirle nada; él llevaba prisa y se alejaba ya.

La muchacha entró en la habitación y se tiró en la cama sin encender siquiera la luz. En voz muy bajita se preguntó: «¿Qué voy a hacer? . . . No supo qué responder, y poco a poco preguntas contradictorias asaltaron su mente: «¿Será cierto que soy una entremetida?

¿No tendré razón? ¿Por qué me gano la animosidad de todo el mundo? ¿Por qué no me ocupo sólo de lo que me han encargado? ¿Es esta manera de trabajar digna de mí? . . . ¡Ah, si tuviera un jefe de sección como mi padre! — pensó — ¿Y qué voy a hacer ahora?»

Esta última frase resumía todo el dilema, pero no había respuesta que pudiera servir de clave. Ye Ying en la obscuridad abría sus grandes ojos buscando y rebuscando una solución, cuando de pronto se le vinieron a la memoria las palabras de su padre. Su método lo habían probado en la Quinta Sección y los resultados habían sido buenos. Al instante, surgió ante ella la imagen de su heroína Chao Yi-mei, y le pareció que ésta clavaba en ella los ojos. En seguida recordó sus obligaciones de miembro de la Liga de la Juventud y eso terminó de animarla. Se sorprendió a sí misma murmurando: «¡No ibas a dejarte vencer por la duda!»

Se levantó de un salto y corrió en busca de Tang Liang. Después de haber hablado con Ye Ying, Tang Liang quedó persuadido de que no podía aplazar más una seria conversación con Chao De. La conclusión a que había llegado, es decir, que el problema del taller de éste no consistía en la lentitud de la producción, sino más bien en la mala calidad del trabajo, correspondía evidentemente a la realidad.

Al bajar del tercer piso a los talleres, abarcó con la mirada el panorama nocturno de la fábrica entera. ¡Qué grandioso y emocionante espectáculo! Entre los que protegieron aquellos edificios y aquellas máquinas, exponiendo su vida, estaban Chao De y Ye Wei-yi. Todos eran héroes. Pero las exigencias de la vida son inexorables; lo pasado debe ceder el paso a lo presente. El que no consigue mantenerse constantemente a la altura de las circunstancias, corre el riesgo de ser apartado, barrido. En opinión de Tang Liang, lo que no marchaba bien, en cuanto a Chao De se refería, era su estado de ánimo. La incompatibilidad de carácter de Ye Ying y Chao De se

debía a que la joven, verdadero símbolo de la juventud de vanguardia de hoy, miraba hacia adelante y aspiraba a ideales más elevados, mientras que el viejo jefe continuaba cegado por un pasado, meritorio, eso sí, pero ante el cual se mantenía en contemplación, olvidando el camino que se abría ante él, perdiendo el sentido de orientación . . .

El que sabe adelantarse a su época, se hace el dueño. Chao De en un momento dado se había adelantado a la suya, ahora iba a remolque.

El siguiente día era de descanso en la fábrica, como un domingo. Tang Liang, que solía levantarse temprano, se puso su vieja guerrera, descolorida por el sol, y prendió en ella la medalla del valor ganada en los campos de batalla de Juaijai. Ese uniforme y esa medalla era todo lo que había guardado de los diez años pasados en el ejército. Pero había conservado sus cualidades de soldado: agilidad de pensamiento y franqueza en sus relaciones. También había desarrollado al más alto grado la facultad de profundizar en las cuestiones, facultad que poseen todos los que se consagran a la educación política de las masas. Siempre estaba alerta, lo que no le impedía manifestar gran donaire en ocasiones.

Tang Liang había pedido a Chao De que fuera a visitarle. Este último no tardó en llegar y se acomodó cerca de una ventana. El secretario del Partido, después de preparar él mismo la infusión, ofreció a Chao una taza de té bien cargado, y le dijo:

— Mi querido Chao, quisiera que me escucharas sin enfadarte . . . Ahora no se trata de una reunión de crítica: no es el momento. Vamos a hablar con absoluta franqueza, de hombre a hombre.

Chao De lanzó una rápida mirada al secretario del Partido, pero procuró evitar la suya. Tang le ofreció un pitillo y le dio lumbre. El no fumaba. Observó un momento al jefe de la Segunda Sección y añadió:

— Mi buen Chao, has adelgazado mucho últimamente.

No hay que descuidarse, la salud es el don más precioso. No es fácil dirigir un taller, ¿eh? . . . Eso no es manejar las máquinas . . . Hay que dirigir a seres vivos.

Al aceptar la invitación de Tang Liang, Chao De se había figurado que iba a recibir las críticas que solía. Mas Tang había cambiado de táctica, y el viejo Chao, ante esa situación imprevista, no sabía qué pensar.

Tang Liang fue a apoyarse en la ventana y quedó de pie cerca de Chao De. Su mirada fue a posarse más allá de la fábrica en una inmensa hilandería en construcción, cuyos andamiajes parecían llegar a las nubes.

— Ven, Chao, mira — dijo.

Chao De se levantó y se acercó a él. Señalando a lo lejos, a la hilandería aún no terminada, Tang dijo con emoción:

— Lo que ves ahí enfrente es una nueva fábrica en construcción. Será la fábrica textil N° 1. El año próximo y al otro tendremos ya las fábricas textiles N° 2 y N° 3. Hay que convertir nuestra ciudad en un centro de la industria textil. Fíjate, mi querido Chao ¿quién puede erigir fábricas tan de prisa como nosotros?

Chao De, emocionado a su vez, afirmó:

— ¡Sí, avanzamos de prisa!

— Se experimenta la sensación de que esas fábricas fueran a tendernos la mano — prosiguió diciendo Tang. —Dentro de un año, de dos, habrá más, cada vez más. ¿Y qué exigen todas esas fábricas, y ante todo esta hilandería que está enfrente de nosotros? «Dadnos máquinas textiles, dicen, máquinas para hilar el algodón grueso y el fino, telares, batidoras, cardadoras . . .» «Necesito muchas máquinas de todas clases» reclama cada una de ellas . . . «Y las necesito buenas, perfectas».

Tang Liang se calló un instante y miró a hurtadillas a Chao De. Vio que le escuchaba absorto. Sonrió y prosiguió diciendo:

— Amigo Chao, supongamos por un instante que tú seas esas hilanderías y yo, nuestra fábrica. Tú me tenderías la mano y reclamarías las máquinas que necesitas. Necesitarías muchas y de la mejor calidad. Y si te respondiera: « Hermano, no puedo! ¡Creces demasiado de prisa para mí! . . . No puedo darte más que las máquinas que tengo que no son muy buenas», ¿qué dirías tú?

Chao De comprendía vagamente adónde quería ir a parar Tang Liang, pero no contestó y se limitó a sacudir la cabeza. Tang rompió a reir:

— ¡Ah!, las hilanderías sacuden la cabeza! ¿Eso quiere decir que no hay nada que hacer?

— No — respodió Chao De con un nuevo movimiento de cabeza.

Tang abrió la ventana de par en par. El sol y el aire fresco penetraron en la habitación.

— Amigo Chao — continuó diciendo — es lástima que no seas de verdad esas hilanderías. Tú y yo somos solamente trabajadores de nuestra fábrica de máquinas textiles . . . Las hilanderías están allá.

Extendió el brazo y señaló a lo lejos, a las obras, sobre las que se cernía un águila solitaria. El trabajo estaba allí en plena efervescencia. Aquel panorama era fascinador. Los dos hombres permanecieron silenciosos un buen rato. Tang Liang fue el primero en volver a la realidad. Hizo sentarse a Chao De, él también tomó asiento en el mismo sitio de antes, y dijo:

— Sí, vamos de prisa. Si no fuera así ¿seríamos dignos de la clase obrera y del Partido Comunista? . . . Cuando miro nuestras fábricas, amigo Chao, me siento dichoso y tengo miedo al propio tiempo. No vale la pena explicar por qué me siento dichoso. Pero sí puedo decirte de qué siento miedo. ¡Tengo miedo a no estar a la altura de las circunstancias! . . . Soy lego en todo lo que se refiere a la industria. Cuando mis superiores me hicieron cambiar de actividad y me enviaron aquí, yo les pedí que me dejaran seguir primero unos cursillos industriales. Me respondieron que tenía que aprender

trabajando. Así es como he venido, camarada. Tengo la impresión de ser siempre un novicio, de no haber progresado. Por eso, amigo Chao, ya que hablamos hoy con franqueza, ésta es la ocasión de que critiques a la dirección de los talleres, o a mí, si quieres hacerlo. Es el momento de decir las cosas rotundamente.

Tang Liang no pudo por menos de reirse de sus propias palabras; pasado un segundo añadió:

— Ya lo ves, otra vez toma esto el cariz de una reunión de crítica. Pero cambiemos los papeles, apliquemos otros métodos. Tú eres el que debe criticarme y criticar a la dirección. Te doy palabra de que no me enfadaré.

Chao De tenía la mente y el corazón perturbados. Como no podía coordinar los pensamientos, sacudió la cabeza y respondió:

— No tengo ninguna observación importante que hacer. Lo único es que, a mi ver, el apoyo moral que recibe la Segunda Sección de la dirección es insuficiente.

— ¡Así es, justamente! — exclamó Tang Liang. Y como Chao De no añadía nada, prosiguió:

— Es burocracia pura. El jefe de los talleres siempre a vueltas con los papeles, no sale de su madriguera. Y yo, apenas salgo de una reunión ya estoy metido en otra, y acabo con la vista y la inteligencia nubladas. Si alguna vez me queda tiempo para dar una vuelta por los talleres, es trabajo perdido, no acierto a descubrir qué es lo que no marcha bien. Si una sección no termina el plan de producción en el plazo señalado ¡pumba! se le da un jabón de padre y muy señor mío. Eso todo el mundo puede hacerlo, pero nadie se preocupa de estudiar el cómo y el por qué de las cosas.

Chao De escuchaba sin rechistar y se limitaba a asentir maquinalmente con la cabeza.

— Y el caso es — prosiguió Tang — que si este o aquel taller no consiguen terminar su tarea a finales de mes, no siempre se debe a que los obreros sean remolones.

¿No será porque se fabrican demasiadas piezas defectuosas que es preciso rehacer? La dirección no estudia el problema desde este punto de vista, sino que lanza frases pomposas: «No tenéis ni idea de cómo hay que cumplir el plan de producción . . . ¡Olvidáis que trabajáis para la patria! . . .», y el jefe de la sección culpable descarga la cólera en sus subordinados. ¡Eso es lo que ocurre! En realidad, todos los que leen la cartilla a los demás, y yo soy uno de ellos, no se dan cuenta de que sólo se fijan en uno de los aspectos de su responsabilidad y descuidan los demás.

Tang Liang se calló esperando que esta vez Chao De dijera algo. Pero como éste se obstinaba en callar, añadió:

— Bueno, no hablemos más de esto . . . Por cierto, ayer vino a verme Ye Ying.

Al oir estas palabras, Chao De aguzó el oído con el desagradable presentimiento de que Tang iba a referirse al incidente entre la verificadora y el viejo An.

— ¡Esa chiquita tiene iniciativa! — dijo Tang — Vino muy contenta a explicarme que había encontrado un medio eficaz para comprobar la producción y hacer disminuir el tanto por ciento de desechos. Ese medio ha sido probado ya en el taller de su padre y parece ser que los resultados han sido portentosos. Consiste en comprobar al comienzo de la jornada una de las primeras piezas hechas por un obrero. Si hay algún error, se señala inmediatamente; de esta manera el obrero sabe al punto a qué atenerse, lo que le permite no seguir cometiendo los mismos errores. A Ye Ying le gustaría aplicar su método en la Segunda Sección. Me parece que vendría bien. ¿Qué opinas?

— Se puede probar — respondió Chao.

— Exacto, hay que probar a ver qué resulta. A propósito, también he oído decir que ayer, cuando Ye Ying quiso tomar al viejo An Da-fang por conejo de Indias, se llevó un chasco. ¿Es verdad eso?. . . Esa chica es dema-

siado simplista. ¡Querer introducir nuevos trucos sin prevenir de antemano a la dirección de la sección! ¡Cuándo se ha visto cosa semejante! Tendrás que ayudarla mucho, amigo Chao.

Chao De al ver que hacía referencia a un asunto que él conocía tan bien, se turbó mucho y no supo qué decir. Tang se levantó y, apretando los dientes como se había acostumbrado a hacer al hablar a los soldados, dijo:

—¡Las piezas defectuosas son nuestro enemigo y hay que barrerlo! Mi viejo camarada Chao, eres el «comandante» de la Segunda Sección! ¡Guerra sin cuartel a ese enemigo de la producción!

Su charla duró aún un buen rato. Chao De se sintió como nuevo. Experimentó por Tang Liang creciente admiración, un verdadero afecto. La solicitud que Tang había mostrado por él y por su sección, así como su manera de decir las cosas, le habían emocionado. Estaba completamente reanimado. Los dos habían acordado organizar en el taller una exposición de piezas defectuosas. Al despedirse, Chao De preguntó a Tang si tenía que hacer alguna observación a propósito de su conducta y éste le reprochó sin ambages su errónea manera de pensar por la excesiva importancia que concedía al pasado. . . Chao De comprendió entonces que el Partido lo conocía a fondo. Tang Liang tomó la mano de Chao y la retuvo entre las suyas, diciéndole entre burlas y veras:

— ¡Te doy mi palabra, hermano «hilandería», que pondré a tu disposición todas las máquinas textiles que me pides y serán de las mejores!

Chao De habría querido responder algo en el mismo tono, pero se había abstenido y había sonreido únicamente. . .

Hacía meses que Chao De no se sentía tan ligero. Parecía que de un golpe Tang Liang lo había librado de aquel peso—no podría definirlo mejor—que lo abrumaba desde hacía tiempo. Fuera del Partido ¿quién era capaz

de penetrar con tal maestría en lo más recóndito del pensamiento? Parece que sepa poner al desnudo el cerebro y descubra lo que uno mismo no habría sido capaz de descubrir. El ir a remolque de la sociedad, el vivir vuelto hacia el pasado, el tener una mentalidad que no se acomoda al progreso lo origina el engreimiento. «¡Al diablo todo eso!» pensó Chao De. Tenía que desprenderse de ese lastre que impedía tomar vuelo a sus ideas. ¿Cuál había sido su vida en los últimos meses? ¿Cómo se había portado en el taller? ¿Y el caso de Ye Ying, que la víspera había ido a ofrecer una solución para resolver el apremiante problema de los desechos? El no había sabido responder más que tonterías: «¡Vuelve a tu puesto!». . . Chao De resolvió mostrar a todos de qué madera estaba hecho. Hasta entonces había ido a remolque de la sociedad, pero ahora estaba seguro de poder ponerse de nuevo en cabeza.

Al día siguiente, en cuanto Chao De vio a Ye Ying, le dijo:

. —Pequeña, anteayer tu tío no se portó bien. Hagamos las paces, ¿quieres? ¿Sigues ofendida conmigo?

— Yo también me he portado mal, tío — respondió Ye Ying — No te consulté de antemano. El secretario del Partido me ha reprendido por mi irreflexión, censurándome el haber actuado por mi cuenta sin pedir opinión previamente al jefe.

— Tú método es perfecto — prosiguió Chao —; y voy a comunicar ahora mismo a todos los obreros del taller que vamos a adoptarlo.

Ye Ying, al ver que los ojos de su tío lanzaban destellos, como en otros tiempos, se alegró mucho.

Chao añadió: «¡Va a ser una batalla en regla contra los desechos! ¡Una lucha sin cuartel!»

Ella lo miró riendo de muy buena gana y asintió:

—¡Ya lo creo! ¡Y habrá que «ir a la caza de minucias» aún con mayor tenacidad!

Rieron los dos, y Ye Ying no sabiendo qué más decir,

ni qué hacer, clavó sus grandes ojos en el gigantón de su tío con expresión de confianza y de fe.

No quedó decepcionada. Chao De puso manos a la obra inmediatamente. Con su voz estentórea, de pie en medio del taller, anunció a los obreros, inclinados sobre sus máquinas, que la verificadora Ye Ying iba a poner en práctica su nuevo método de comprobación de las piezas, el cual sería de gran provecho para todos en su trabajo. Exhortó a todos los del taller a prestarle apoyo. Luego convocó una entrevista con los jefes de equipo para ver de organizar una exposición de las piezas inservibles o a rehacer. Horas más tarde, terminada la entrevista, decidió que se abriera la exposición dos días después.

El que el jefe hubiera recomendado a todos que prestaran apoyo a la verificadora era algo inaudito en la Segunda Sección. Algunos obreros habían mirado a Chao De con los ojos muy abiertos. Pero él, antes que hicieran ninguna objeción, gritó: «¿Por qué me miráis así? ¡Ya veréis lo que esto significa!»

Ye Ying se aplicó al punto a su trabajo. Escogió en primer lugar a An Da-feng. Se acercó sonriendo a la taladradora del viejo obrero y le preguntó afable:

— Maestro An, ¿estás aún enfadado conmigo?

El viejo An respondió con un resoplido, pero no detuvo su máquina. Ye Ying examinó minuciosamente la primera pieza que él acababa de terminar y exclamó sonriente:

— ¡Muy bien, maestro An! Es standard.

El viejo An respondió con otro resoplido.

El joven tornero que había insultado a Ye Ying llamándola «nariz aplastada», fue el segundo. Se detuvo delante de él y comenzó por decirle:

— Ma, no debía haber reñido contigo.

Esta manifestación inesperada turbó un poco al joven, pero no respondió palabra. Ye Ying añadió, al tiempo que comenzaba a examinar la primera pieza:

— ¿Sigues enfadado?

— No sé nada — rezongó Ma.

—¿No sabes nada? . . . pues te advierto que hay 2/64 pulgadas de más. Pon mayor atención cuando hagas las próximas piezas ¿quieres?

Dicho esto, se alejó. El joven tornero se mordió la lengua de despecho, pero se puso seriamente al trabajo.

Ye Ying dio la vuelta a todo el taller. El procedimiento ideado por ella era más penoso de lo que había supuesto. Terminó rendida la primera ronda.

Días después se abrió la exposición de piezas defectuosas. Las piezas de desecho fabricadas en los últimos dos meses fueron colocadas en un rincón del taller. Chao De había determinado diferir la reunión de los jefes de equipo y sustituirla por una visita comentada a la exposición. Ying se ofreció voluntariamente a explicar los errores de fabricación. Cuando se encendió la lámpara roja, las máquinas dejaron de funcionar y el taller quedó vacío en un instante. Después de lavarse las manos, los obreros se reunieron en el ángulo del taller donde estaba la exposición.

Los desechos de la producción de los dos meses últimos estaban allí, a la vista de todos. Eran piezas de metal inanimadas. Pero aquel día, metódicamente dispuestas en sus casillas y bajo la mirada fija de los obreros, parecían adquirir vida. Ya no eran simple materia inerte. Causaba la sensación de que se quejaban y gemían. Odiaban a los que las habían hecho así, y sus reflejos metálicos, como miradas furiosas, parecían acusar a los autores de sus días.

La voz clara de Ye Ying resonó de pronto:

— ¡Camaradas! Según cálculos todavía incompletos, los desechos de la producción de nuestro taller en los dos últimos meses han ocasionado pérdidas al Estado por valor de 113.000 yuanes. ¿Camaradas, eso no os duele? . . . Tenemos que terminar sin falta con semejante despilfarro. ¡Es precisa una guerra sin cuartel!

Chao De, lo mismo que los obreros, nunca se había roto la cabeza tratando de resolver ese problema. Pero el espectáculo que ofrecía aquel amontonamiento de piezas inservibles sublevó su conciencia. Se sintió culpable y experimentó profundo remordimiento. Si Tang Liang durante su conversación había removido el ánimo de Chao De con el razonamiento, la exposición le hacía comprender en toda su amplitud el papel de su taller en la producción. Jamás había pensado que el exponer las piezas de desecho pudiera tener tanta importancia y provocar tan gran revolución en todas las mentes. Murmuró sin querer:

— ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Al día siguiente, el periódico mural del taller estaba lleno de artículos escritos por los obreros. Algunos títuos eran sugestivos: «Acabemos con los desechos», «Lo que dicen las piezas defectuosas», etc. Todo el taller leyó con interés aquellos espontáneos y conmovedores escritos.

Los resultados de la exposición sobrepasaron con mucho las previsiones más optimistas de Tang Liang. No sólo facilitó el trabajo de Ye Ying, sino que sacó de su torpeza a la Segunda Sección. Jugó el papel de una verdadera fuerza viva que excitaba las mentes adormecidas. El tanto por ciento de piezas defectuosas disminuyó a ojos vistas, y en consecuencia, el taller pudo terminar el plan de producción en el plazo deseado. ¡Con la emulación el tiempo parecía transcurrir rápido como un relámpago! El primero de diciembre llegó casi inadvertidamente. En los tableros de anuncio de la fábrica aparecieron los datos de la producción del mes de noviembre. En la columna donde se registraba la producción entregada en el plazo fijado, figuraba la de la Segunda Sección en tinta roja, de un hermoso rojo brillante. En la columna donde se anotaban los desechos, la cifra apenas superaba a la de la Quinta Sección, la mejor de toda la fábrica.

Pese a un éxito tan grande, Chao De no estaba del

todo satisfecho. Al pensar en la Quinta Sección, se dijo: «Ya veremos en qué queda eso el mes que viene».

Ye Ying llegó aquel día muy contenta. Sus ojos reían, su cara irradiaba alegría. En el taller, que parecía en ebullición, obreros y máquinas trabajaban a pleno rendimiento. En cuanto vio a la muchacha, el joven Ma exclamó:

— ¿Has leído lo que se dice en los tableros de anuncio, camarada Ying?

Chao De llegó instantes después y estrechó entre sus manazas la manecita de Ye Ying.

— ¡Gracias! — exclamó — ¡gracias en nombre de todo el taller!

Detrás de él una voz dijo:

— Vamos a ver, es el último mes del año ¿no es eso? Pues hay que hacer por que no se consignen desechos en el tablero de anuncios de la Segunda Sección. ¿Te parece bien, camarada Ying?

— Te lo prometemos — añadió el pequeño Ma.

Ye Ying volvió instintivamente la mirada hacia el maestro An Da-feng. El también la miraba sonriendo, mas al verse descubierto, bajó rápidamente los ojos y se quedó mirando su taladradora como si tuviera vergüenza. El joven empleado que había recibido a Ye Ying el día que ésta se había presentado en la sección, pasó cerca de ella y le hizo un guiño.

Ye Ying se sentía rodeada de tal cordialidad que no sabía que actitud tomar. Todos los obreros de la Segunda Sección se habían convertido para ella en las mejores personas que conocía, incluso su viejo tío el jefe del taller, el maestro An Da-fang, el pequeño Ma y hasta aquel jovencito atolondrado que le había guiñado el ojo. . . Todos tenían, claro es, sus defectillos, pero eran buenas personas. No pudo contener la emoción que la embargaba: se le saltaron las lágrimas de alegría. Con voz no muy firme, dijo simplemente:

— Se debe a todos vosotros. ¡Todo el mérito es vuestro!

A pesar de sus promesas de ir a ver a Chao De y tener una buena conversación con él, Ye wei-yi no había encontrado tiempo para hacerlo. Mas aquella memorable jornada estaba loco de alegría, y para obsequiar a su viejo compañero y a su propia hija, decidió invitarles a cenar. Al volver del trabajo llevó dos botellas de vino y cuatro buenos platos encargados en el refectorio. Chao De era más feliz que un rey. Después de haber bebido varios vasos, los ojos se le pusieron aún más rojos que de costumbre. Ye Ying procuraba que su vaso estuviera siempre bien lleno.

— Amigo Ye—decía Chao con emoción—, se puede decir que somos como dos hermanos ¿no es cierto? ¡Cuantas cosas no hemos fabricado en nuestros tornos trabajando el uno al lado del otro! Las labores más minuciosas no tienen secreto para nosotros. Se puede asegurar que conocemos el oficio ¿no es cierto?. . . Pero este cerebro . . . — dijo golpeándose la frente — si se le pudiera devolver también al torno. . .

— Querido Chao — le interrumpió Ye Wei-yi —, estás diciendo tonterías. ¿No se te habrá subido el vino a la cabeza?

— No, pero vamos a hacer una suposición. Mi cerebro, si el secretario del Partido no me hubiera. . .

En ese preciso instante entró Tang Liang e interrumpió su peroración.

— ¡Conque se bebe sin invitarme! — exclamó.

Acercó una silla a la mesa y se sentó sin cumplidos. Ye Ying se apresuró a colocar un cubierto delante de él. Tang tomó la botella, llenó los vasos sin olvidar el suyo, se levantó y dijo:

— Bebamos a la salud del viejo Chao que ha sabido volver a entrar con pie derecho en la nueva vida, y a la de la camarada Ye Ying, nuestra verificadora.

Volviéndose hacia el viejo Ye, añadió:

— Sabrás que hoy todo el mundo admira a tu hija.

Ye Ying enrojeció. ¿Fue por efecto del vino o de la turbación? Ye wei-yi tenía una expresión de orgullo. Miró con ternura a su querida Ying.

— Bebamos por los éxitos de la Segunda Sección y por sus futuras victorias — continuó Tang — ¡Apuremos nuestros vasos, camaradas!

Después de unos cuantos brindis, Tang se despidió, pues tenía aún una reunión a las siete y media. A la puerta estrechó cordialmente la mano a todos e hizo algunas advertencias a cada uno: «Continúa por ese camino» dijo a Ye Ying; «Hay que dar aún un buen empujón» dijo a Chao De, y por último, murmuró al oído de Ye wei-yi: «¡Ojo, que todos los talleres se lanzan a la ofensiva!» Esta última frase dejó a Ye wei-yi muy pensativo.

Poco después se marchó Chao De, un poco alegre, murmurando:

— ¡La vida nueva! . . . ¡La vida nueva!

Ye Wei-yi también había bebido bastante. Antes de recogerse dijo a su hija con ternura: «Pequeña, acuéstate temprano».

Pero Ye Ying no tenía sueño y no sabía qué hacer. Su alegría era aún tan reciente, tan plena. «¿Habrá mayor felicidad, se decía, que la de sentirse unido a sus semejantes y vivir en comunidad por un ideal supremo: trabajar y luchar?»

Abrió su diario con la intención de confiarle sus pensamientos, pero quedó en la misma postura sin trazar una sola palabra, tan grande era su alegría.

De pronto, un estridente toque de sirena anunció la hora de la queda. Los sueños de Ye Ying volaron a lo lejos en alas de aquel lamento que acababa de hendir el plácido ambiente de la noche.

El pichel

por Tsui Ba-wa

En casa teníamos un pichel de cobre; todos los que lo veían lo admiraban: «¡Qué bonito pichel para el vino, parece una calabaza de oro!» No teníamos nada de grano que echar en la olla ¡menos podíamos tener vino para llenar el pichel! Mas nuestro padre le sacaba el brillo de vez en cuando y echaba en él el agua para beber.

Un día, después de haberlo llenado de agua hervida, mi padre se sentó a la mesa y se puso a contemplarlo sonriendo. Yo me dije: «Padre va a contarnos otra vez alguna historia de su vieja reliquia». Efectivamente, se acarició la barba y comenzó a decir:

— Cuanto más lo miro, más me gusta. Kuo el Panzudo y el Bao Chang* Shü han querido comprármelo, pero con su dinero, no podrán comprar lo que yo no quiero vender. Viene de mis antepasados, y después de mi muerte será un recuerdo para mis hijos.

Mi madre dejó la costura y lo miró de reojo.

—¿No te da vergüenza repetir siempre lo mismo? Es bien soso eso que nos cuentas.

— Bueno, pues a mí me gusta hablar de ello. ¿No querrás coserme los labios con tu aguja? ¡Ja! ¡Ja!

Y todos reímos con él.

Apreciábamos mucho ese pichel. No sabíamos nunca si habría algo que comer a la hora de sentarse a la mesa, pero vivíamos tan avenidos, que éramos dichosos. ¡Hasta

---

* Bao Chang: jefe de un *bao*. En tiempos del Kuomintang, el *bao* era una división administrativa. Diez familias formaban un *chia*, y diez *chia*, un *bao*.

el agua que bebíamos nos sabía tan buena! ¡Ay, estábamos bien lejos de pensar que un día nos arrebatarían el famoso pichel!

*

Esto ocurrió al tercer año de mi servidumbre en casa de los Cheng. Durante tres años, me había alimentado de sobras, y me pegaban tan a menudo que mi cuerpo siempre tenía heridas y mis ojos, lágrimas. Lloraba a escondidas y me preguntaba: «¿Hasta cuando tendré que sufrir así?» Al fin decidí escaparme y volver a mi casa.

Una tarde, a comienzos de julio, cuando estaba terminando de amontonar el heno que acababa de segar, Boca de Espuerta me llamó:

— ¡Ba-wa, ve por agua!

Desde que había tomado la resolución de escaparme, tenía la impresión de que mis amos me vigilaban constantemente. Como esa tarde el ama me habló en un tono más suave que de costumbre, me dije: «¡Esta es la ocasión!». Me limpié la faz sudorosa y le dije afectando jovialidad:

— Ama, deme de comer y le llenaré la pila hasta los bordes.

Boca de Espuerta me trajo un tazón de maíz hervido que devoré; luego entré a ponerme las esparteñas, me eché al hombro el balancín de madera, de cuyos extremos colgaban los cubos, y temeroso de que Boca de Espuerta se asombrase de verme calzado, golpeé el suelo con el pie al pasar junto a ella diciendo: «¡Está tan resbaladiza la cuesta!» Y en mi fuero interno pensaba: «Boca de Espuerta y Cheng el Cabezota; ya estoy harto, ¡cuando pienso que os he aguantado tanto tiempo!»

Durante todo el camino, sentí cómo me latía el corazón. Al llegar al pozo miré en derredor: no había nadie. Apreté los dientes y me decidí: «¡Al diablo!». Con un movimiento de hombros eché a rodar el balancín y los cubos cuesta abajo con gran estrépito. Salté de la plata-

forma donde estaba el pozo, corrí campo a traviesa por los arrozales y luego por los bosques.

*

La noche era oscura; una luna no más ancha de dos dedos lucía en el cielo al Oeste. No podía encontrar el camino por los pantanos. Patullaba en el agua y el fango sin saber qué dirección tomar para ir a casa de mis padres.

Apenas hube llegado al camino real, oí un ruido de ramas removidas y la voz de un hombre que decía:

— De prisa, no puede estar lejos.

Era Cheng el Cabezota. ¡Me habían alcanzado! Lancé una ojeada en torno mío y vi muy cerca la oscura sombra de un bosquecillo de perales; encorvándome conseguí meterme bajo las ramas.

Cheng el Cabezota y su gente daban una batida.

— Buscad bien, hay que encontrarlo, aunque tengamos que arrancar todos los árboles — decía Chang, que subió a lo alto del talud a gritar:

— ¡Ba-wa, sal, vuelve a mi casa, que no te castigaré!

Yo le respondí para mis adentros: «¡Y que lo digas!»

Llegaron cerca de mi escondite; aprovechando el ruido que hacían al apartar las ramas, me deslicé entre ellos y me escondí más lejos. El Cabezota probó otro medio. Se puso a decir a voces:

— ¿Cómo no sales? Te veo, y si no sales, te mataré a pedradas.

Uno de sus hombres le hizo el juego:

— Señor Cheng, no se enfade usted, que salga y asunto terminado.

Luego añadió dirigiéndose a mí:

— ¡Anda, sal, Ba-wa!

Instantes después, el Cabezota dijo:

— ¡Bueno, peor para él, vámonos!

Saqué la cabeza fuera del matorral donde estaba escondido y los vi ponerse en cuclillas. Permanecieron en esta postura el tiempo necesario para fumarse dos pipas, y luego les oí cuchichear. El Cabezota tiró una piedra hacia donde yo estaba y gritó:

— ¡Peor para ti, hijo de mala madre! ¡Igual me da que estés ahí o no! Si hoy no te echo la mano encima, ya te la echaré dentro de muy poco.

La luna descendía hacia el horizonte, cuando llegué todo amedrentado a mi casa. Al ver la gran sófora que crecía junto a la entrada, el corazón me dio un vuelco. El patio estaba oscuro y silencioso, por lo que deduje que el Cabezota no estaba allí. Escalé la tapia; nuestro viejo perro negro se puso a ladrar y saltó hacia mí, pero en cuanto me conoció, empezó a lamerme las manos moviendo la cola. Luego corrió a la casa y empezó a arañar la puerta. Yo me apoyé contra ella y llamé:

— ¡Mamá!

Rompí en sollozos. Mi madre me abrió; apoyé la cabeza en su pecho y me tranquilicé al fin. Tung-wa saltó de la cama desnudo y vino a abrazarme exclamando:

— ¡Hermano, hermanito!

Conté a mis padres mi fuga y la persecución de que había sido objeto. Mi madre exclamó con energía:

— ¡Antes morir que dejar sufrir al pequeño con ese hijo de perra!

Mi padre meditó un buen rato y dijo de pronto:

— Prepara al pequeño; lo voy a llevar a la ciudad a casa de su tía. Seguramente, Cheng el Cabezota va a venir a buscarlo aquí.

Mientras se calzaba, añadió:

— Procura darle algo de comer; yo voy a pedir dinero a Wang el Quinto, hay que darse prisa.

Hacía poco que se había marchado mi padre, cuando el perro negro empezó otra vez a ladrar. Mi madre apagó inmediatamente la luz. Desde fuera, una linterna alumbró la ventana. Mi madre me estrechó en sus brazos.

—¡Esto se pone feo! — comenzó a decir. Aún no había terminado la frase, cuando se oyó la voz del Cabezota exigiendo que abrieran. Mi madre, angustiada, estuvo un momento sin saber qué hacer, y en seguida me escondió bajo un montón de heno que había en un rincón de la habitación. A través de las briznas que me cubrían, la vi volver a su cama, desde donde gritó con voz soñolienta:

—¿Quién llama a estas horas?

Se levantó, se desabrochó la ropa, volvió a abrocharla de cualquier manera, encendió la lámpara y gruñendo fue a abrir la puerta.

—¿Qué quieren?

Apenas se hubo abierto la puerta, el Cabezota y sus acompañantes irrumpieron en la habitación como una manada de lobos hambrientos, y sin pronunciar una sola palabra, empezaron a registrarlo todo. Mi madre iba detrás de ellos preguntando:

—Pero bueno, ¿qué mosca les ha picado?

Cheng la empujó, volvió hacia ella su cabeza hinchada como una vejiga de cerdo, y le dijo riendo despreciativo:

—¡No te hagas la tonta!

Como no me encontraban ni debajo de la cama, ni encima, el Cabezota alumbró con su linterna la cara de mi madre, la escrutó unos minutos y preguntó:

—¿Dónde has escondido a Ba-wa?

—¿A Ba-wa? ¡Si no lo he visto! . . . — respondió.

—Cierra el pico. ¡Ya sabía yo que no dirías la verdad!

Se acercó a la cama y sacudió a Tung-wa de un brazo.

—Tung-wa ¿Dónde está tu hermano mayor?

Mi madre intervino:

—No lo sabe. Ba-wa no ha venido aquí.

—¡Fuera, contigo no hablo! ¡Llévensela!

Los hombres cumplieron las órdenes de su amo y se llevaron a mi madre al patio.

El Cabezota sacó del bolsillo dos billetes de banco y se los enseñó a Tung-wa.

—Dime donde está tu hermano, anda. Te compraré caramelos, cacahuetes . . .

Tung-wa, con un brusco movimiento, liberó su bracito de aquella zarpa y respondió:

—No lo sé . . .

El Cabezota contuvo su cólera y agitó los billetes:

—¡Mira, dinero para comprar carne! . . .

Tung-wa le volvió la espalda y escondió la cabeza debajo de las mantas. Las cejas picudas del Cabezota se fruncieron. Agarró bruscamente al niño.

—¡Hijo de mala madre, habla! ¿dónde está? Si no lo dices, te mato.

Tung-wa prorrumpió en sollozos y mezcló los insultos con las lágrimas.

—¡No lo sé, no lo sé, hijo de p . . . !

Al oir llorar a Tung-wa, mi madre se soltó de las manos de sus guardianes y entró corriendo en la habitación.

—Eh, Cheng ¿qué crimen hemos cometido para que vengan a media noche a quitarme a mi hijo?

—No mientas, tu lámpara estaba encendida hace un momento.

—¿Y qué? ¡Los ricos pueden prender fuego, si así les place, y los pobres no tienen derecho ni a encender una lámpara! Sí, mi lámpara estaba encendida ¿es eso algún crimen?

En ese momento de la disputa volvió mi padre acompañado de Wang el Quinto. Antes de que padre hubiera tenido tiempo de abrir la boca, el viejo Wang preguntó a grandes voces:

—¿Qué pasa aquí en plena noche?

El Cabezota no le respondió y se dirigió a mi padre.

—Tsuei ¿de dónde vienes?

—¿De dónde quiere que venga? ¿No se puede pasear siquiera?

— No sé quién ha dado malos consejos a Ba-wa. Se ha escapado esta tarde — prosiguió el Cabezota.

— No lo he visto — replicó mi padre.

— Un niño no puede marcharse muy lejos — observó Wang el Quinto —, búsquele mañana.

El Cabezota miró de reojo a Wang, pero no se atrevió esta vez tampoco a decirle nada. Se dirigió de nuevo a mi padre:

— Tsuei, no le haré nada malo al pequeño, que vuelva conmigo y asunto concluido, si no . . . — ladeó la cabeza antes de añadir: — si no, lamentaréis lo que ocurra cuando lo atrape.

— Ya que dice usted que está aquí, búsquelo. No estoy dispuesto a discutir — dijo mi padre sentándose en un taburete.

Wang intervino de nuevo:

— Señor Cheng, creo que sería mejor que volviera usted a su casa; nosotros mismos buscaremos al chico y cuando lo encontremos, se lo llevaremos.

El Cabezota se impacientó y replicó secamente:

— No te metas en lo que no te importa, ¿por quién me has tomado?

Wang el Quinto se encolerizó de súbito. Puesto en jarras, irguió el busto y miró furioso al Cabezota.

— Se lo decía por educación. ¡Compóngaselas como pueda!

— Registradlo todo — ordenó el Cabezota; y comenzaron de nuevo las pesquisas. Mi madre hizo un signo a mi padre, pero éste no comprendió lo que quería decirle. El gran perro negro ladraba con furia. A Wang eso le sirvió de pretexto para insultar a los lacayos de Cheng.

— Los perros siempre defienden a su amo — refunfuñaba — ¡algún día te arrancaré el pellejo, cochino animal!

Se volvió y tomó un palo que sustentaba el montón de heno que me cubría.

— ¡Maldito perro, te voy a romper los hocicos! — gritó asestando un golpe en dirección al sitio donde estaba el animal.

El montón de heno, falto de soporte, se vino abajo; los servidores del Cabezota me descubrieron en seguida y se arrojaron sobre mí.

Haciendo un molinete con el palo, Wang el Quinto quiso detenerlos.

— No temas, Ba-wa, que aquí estoy — gritó.

Cheng el Cabezota, temblando de rabia, quiso apoderarse de mí.

— Chiquillo del diablo ¿te creías capaz de engañarme, eh? — bramó.

Wang el Quinto se interpuso otra vez.

— Poquito a poco, señor Cheng ¡no pretenderá usted llevárselo!

— Es mío, lo he comprado por tres *dan* de grano.

Mis padres se pusieron a mi lado dispuestos a defenderme. Cheng el Cabezota ya no sabía qué hacer. Quizá tuviera miedo.

— ¿No queréis devolverme el chico, que es mío? Bueno — añadió un poco más sereno —, pues devolvedme inmediatamente el grano que me debéis. Si no me devolvéis ni el grano ni el chico, cometéis una injusticia.

Hizo un ademán dirigiéndose a sus criados:

— Recoged sus mantas.

Wang el Quinto haciendo un gran molinete con el palo profirió:

— Al primero que toque algo, lo machaco.

Los cómplices de Cheng se miraron y se metieron en un rincón.

Chen Mao-yun y otros vecinos, al oir la disputa, acudieron a ver lo que pasaba. Al enterarse de lo ocurrido, llamaron la atención a Wang el Quinto por haberle faltado al respeto al terrateniente y le pidieron perdón a éste. El Cabezota, viendo que si insistía no sacaría nada, aprovechó la ocasión para llegar a un compromiso

sin menoscabo para su dignidad. Se acordó que al día siguiente mi padre le devolviera los tres dan de grano. Chen Mao-yun salió fiador. El obeso Cheng lanzó una mirada terrible a todos los presentes.

—¡Tres *dan* y ni un grano menos! —advirtió dando un bufido, y se marchó balanceándose como un pato.

*

Después de su marcha, hubo un largo silencio. Todos quedaron inmóviles, con la cabeza baja. Mi padre, acurrucado en un rincón, tenía apoyada la barbilla en una mano. Chen Mao-yun fue el primero que habló.

—Hay que encontrar algún recurso —dijo.

—¿Y cuál? —replicó mi padre mirando fijamente a la pared —Un ratón podría acarrear más grano del que yo tengo, ¿de dónde quieres que saque tres *dan*?

—Es verdad, los pobres como nosotros nunca tienen reservas de cereales —corroboró Chen Mao-yun. —Tú, Wang el Quinto, ve mañana a casa del viejo Chao a pedirle prestado algo de grano, yo se lo pediré a Manwa. Cuantos más seamos, más fácil resultará. Que todo el mundo ayude con algo. Además, pronto se recogerá la cosecha, así es que puede prestarse el grano de reserva.

Chen Mao-yun se volvió hacia mi padre y le dijo:

—Tú, Tsuei, por tu parte procura también conseguir algo de grano.

Wang el Quinto, dándose un golpe en el muslo, manifestó:

—Al buda le gusta que haya incienso en su pebetero, y a las personas, no perder la dignidad ante las demás. ¡Sólo los que han sufrido juntos son verdaderos amigos! ¡Haremos lo imposible por ayudarte, Tsuei! Cuando este perro de terrateniente me hizo encarcelar con una falsa acusación, tú vendiste tus muebles y hasta tu ropa, para salvarme; de modo es que hoy yo me encargo de buscar todo el grano que te haga falta.

Se levantó y añadió.

—Amigo, de todas formas sería conveniente que enviaras al pequeño a otro sitio: el Cabezota es capaz de venir a darte otro disgusto mañana. Además, podrás aprovechar el viaje para pedir grano a tu hermana.

Chen Mao-yun se levantó a su vez:

—Los mandarines piden ayuda a los mandarines, el pueblo al pueblo, y los pobres, a los pobres —dijo. —Si estamos bien unidos, el Cabezota nada podrá contra nosotros.

Y agregó aún:

—Es ya tarde, debemos marcharnos, amigo Wang.

Los vecinos se fueron a sus casas.

Mi madre me dio de comer algo caliente, me remendó la ropa y me hizo mil recomendaciones. Mi padre me dio cinco yuanes y me llevó a casa de su hermana, que vivía en la ciudad. Mi tía reunió al punto tres décimas partes de *dan* de grano y mi padre regresó a casa con su saco al hombro.

*

Pasé quince días con mi tía. Ignoraba completamente lo que ocurría en casa. Un día, llegó por fin mi padre; parecía muy contento. Le pregunté por la causa de su alegría; me acarició la cabeza y respondió:

—Hijo, el pichel de cobre te ha rescatado.

De momento, no comprendí lo que quería decir, pero cuando le contó toda la historia a mi tía, supe lo siguiente:

Cuando mi padre llegó a casa, lo estaba esperando Chen Mao-yun. No había podido reunir más de medio *dan* de grano. Mi padre se puso a dar paseos por la habitación, devorado por la inquietud.

—El Cabezota estaba seguro de que no podríamos reunir los tres *dan* de grano —le dijo Chen Mao yun —; piensa que va a poder llevarse al pequeño. Pero el viejo Wang tiene razón, hay que hacer lo imposible por no quedar mal esta vez.

— ¿Y Wang el Quinto? — preguntó mi padre.

— Todavía no ha . . .

Antes de que a Chen le diera tiempo a terminar su frase, se oyó llegar a Wang echando maldiciones . . .

— Chen, Cabezota, hijo de perra, no podrás con nosotros. ¡Eres muy ponzoñoso, pero prepárate . . . !

Chen Mao-yun salió a su encuentro:

— Wang, ¿qué te pasa?

Wang el Quinto tenía los ojos inyectados de sangre. Se sentó todo sofocado en el borde de la cama y continuó injuriándolo:

— ¡Maldigo a todos sus antepasados hasta la octava generación! El Cabezota ha advertido a todos que el que nos preste grano se las entenderá con él . . . ¡Ese hijo de perra va demasiado lejos!

— ¿Cuánto grano has reunido? — se apresuró a preguntarle mi padre.

— El que hace falta.

— ¿Tienes ya todo el grano que se precisa? — mi padre no daba crédito a sus oídos.

— Sí, lo tengo, no quedaremos mal.

Nadie creyó que dijera verdad; todos pensaban que Wang hablaba así, porque estaba furioso. Chen Mao-yun iba a pedirle que se explicara con mayor claridad, cuando entró mi madre. En cuanto vio a Wang el Quinto le dijo:

— Wang, no podemos consentir esto. ¡Ese maldito sin descendencia, nos pone el cuchillo en la garganta!

Wang reanudó sus imprecaciones:

— ¡Malditos sean sus antepasados! Que haga lo que quiera, mientras no llegue la hora de nuestra muerte, siempre sabremos salir de apuros.

Nadie sabía de qué hablaba. Mi padre se alarmó:

— Di, mujer, ¿de qué se trata?

Mi madre suspiró y dijo:

— Wang el Quinto ha vendido a Kuo el Panzudo el campo que lindaba con las tierras de éste. En tiempos,

Kuo el Panzudo que ambicionaba poseer ese campo, había ofrecido por él veinte *dan* de grano, pero Wang no aceptó la oferta. Ahora, como Wang quería conseguir grano a toda costa ha ido a ofrecer el campo a ese viejo bribón ¿y sabes lo que le ha dicho? «Me encuentro en una situación difícil, puedo comprártelo por tres *dan* y ni un grano más». Wang ha aceptado, aunque eso le dolía, y le ha vendido el campo. Eso es lo que acabo de saber en casa de Man-wa y he venido en seguida a daros la noticia. ¿Eso no es acaso ponerle a la gente el cuchillo en la garganta?

Al oirlo, mi padre se lamentó:

— ¡Oh, Wang! ¿Cómo has podido vender así tu campo? ¡Si vives de él!

Wang golpeó el suelo con el pie.

— ¿Si no lo hubiera vendido, qué habrías hecho cuando el Cabezota te hubiera acosado? ¿Te dije yo algo, acaso, cuando vendiste tus cosas para sacarme de la cárcel?

Diciendo esto, Wang el Quinto se echó a llorar como un chiquillo. Mi padre respondió:

— Mi caso no era igual. No soy pobre, pues tengo hijos; si consigo criarlos, serán el sostén de mi vejez.

Chen Mao-yun se volvió para enjugarse las lágrimas. Todos guardaron silencio.

De pronto, el perro se puso a ladrar. Se oyó ruido de pasos y murmullo de voces. Mi padre salió a ver qué pasaba. Era el Cabezota que llegaba seguido de sus dos cómplices. Habían acudido muchos curiosos que querían saber cómo iba a terminar aquello, y estaban acurrucados bajo el grueso árbol de la entrada y en los rincones del patio.

El Cabezota adelantó unos pasos.

— Tsuei, me diste palabra de darme hoy el grano. Cúmplela — dijo.

— Señor Cheng, tenga la bondad de pasar. Gracias a

la ayuda de algunos amigos, he conseguido reunir la cantidad de grano que usted exigía.

—¿De veras? ¿Tienes ya los siete *dan* y medio de grano?

—¿Qué dice usted? —exclamó mi padre espantado— ¿Siete *dan* y medio?

Cheng el Cabezota entornó los ojos.

—¡Vamos, Tsuei! No te hagas el tonto. Sólo exijo el cinco por ciento de interés; no dirás que es mucho.

Al oir eso, Wang el Quinto y Chen Mao-yun salieron de la casa. Wang se encaró con el terrateniente:

—¿Señor Cheng, no pidió usted ayer tres *dan*?

El Cabezota dijo con una risa forzada:

—El que compra una gallina, recoge después los huevos. Los tres *dan* de grano son el capital . . . Wang el Quinto, tú eres inteligente y no necesitas explicaciones. El cinco por ciento de interés no es mucho.

—¿Por qué no me lo dijo usted ayer?

—¡Dios mío, ayer . . .

—Ayer mintió usted como un bellaco . . .

—Wang, no consiento que me insultes.

—¡Insultarle es poco, le voy a dar una buena tunda!

Mi padre se aferró a Wang para sujetarlo. Este pateaba y echaba espumarajos de rabia.

—Cheng, Ba-wa ha trabajado en casa de usted tres años, ¡páguele el salario!

Y decía a mi padre.

—¡Reclámale su salario, anda! ¡Si este hijo de perra no lo paga, lo desuello vivo!

El Cabezota, asustado, reculó unos pasos.

—Wang, no me asustas. Si no me dáis el grano, me llevo al pequeño. La moral y la ley están de mi parte.

Hizo una seña a sus servidores.

—Id por el pequeño y traédmelo.

Wang el Quinto se desasió rápido como el relámpago, tomó un azadón que estaba apoyado en la pared de la casa y bramó:

—¡Al primero que se acerque, le rompo las piernas!

Cheng el Cabezota se encolerizó con sus servidores, babeaba de furia igual que un perro rabioso, mas ninguno de sus hombres se atrevió a hacerle frente a Wang.

Chen Mao-yun desde el umbral arengó a los presentes.

—Paisanos, sois testigos de que ayer el Cabezota nos prohibió prestar grano a nuestro amigo Tsuei. Hoy, al ver que Tsuei puede devolverle lo que le había exigido, retira su palabra. ¡Es su muerte lo que desea!

Antes de que Chen terminara de hablar, todos empezaron a gritar:

—¡No lo permitiremos! ¡Ah, bribón! ¡A él, a él!

El viejo Chao y Man-wa se quitaron la chaqueta y avanzaron hacia Cheng el Cabezota. Chen Mao-yun los detuvo.

—¡Calma! Llevemos el asunto a quien tiene atribuciones para hacer justicia.

—¡Eso es, hagamos comparecer al bastardo ante el juez! —gritó la muchedumbre.

Cheng el Cabezota había palidecido al ver a aquellos hombres arremangarse y alzar los puños. Muy corrido, escurrió el bulto y gritó desde lejos:

—Bueno, os espero en el juzgado. El que no comparezca ante el Bao Chang es un hijo de mala madre.

Wang el Quinto se lanzó en pos de él.

—¡Hay que darle primero una paliza a ese perro! —tronó.

Pero le contuvieron.

—Vayamos con Tsuei al Bao Chang —propuso Chen Mao-yun —Veremos lo que quiere hacer el Cabezota.

—¿Qué tenemos que temer? Como dice el refrán: «De perdidos, al río».

—Esto no es sólo una injusticia cometida con Tsuei; el maldito oprime a todos los pobres —decían todos.

Hablando así, la multitud llegó al juzgado. Cheng el Cabezota estaba sentado con el Bao Chang. Mi padre contó toda la historia de cabo a rabo. El terrateniente

no despegó los labios, y el Bao Chang le quitó la razón; incluso habló bastante rato de sus injusticias y concluyó diciendo que tenía que aceptar los tres *dan* de grano y dar el asunto por terminado.

Los pobres acogieron con alegría este fallo.

— Las hormigas pueden transportar una montaña — decían. — El Bao Chang ha tenido miedo al ver que somos tantos.

Chen Mao-yun no compartía la satisfacción general.

— ¡Aquí hay gato encerrado! — decía.

Mi padre no quiso creerle.

— ¿Por qué? No creo que el Bao Chang confíe en sacarme nada. ¡Soy tan pobre que no tengo ni una piedra que poder tirar a un perro!

El viejo Chao, Man-wa y otros muchos acompañaron a mi padre a casa y le ayudaron a llevar el grano a la vivienda del Cabezota. Y la cuestión se consideró zanjada.

Algunos días después, el Bao Chang se presentó en nuestra casa. Mis padres tuvieron muchas atenciones con él. Después de haber charlado de esto y de lo de más allá, aludió al asunto que allí lo traía.

— Francamente, Tsuei, si no te hubiera defendido como lo hice, habrías pasado un mal rato con Cheng el propietario.

Como quería que lo alabaran, mis padres se apresuraron a satisfacerle.

— Sí, ha sido gracias a usted — dijeron — Nos ha defendido bien, jamás olvidaremos lo que le debemos nosotros y nuestro hijo.

El volvió la cabeza y dijo con una risita de falsa modestia:

— ¡Oh, no exageréis! Somos paisanos y era natural que os ayudara. Como dice el proverbio: «No hay camino inútil ni persona que no pueda servirnos algún día».

Calló un momento y agregó un poco confuso:

— Mi buen Tsuei, a propósito . . . ¿recuerdas lo que te pedí hace algún tiempo? Cédemelo, te pagaré lo que me pidas por él.

Mi padre adivinó inmediatamente que se refería al pichel. Pensó:

— Mejor es ofender a diez caballeros que a un hombre sin honor. Tanto mejor si quiere ayudarnos. En la situación en que nos encontramos, más vale ganarse su amistad dándole lo que pide. Además, me lo pagará seguramente; en tiempos me ofreció dos *dan* de grano; algo me dará a cambio — e hizo un guiño a mi madre.

— Bao Chang, usted se ha tomado muchas molestias por nosotros; si nuestro pichel le gusta, lléveselo.

El Bao Chang no cabía en su pellejo de contento. Se acercó a mi padre y le dijo en tono confidencial:

— ¿Aún desconfías? ¿Por qué no traes a Ba-wa a casa? Te ayudaría en los trabajos del campo, que ahora urgen. Ya está terminado el asunto. Si te molestan, no tienes más que venir a buscarme. Soy el Bao Chang y protegeré al pequeño.

Tomó el pichel y agregó:

— Entre amigos están de más las ceremonias. Me llevo el pichel. Trae a Ba-wa a casa, no lo dejes seguir más tiempo fuera.

Toda la familia salió a la puerta para verlo marchar con el pichel en la mano.

Mi padre contó todo esto de un tirón y suspiró.

— Me han arrancado hasta las pestañas, nada me queda.

Mi tía procuró consolarlo.

— ¡No te disgustes, vaya! El pichel te ha servido para salir del mal paso, y eso ya es algo. Piensa que hay otras personas que no tienen con qué sustentarse . . . ¡Lo único que hay que desear es que dejen en paz al pequeño!

Quiso que nos quedáramos a comer, pero mi padre arguyó que el trabajo urgía y me llevó con él sin pérdida de tiempo. En el camino de regreso yo me sentía tan contento como un pájaro escapado de su jaula. Cuando llegué a casa, los gorriones piaban bajo el colgadizo y el gallo abigarrado se erguía orgulloso bajo la barbacoa de coloquíntidas. El gran perro negro estaba tumbado perezosamente a un lado de la puerta. Al verme, se levantó de un salto y vino a hacerme mil caricias. Tung-wa se precipitó dentro de casa gritando:

—¡Mamá, ha vuelto mi hermano!

Mi madre apareció en el umbral con las manos llenas de masa.

—¿Hijo, ya has vuelto?

Por poco lloro de alegría. Al volverme para ocultar mi emoción, vi que la pila estaba vacía; en seguida tomé los cubos y fui por agua al pozo. Me decía: «Madre ha sufrido por mi causa, ahora voy a esmerarme». Y le llené la pila.

Después de comer, fui al campo con mi padre a recoger el maíz. Durante la cena, mi madre le dijo:

—Deberías hacerle una visita al Bao Chang; nos ha ayudado.

—No iré—replicó él, que no gustaba de ello—¿Qué iba a ganar con hacerle una visita? ¡Al fin se ha quedado con el pichel!

—Pues, precisamente, podrías inquirir a cómo piensa pagártelo.

Mi padre se dejó convencer por estos razonamientos y decidió ir a ver al Bao Chang a la mañana siguiente. Tung-wa quiso acostarse en mi cama. Me contó cómo Cheng el Cabezota había reclamado el grano y cómo Wang el Quinto había querido pegarle. Su cháchara duró un buen rato. El rostro mofletudo y grasiento del terrateniente se me vino a la memoria y no conseguía apartarlo de ella. Daba vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormirme.

A eso de la media noche, cuando comenzaba a amodorrarme, oí de pronto a mi madre que decía:

—¡Levántate en seguida, que ladra el perro!

Mi padre se levantó; se oyeron pasos fuera. Yo me vestí a oscuras. Llamaron a la puerta.

—Tsuei, abre.

¡Era la voz de uno de los criados del Cabezota! Mi madre comprendió que íbamos a recibir otro disgusto. Mi padre dijo precipitadamente:

—¡Esconde al pequeño!

Cuando ella me hubo escondido en un cofre, mi padre fué a abrir.

—¿Qué quieres?

—Se ha escapado un recluta—dijo Jo Ching, el lacayo de Cheng, entrando en la habitación.

—No lo he visto—replicó mi padre.

—Si no lo has visto, no tienes por qué temer que registremos la casa—redarguyó.

Varios hombres entraron en tropel en la habitación y se pusieron a registrarlo todo con mucho estrépito. Al no encontrar a nadie sobre la viga del techo ni en ningún recoveco, rodearon el cofre sobre el que estaba sentada mi madre.

—¡Abre el cofre!

—¡Si sólo hay algunas ropas de los niños!

—¡Ni que fuéramos a robaros esa ropa!—dijo uno. Cargó con mucho ruido su fusil y apuntó al cofre. Mi padre agarró el fusil.

—¡Aparta eso!—dijo—¿a qué vienes asustando a la gente con armas?

Y volviéndose hacia mi madre añadió:

—No temas, no tenemos escondido a ningún recluta; abre el cofre y que salga el pequeño.

Se abrió la tapa y me vi rodeado de armas relucientes. Jo Ching dio un grito:

—¿Conque ahí habíais escondido a Cheng Tse-lai? ¡Hala! ¡rápido! ¡en marcha!

Toda la banda se precipitó sobre mí. Mi padre le echó una mano al cuello a Jo Ching.

—¿Qué historias son ésas? ¿De qué Cheng Tse-lai hablas? El Bao Chan ha prometido proteger al chico, ya lo sabéis.

—Cheng Tse-lai es el hijo del señor Cheng; ha sido llamado a quintas y vengo a detenerle por orden del Bao Chang. ¡Sacadlo de aquí!

Mi padre sujetó al criado del Cabezota diciendo:

—¡Vamos al Bao Chang juntos y veremos quién tiene razón!

—¡Déjame!

Jo Ching de un culatazo hizo rodar por el suelo a mi padre. Vi caer a mi madre de rodillas a su lado; luego, rodeado por mis raptores, fuí conducido a tal velocidad, que mis pies apenas tocaban el suelo.

Oí detrás de nosotros los lamentos y las imprecaciones de mi madre que corría para darnos alcance:

—¡Bao Chang, nos has quitado el pichel y así nos proteges! ¡Labráis todos juntos nuestra ruina, merecíais que os hicieran mil pedazos, perros siempre hambrientos, lobos nunca amansados!

Su voz se fue haciendo ininteligible.

Terminé la noche en el Municipio de nuestro pueblo.

•

Viejo Correo

por Chiun Ching

En la estafeta de correos del pueblo de Gaoshanchi éramos en total cuatro empleados: Shü, el administrador; el viejo Mao, Gao Feng y yo.

Shü, el administrador de correos, era del viejo personal, los tres restantes habíamos llegado de diferentes localidades. Nuestro jefe tenía más de cincuenta años; era de mediana estatura, enjuto y seco, cargado de espaldas; cojeaba un poco. Tosía con frecuencia. Al verle sentía uno la impresión de que se empeñaba en trabajar a despecho de sus enfermedades. Su cuerpo debía de haber sufrido graves contusiones. Sus cabellos completamente blancos le hacían representar arriba de sesenta años. Todo el mundo le llamaba «Viejo correo», apodo que no parecía disgustarle, hasta el extremo de que se sentía confuso, al parecer, cuando le llamábamos jefe. Ese era el motivo de que le llamáramos «Viejo correo» igual que los demás. Esta palabra nos acercaba a él; siempre que se oía llamar así, respondía al punto. Le gustaba mucho este sobrenombre.

¡Era sorprendente! ¿Qué agrado podía encontrar en ese nombre de «Viejo correo»? Si se lo hubieran puesto al pequeño Gao, por ejemplo, se habría enfadado en serio. ¡Vaya si se habría enfadado! Al pequeño Gao no le gustaba ni siquiera que le llamaran peatón o cartero.

El pequeño Gao era un joven que acababa de terminar sus estudios. Tenía alguna instrucción, bastante inteligencia y facilidad de palabra. En las reuniones sólo se le oía a él; hablaba con verbosidad, empleaba profusos

«ismos», planteaba multitud de problemas y lo exponía todo con admirable consecuencia. Pero en el trabajo era de una nulidad casi absoluta. En su cajón se acumulaban cartas y periódicos, y algunos estaban allí desde hacía siete u ocho días. Cuando se le criticaba, comenzaba al punto a discutir y encontraba siempre buenas razones para justificarse. En realidad, jamás se entregaba con entusiasmo al trabajo y consideraba que el empleíllo de cartero era indigno de su persona. Un ejemplo: en las cartas que escribía a sus familiares o a sus amigos, jamás hablaba de su trabajo, pues le habría dado verguenza confirmarse del oficio. Otro ejemplo, que demuestra cómo aborrecía el nombre de cartero: una vez fuí con él al pueblo de Chaouanchan a distribuir la correspondencia. A la entrada del lugar, una viejecita, contenta de vernos, exclamó con voz sonora:

—¡Eh! ¿Dónde está la madre de Siao-chu? ¡Que venga en seguida, que está aquí el cartero!

Mas al oir esta llamada, el pequeño Gao se puso como la grana, y empujando el carrito se alejó de allí.

La vieja corrió tras del carro gritando:

—¡Cartero, no se vaya! ¿No hay carta de mi hija que está en la provincia de Sinchiang?

El pequeño Gao respondió sin volver la cabeza:

—¡Ve por ella al Ayuntamiento! ¿Crees que voy a ir repartiendo las cartas de puerta en puerta?

Ya iba lejos y aún seguía refunfuñando: «Cartero, cartero . . . ¿qué manera de llamarme es esa? ¡Ya ni siquiera me llaman camarada!», mascullaba.

Así era el pequeño Gao. Ahora voy a hablar del viejo Ma.

El viejo Ma era franco, pero de carácter muy brusco. Si le ocurría cualquier cosa desagradable, se ponía a echar pestes inmediatamente. Hijo de campesinos, apenas sabía leer y no le gustaba estudiar. No obstante, cumplía su labor bastante bien, con brío y buena voluntad. No tenía pereza ni reculaba ante las dificultades.

Cuando estaba de buen humor, trabajaba con afán, y en esos momentos ni los más hábiles podían igualarle en el trabajo; ni el agua ni el fuego le habrían detenido. En cambio tenía un feo defecto; era orgulloso y le gustaba sacar a relucir su calidad de «veterano», repitiendo viniera o no al caso: «Hace ya muchos años que yo trabajo para la revolución . . .», o bien prorrumpía en quejas de este género: «¡Conque a Fulano lo han ascendido! ¡Conque Zutano ha obtenido un nuevo cargo!» o «El único que no tienen suerte es el viejo Ma, y eso que me incorporé al movimiento revolucionario en 1944 y fuí herido dos veces durante la guerra. ¡Con todo y con eso no soy más que un modesto cartero!».

El viejo Ma desconocía la modestia. Cuando alguna vez lo criticábamos, nos miraba de arriba abajo con rencor y decía:

—¿Pretenderéis darme una lección de política? ¿Quién finge ignorar cuál de nosotros se ha tragado sus buenas raciones de mijo?*

El viejo Ma no soportaba al pequeño Gao, y éste le pagaba en la misma moneda. El uno se jactaba de su antigüedad y el otro de su nivel cultural. El uno no reconocía los méritos del otro. Cada vez que nos reuníamos para discutir las cuestiones de trabajo, se enzarzaban como dos gallos de pelea. El pequeño Gao procuraba imputar graves faltas al viejo Ma, acusándolo de que se relajaba y tenía una mentalidad atrasada. Entonces, el viejo Ma se quitaba la chaqueta y, golpeándose la cicatriz que tenía en un hombro, le echaba en cara:

—¡Mira! ¿No ves que es esto? ¡Yo, retrógrado! ¡Pues no faltaba más! ¡Cuando yo derramaba mi sangre, tú tan mansito con los reaccionarios del Kuomintang, y ahora que he reconquistado esta tierra, vienes a recoger el

*En la región liberada de la provincia de Shandung, el mijo era el principal alimento de los funcionarios. Con esas palabras, el viejo Ma alude al tiempo pasado al servicio de la revolución.

fruto con tus manos limpias y aún te permites modales arrogantes y llegas hasta a tacharme de retrógrado!

Así era el viejo Ma.

Viejo correo, por el contrario, era un hombre absolutamente diferente de los dos primeros. A pesar de su aspecto de viejo enjuto y seco, conservaba una viveza juvenil en el cumplimiento de sus obligaciones. Se pasaba todo el día de la mañana a la noche sentado a la mesa de batalla, junto a la ventana, registrando las cartas certificadas, enviando los giros postales, tan absorbido en su trabajo que rara vez levantaba la cabeza. Parecía insensible a la fatiga. En horas avanzadas de la noche, cuando todos estábamos ya acostados, se quedaba todavía estudiando a la luz de su lámpara. En ocasiones ocurría que yo me despertara, y al mirar a mi alrededor lo viera todavía en vela. La débil luz de la lámpara hacía aún más pálido su rostro. Su respiración era fatigosa y anhelante, y tosía sin cesar. El verle así me dolía verdaderamente; evocaba el recuerdo de mi padre enfermo, afanándose en trabajar la tierra. Y le decía:

— Jefe: debería usted acostarse; ya es muy tarde.

— Bueno, bueno, ahora mismito, — me respondía.

Pero cuando volvía a despertarme, aún seguía sentado a su mesa.

De ordinario, Shü era poco locuaz, y apenas decía nada en todo el día, mas siempre estaba sonriente, y nunca se ponía de mal humor. Es sabido que en una estafeta de correos a los empleados los importunan bastante, sobre todo los días de mercado. Ante nuestras ventanillas había siempre mucha gente. Uno que pregunta en cuántos días llega a Pekín una carta, otro que quiere saber dónde hay que poner el sello, éste que pide que le llenes el impreso para enviar un giro, esotro que se informa de lo que hay que hacer para mandar un paquete postal. Tanto trajín acaba por irritar a cualquiera. Pero nuestro jefe no se enfadaba jamás. Por muy atareado

que estuviera, procuraba satisfacer a todo el mundo, y conservaba en los labios su eterna sonrisa. Por eso, los que venían a correos tomaban confianza, se familiarizaban con él y lo interpelaban como a una persona de su familia. Este le decía: «Viejo correo, dame un sello de ocho céntimos», aquel de más allá le preguntaba: «Viejo correo, el mes pasado eché una carta, ¿por qué no tengo aún contestación? ¿Quiere usted hacer las necesarias averiguaciones?».

Al verse tan solicitado, Viejo correo se ponía contentísimo, y hasta se volvía locuaz, a veces.

— ¡Ah, mi buen Liu! — me decía — ¡Qué hermoso es nuestro trabajo! Qué confianza tienen en nosotros nuestro país y nuestro pueblo! ¡Mira: nos confían tanto dinero, tantas cartas! ¡Aunque sólo sea la distribución, fíjate cuánta alegría nos proporciona al cabo del día! Apenas entra nuestro coche en un pueblo, nuestros paisanos lo rodean como si se tratara del mejor invitado; uno pregunta: «¿Cartero, hay alguna carta para mí?» «Cartero, dice otro, ¿ha llegado el periódico de nuestro grupo?» ¡Qué afectuosas y qué agradables de oir son todas estas preguntas! ¡Piensa cuántas alentadoras esperanzas encierra la palabra cartero! ¡Cuántas madres ancianas, inquietas por sus hijos, corren hacia nosotros al oir esa voz, tropezando y empujándose! ¡Cuántas jóvenes, con un amor escondido en lo más hondo de su pecho, miran tímidas y sonrientes al cartero! ¡Ah, mi buen Liu! Piensa un poco en todo esto. ¡Qué satisfechos y orgullosos debemos estar de un trabajo como el nuestro, que lleva la dicha y la esperanza a tantas personas! ¡Nuestro trabajo es realmente hermoso, realmente hermoso!

Era una verdadera pasión la que tenía nuestro jefe por su trabajo. Por ejemplo, al clasificar las cartas procedía de distinto modo que los demás. Nosotros hacíamos este trabajo mecánicamente: después de lanzar una ojeada al lugar de destino, echábamos las cartas al mon-

tón del 9° o del 10° distrito, por ejemplo; ninguna otra idea acudía a nuestra mente adormecida. El proceder de Viejo correo era muy otro. No sólo miraba el lugar de destino, sino el de procedencia. Y murmuraba:

—Esta viene de Shanghai, ésta de Chingdao, ésta de la provincia de Sinchiang. ¡Anda! ¡Esta carta que viene de la provincia de Sinchiang es del 15 de junio; y hoy estamos a 20! ¡Qué de prisa ha llegado! ¡En cinco días nada más! Es que ha venido por avión, lo cual quiere decir que empezamos a utilizar ya los aviones para el servicio postal. ¡Es maravilloso! En nuestro país las cosas mejoran de día en día.

Era como si viese cada día en esos sobres, llegados de todos los rincones de nuestro país, la faz amada de la patria. Parecía que esas cartas, que esos paquetes postales, fueran para él viejos amigos llegados de lejos para darle grandes alientos y entusiasmo. Los recibía con amor. . .

Nuestro jefe era, pues, un viejo en extremo interesante, y yo sentía en el fondo de mi corazón una gran estima y un profundo respeto por él. En cambio, el pequeño Gao no manifestaba análogos sentimientos. Decía: «Nuestro jefe es una buena persona, lo reconozco, es bondadoso, sincero, trabajador. Pero es un buey; no es un hombre de grandes ideales».

Cuando le oía hablar así, me costaba trabajo contener la ira. No comprendía bien qué clase de persona podía considerarse un «hombre de grandes ideales», pero no concebía que se diera ese hermoso nombre a quienes no hacían más que charlar y gritar todo el día sin provecho alguno. Era algo incomprensible para mí.

Yo no me atrevía a comunicar a nuestro jefe Shü semejantes calumnias: le habrían herido y encolerizado. Sin embargo, cuando el viejo oía malévolas murmuraciones, se limitaba a sonreir ligeramente sin decir palabra, como si no comprendiera. No parecía preocuparse en absoluto. ¡Era tan bueno e indulgente! Cuando le

criticaban o incluso lo vilipendiaban, nunca se enojaba, nunca se ponía de mal humor. No se parecía a esas personas rencorosas que guardan siempre algo en el fondo de su corazón cuando han oído hablar mal de ellos a sus subalternos, y que acechan la ocasión de desquitarse. Tampoco era como esas personas orgullosas a las que les gusta pavonearse, que aprovechan todas las ocasiones para exagerar desmesuradamente su papel y exaltan su propio mérito con menoscabo de los demás; las personas así envidian a los camaradas más capaces que ellas y los consideran enemigos. Nuestro jefe Shü en nada se parecía a tales envidiosos; él no hacía jamás alusión a su mérito delante de un superior, ni se jactaba ante sus iguales. En una palabra, se consagraba por entero a su trabajo sin darse bombo.

Al pequeño Gao y al viejo Ma les gustaba platicar. Sus conversaciones tenían la siguiente particularidad: al viejo siempre se le oía decir que en 194. . ., en tal o cual sitio combatía contra los japoneses, o se indignaba contra los terratenientes armados que trataban de recuperar su tierra; mientras que el pequeño Gao empleaba siempre toda clase de «ismos» y no se le caían los problemas de la boca. También solía hablar de ondas electromagnéticas, de la velocidad de la luz, o explicaba lo que es el sol o la luna. En cuanto a mí, aunque no estuviera en contra de estas discusiones, percibía en ellas móviles ocultos. En efecto, escuchando sus peroraciones era fácil darse cuenta de que cada uno de ellos quería enaltecerse rebajando a los demás. Parecía oirse tras de esas frases:

—¡Bah! ¡Tú no vales nada, mientras que yo . . . !

Viejo correo, que tenía ocasión de oirles, se contentaba con escucharles sonriendo. Nunca terciaba en la conversación, lo que me hacía pensar, a veces, que quizá proviniera, como yo de una familia de campesinos pobres y fuera de los que no tienen títulos ni saber. Mas yo no tenía la absoluta convicción de estar en lo cierto.

Bien fuera por respeto a mi jefe, o simplemente por curiosidad, ardía yo en deseos de conocer su pasado. Pero eso era muy difícil. Más de una vez le había interrogado de buenas a primeras o con rodeos: mis tentativas siempre habían fracasado. Nunca hablaba de sus propios asuntos, si se le apremiaba demasiado, se limitaba a decir:

— No tengo nada interesante que contar. La revolución no es cosa de uno solo; el papel del individuo no debe ser tenido en cuenta.

No obstante, por varios indicios, yo había podido colegir que había sufrido graves disgustos familiares. Le gustaban mucho los niños y se entretenía a veces con los de los vecinos; pero siempre que yo le preguntaba: «¿Tiene usted hijos?», se le demudaba el semblante. Un día que le pregunté por su mujer, su faz se nubló de tristeza. A menudo, a causa de mi indiscreción, permanecía sombrío dos o tres días seguidos, y no me atrevía a hablarle. ¿Qué desgracia podía haberle ocurrido a su familia? ¿Se habría divorciado? ¿Cómo era antes? Misterio. No pude saber la clave del enigma hasta la víspera de su partida para ir a ocupar un nuevo destino.

Ese día, el pequeño Gao había cometido una grave falta en el cumplimiento de su trabajo, había extraviado una carta certificada. Le habíamos criticado, y nuestro viejo jefe Shü se había afligido muchísimo de esta inadvertencia, y había llegado incluso a reprocharse el no haber ayudado lo suficiente al pequeño Gao y el no haber estado bien al corriente de su trabajo. Viejo correo, siendo una persona leal, había creído hasta ese día que todo el mundo trabajaba tan concienzudamente como él. Le era forzoso reconocer que se había equivocado. A su lado mismo, alguien se había mostrado inconsciente en el cumplimiento de sus obligaciones. El anciano parecía anonadado. Sin embargo, trataba de dominarse y, con una paciencia ejemplar, procuraba hacer comprender al

pequeño Gao la gravedad de su falta, lo mismo que un padre severo, pero bondadoso, riñe a un hijo culpable. Mas el pequeño Gao no parecía tomar a pecho las críticas de Viejo correo. No sentía haber cometido esa falta, ni mostraba el menor arrepentimiento. Permanecía clavado en su asiento sin proferir palabra. Cuando todos hubimos hecho nuestras observaciones, dijo al fin, con afectación:

— Puesto que estoy en falta, pido que se me aplique un castigo.

— No hables de castigo — objetó Viejo correo con su bondad habitual. — Ante todo importa que reconozcas el error que has cometido por tu equivocada manera de pensar.

— No, yo no puedo cambiar mi manera de pensar, a no ser que se me de otro destino — replicó el pequeño Gao.

— ¿Y por qué causa? — preguntó Viejo correo, que esta vez no pudo ocultar su disgusto. En cuanto a mí, la réplica del pequeño Gao me había encolerizado. Por lo visto, habíamos perdido completamente el tiempo al criticarle. Nuestros esfuerzos resultaban vanos, y la actitud del pequeño Gao era realmente deplorable.

— No puedo continuar ejerciendo esta odiosa profesión — dijo.

— ¿Qué estás diciendo?- exclamó Viejo correo estupefacto, incorporándose bruscamente como si hubiera recibido una bofetada.

— No soy apto para este trabajo — respondió el pequeño Gao bajando un poco la voz: sin duda se percataba de lo inconveniente de sus declaraciones.

— ¡No! esto no quedará así — profirió Viejo correo temblando de cólera. — Explícate, ¿qué es lo que tú entiendes por profesión odiosa?

Yo jamás había visto a Viejo correo en tal estado. Su rostro estaba amarillo como la cera; sus labios, exangues; le temblaba la barba entrecana, y los ojos, hundidos en

las órbitas, semejaban dos faros lanzando sus destellos sobre el pequeño Gao.

— ¿Qué es lo que has dicho? — prosiguió Viejo correo — ¿Es eso propio de un camarada revolucionario? ¿Conque odiosa profesión,- eh? ¡Odiosa profesión! ¡Insultas el servicio de correos de nuestro régimen popular! Insultas la obra de nuestro Partido, ¿sabes? ¿Me oyes bien? Nuestro país y nuestro pueblo nos necesitan tanto, han puesto tanta confianza en nosotros, nos encargan tareas importantes, y tú ni siquiera has pensado en eso. ¿Has olvidado cuántos camaradas nuestros han derramado su sangre? Pero tú. . .

De pronto, a Viejo correo se le anudó la voz en la garganta. Algo le ahogaba. Tosió, y unas lágrimas transparentes brillaron como un relámpago en su pálido rostro antes de caer en la mesa.

Mi corazón se encogió de dolor, como si hubiera recibido una quemadura. El viejo Ma estaba tan encolerizado que fruncía las cejas y clavaba en el pequeño Gao una dura mirada. En ese preciso momento, se oyó a la puerta el ruido de un coche, y entró el administrador de correos del distrito, camarada Wang. Todo el mundo se levantó para hacerle sitio; le trajeron un vaso de agua. Luego continuó la reunión. Pero Viejo correo no habló más, igual que un combatiente que acaba de recibir una herida. Permanecía hundido en su asiento tras de la mesa, apoyado en la pared, jadeante de emoción, la cabeza empapada en sudor. . .

El camarada Wang paseó su mirada por el rostro de los circunstantes sin pronunciar palabra y no hizo ninguna pregunta, como si lo hubiera adivinado todo.

Por la tarde, sirvieron *chiaotse*.* Viejo correo no probó bocado: el dolor de estómago le atenazaba. La enfermedad se recrudecía siempre que se irritaba, y en tales ocasiones sufría unos dolores atroces que le hacían sudar por todos

* Especie de ravioles chinos.

los poros de su cuerpo. Tuvo que ir a acostarse. Al ver al viejo en tan lastimoso estado, me afligí muchísimo, y me faltó bien poco para llorar. Ninguno de nosotros comió con apetito. Lo que ingeríamos se nos quedaba de pie en el estómago produciendo una sensación de pesadez difícil de definir. Terminada la comida, como hacía un calor insoportable en la habitación, y los mosquitos zumbaban y se nos pegaban al cuerpo sudoroso, el camarada Wang nos propuso salir a tomar el fresco a la era que había detrás de la casa.

Era la época de la cosecha; en el aire flotaba un grato olor de grano y de paja; sobre los arbustos revoloteaban gusanos de luz, que a primera vista podían tomarse por estrellas fugaces. El suave viento secaba el sudor que perlaba nuestras frentes. Habíamos extendido en el suelo, bajo los albaricoqueros, una estera de paja, y nos habíamos sentado formando un corro. Yo pensaba para mis adentros que el jefe de correos iba sin duda a sermonearnos, y el pequeño Gao debía opinar lo mismo, a juzgar por su desasosiego. Nadie quería hablar, y esperábamos en silencio. En torno nuestro todo estaba en calma, se oía el susurro de las hojas de los albaricoqueros, agitadas por el viento ligero, y los sordos gemidos de Viejo correo, echado en su cama en la habitación cercana; también se oía la respiración agitada y fatigosa del viejo Ma.

El camarada Wang soltó dos bocanadas de humo tras de enérgicas chupadas a su cigarrillo, cuya roja lumbre le iluminó un instante la cara, y luego tosió discretamente. «Comienza la sesión», pensé, y mi corazón latió apresurado.

— ¿Por qué no decía nada? — inquirió Wang. Su voz era tan dulce como de costumbre, y pareció aliviar un poco la angustia que nos oprimía.

— Vamos a contar alguna historia interesante. ¿Qué os parece? — preguntó. Era una proposición inesperada. Me pareció excelente y respondí:

— Me parece muy bien, camarada Wang; es una buena idea, pero debe ser usted el que empiece.

— ¿Y qué os voy a contar?-preguntó volviéndose hacia mí.

— Lo que más le guste- repliqué.

El jefe de correos pareció reflexionar, y comenzó de este modo:

— Hay un refrán que dice: «A cada cual le gusta hablar de su oficio», así que yo les voy a hablar del nuestro.

Con la suela del zapato aplastó la colilla que acababa de tirar después de la última chupada. Luego levantó la cabeza hacia el firmamento, cuajado de estrellas, y prosiguió:

— Retrocedamos diez años. . .¿En qué época nos encontrábamos?... ¿Era el 43? Sí eso es: era precisamente el año 1943. En esa época, esta tierra que ahora pisamos estaba gobernada por los japoneses y ocupada por el ejército reaccionario del Kuomintang, a las órdenes de Chao Baoyuan, que se había pasado al enemigo. No podíamos actuar abiertamente, aunque había organizaciones del Partido en muchos pueblos, pues los japoneses y los kuomintanistas detenían y represionaban cruelmente a nuestros camaradas. En esa época, la ligazón del Partido Comunista entre los diferentes sectores estaba asegurada por una red de comunicaciones organizada en la clandestinidad. El participar en esas comunicaciones clandestinas era una tarea en extremo penosa. El enlace que debía ir y venir a través de las zonas vigiladas por el enemigo llevando los mensajes secretos que le confiaba el Partido, exponía la vida a cada momento. A veces, con el temor de ser descubierto durante el día por el enemigo, se veía obligado a caminar por la noche, siempre precisado a marchar por senderos de montaña, y no por las carreteras. Os podéis figurar lo que era eso en noches borrascosas con recios vientos y aguaceros, y en los días de intenso frío, pues el enemigo guardaba los vados y era preciso atravesar a nado los ríos. Al llegar a

la orilla opuesta, el cierzo transformaba el cuerpo en un bloque de hielo. El encargado de llevar los mensajes en las regiones de Nanchao o de Beiyé, tenía que andar en una noche 60 o 65 kilómetros y volver a la noche siguiente. Con la larga caminata salían en los pies ampollas gordas como la punta del pulgar, llenas de un líquido viscoso; el pus y la sangre se pegaban a la suela del zapato y resultaba imposible descalzarse. No era, claro está, como ahora, que no hay más que montarse en la bicicleta y salir a toda velocidad. Y además, había que escamotear los mensajes, como un ladrón, en piezas cosidas a la ropa, o disfrazarse de trapero, llevando una espuerta de estiércol, en el fondo de la cual se colocaban los papeles, teniendo cuidado de taparlos con tierra antes de echarles el estiércol encima. A pesar de todas esas precauciones, el que tropezaba con un enemigo astuto, estaba perdido, así como su mensaje. A decir verdad, camaradas, jamás podréis tener idea de las dificultades que tuvimos que vencer, es imposible imaginárselas.

El director calló un instante, paseó su mirada por todos nosotros para apreciar bien el efecto que nos producía su relato. Viendo que le escuchábamos con apasionado interés, prosiguió:

— Ahora os voy a contar la historia de uno de mis amigos: en la clandestinidad le llamaban Viejo hierro. Era oriundo de la provincia de Dongsiang. Era miembro del Partido desde 1938, y se le había encargado la transmisión de las comunicaciones secretas entre Sueikou, Jaiyang y Fachen. De Sueikou a Fachen hay unos 25 o 30 kilómetros. Los caminos se encontraban en muy mal estado. En toda esta región había montañas y ríos por doquier. Viejo hierro tenía que recorrer este trayecto regularmente cada pocos días. Se ponía en camino al anochecer y tenía que estar de regreso al alba, porque se encontraba al servicio de un terrateniente y habría descubierto su actividad secreta si hubiera regresado demasiado tarde. ¡Andar en una noche 55 o 60 kilómetros!

¡Pocas personas podrían soportar mucho tiempo un esfuerzo semejante! Hacía falta un organismo de acero. Viejo hierro aseguró este enlace durante más de un año, pero acabó por escupir sangre. Sin embargo, no decía nada. Al verle pálido y demacrado, los camaradas le proponían: «¿Viejo hierro, quiere que se le sustituya? Así podría tomarse algunos días de descanso». Mas Viejo hierro sacudía la cabeza, respondía: «No hace falta» y continuaba su trabajo de enlace.

Su mujer también era miembro del Partido. Disfrazada de mendiga servía asimismo de enlace pidiendo limosna por los pueblos de los alrededores, acompañada de su hijo. De este modo ayudaba a Viejo hierro en su trabajo. Su hogar era un punto de enlace y de reunión; los camaradas que se encontraban de camino se reunían en su casa a descansar y a tomar un refrigerio. Viejo hierro cumplía con tanta habilidad su misión que nunca se supo nada de sus actividades. Gracias a él, nuestro Partido pudo establecer en estos lugares una red de comunicaciones de lo más secretas y seguras, organizando el trabajo de enlace en los diferentes distritos de la región. Viejo hierro aseguró de este modo la ligazón pasando y repasando a través de la trama dispuesta por el enemigo, hasta el año 1944 en que ocurrió un trágico incidente. . .

El director calló de nuevo. Su relato nos apasionaba cada vez más. Estábamos emocionados, incluso el pequeño Gao. El director continuó:

— Era un día de invierno por la tarde; nevaba. Viejo hierro había recibido dos mensajes urgentes. Uno era un informe acerca de la situación del puesto de Wandi, que había de transmitir al Estado Mayor de nuestro ejército en Chuangchanpo, en el distrito de Jaiyang, el otro eran tres comunicaciones secretas destinadas a tres pequeños grupos armados clandestinos.

Viejo hierro entregó estas tres comunicaciones a su mujer, y él se encargó de llevar el informe acerca de la

situación en Wandi. Partió hacia el Este poco antes de cerrar la noche. . .

En ese punto preciso de su relato, el jefe tosió. Se notaba que se le hacía un nudo en la garganta con la emoción que sentía al evocar aquellos episodios gloriosos.

— Os voy a hablar primero de su mujer- prosiguió.-Por entonces estaba embarazada de cinco meses. Como sabía que era urgente llevar aquellas comunicaciones, las puso en un tazón desportillado que escondió en el fondo de una cesta, habiéndolas cubierto con un poco de arroz. Encima colocó unas tortas y algunas batatas y se puso inmediatamente en camino en dirección al Sur.

Había caído una gran nevada y eran muy escasos los caminantes. En torno todo era soledad. A la caída de la noche ya había entregado dos comunicaciones. La tercera iba destinada a un tal Ju Lao-wu, que vivía en Juchioye. Era ya de noche cuando llegó al lugar de destino. Mas apenas hubo traspasado el umbral, vio un grupo de cuatro o cinco soldados que, después de haber agarrotado a Ju Lao-wu con cuerdas, tiraban de él para sacarlo al patio. Aún no se había repuesto de su sorpresa, cuando los soldados se lanzaron sobre ella y la agarraron brutalmente, a pesar de su estado.

— ¿Qué vienes a hacer aquí — le preguntó uno de ellos.

— Pido limosna- respondió serena agitando un poco su cesta.

Esos días, los esbirros habían redoblado la vigilancia. La registraron, y arrancaron incluso las piezas de la ropa, pero no descubrieron nada. El jefe, un hombre picado de viruelas, dió un furioso puntapié a la cesta que había quedado en el suelo, y gritó:

— ¡Lárgate!

Ese puntapié originó todo el drama. La cesta se volcó. La comida se desparramó por el suelo, y el papel escondido en el fondo del tazón quedó al descubierto. El jefe abrió dos ojos como platos. Iba a agacharse para coger

el papel, pero la mujer de Viejo hierro se le adelantó, tomó el mensaje y se lo metió en la boca. Loco de furor, el picado de viruelas se arrojó sobre ella, con una mano la agarró por los cabellos y con la otra trató de abrirle la boca. Mas ella apretaba los dientes, y los esfuerzos del jefe resultaban vanos. Furioso, la derribó, y sin el menor respeto por su próxima maternidad, probó a separarle los dientes con la punta de la bayoneta. Los dientes cayeron uno tras otro con un ruido seco, en tanto que la sangre de la desdichada manaba a borbotones bañándole el rostro. Al fin, le abrió la boca, pero ya no había nada: se había tragado el papel.

El picado de viruelas botó de rabia. Después de despojar de sus ropas a la pobre mujer, la ató a una vieja acacia que crecía a la puerta de la casa de Ju Lao-wu. Luego, empuñó un cuchillo de matarife, lo apoyó de punta sobre el pecho de la infortunada y dijo amenazador:

— Dime en seguida lo que decía la carta. ¿A quién tenías que entregarla?

Ella no respondió. El picado de viruelas apretó aún más nerviosamente el cuchillo y vociferó:

— ¿Crees que has hecho desaparecer el papel al tragártelo? ¡Te equivocas! ¿Vas a hablar o no? ¡Mucho cuidado! ¡Si te obstinas en callar, te abro el vientre!

Golpeando el suelo con el pie, ella le gritó en la cara:

— ¡Monstruo! ¡Abremelo si tienes tan mala entraña! ¡Yo no diré nada!

Los monstruos le abrieron el vientre, y sacaron, al mismo tiempo que un feto de cinco meses, el papel en cuestión, completamente mascado.

La voz del jefe se había apagado tanto que apenas se le oía. Mi corazón latía con tal fuerza que parecía querer romperme el pecho. El pequeño Gao gimió: «¡Ay!». El viejo Ma se puso a resoplar como un buey. En torno nuestro el silencio parecía hacerse más profundo. Se oía incluso la respiración y los latidos del corazón de cada

uno de nosotros. Una estrella fugaz surcó el cielo azul arrastrando tras de sí su cola de rojo fuego, para ir a caer al Nordeste.

—Esa misma noche—continuó Wang—Viejo hierro consiguió transmitir el mensaje con destino a Chuanchanpo. En el camino de regreso, como había vuelto a nevar, todos los senderos habían sido borrados por la nieve; un albo manto cubría montañas y campos. Viejo hierro marchaba por la montaña cuando se produjo un alud y fue arrastrado al fondo de un barranco, se hirió en una pierna, en la cabeza y en otros varios sitios. Con todo el cuerpo ensangrentado y arrastrando la pierna prosiguió, no obstante, su camino. Cada uno de sus pasos dejaba una mancha de sangre en la nieve. Así y todo consiguió llegar al lugar. Cantaban los gallos cuando llegó al foso que bordeaba el pueblo por el Este. Estaba rendido de fatiga, le dolía todo el cuerpo, tenía la boca pastosa y la lengua seca. Estaba ya pensando en beber el agua que su mujer herviría en cuanto se lo pidiera. Mas apenas hubo caminado unos pasos por la aldea, le asaltó una decena de soldados. Los monstruos, después de haber asesinado a la mujer de Viejo hierro, habían seguido las huellas de la desdichada y habían llegado a su casa; habían prendido a su hijo, el pequeño Siaoniu, de siete años de edad, y a continuación habían rodeado el pueblo. Después se habían emboscado para acechar la llegada de Viejo hierro.

A la mañana siguiente, llevaron al padre y al hijo al distrito de Wandi. Un oficial apellidado Chao interrogó en persona a Viejo hierro deseando arrancarle confesiones acerca de la red de comunicaciones clandestinas.

¡Pensad un poco, camaradas, en las consecuencias que hubieran tenido tales confesiones! Habría sido algo así como si los enemigos detuvieran la circulación de la sangre en nuestras venas. Conocidos los sistemas de comunicaciones, nuestra organización quedaba destruída. En esos momentos es cuando un revolucionario muestra realmente todo su temple y testimonia su lealtad y fideli-

dad al Partido y al pueblo. Viejo hierro dio prueba de firmísimo valor. Los enemigos lo sometieron a toda clase de torturas, que le hicieron desvanecerse varias veces; ni una sola palabra salió de sus labios. Por entonces yo estaba encerrado donde él y lo vi todo con mis propios ojos. El enemigo recurrió a un procedimiento de los más inhumanos y crueles: llevaron ante Viejo hierro a su único hijo Siao-niu, al que habían dejado totalmente desnudo. Dos soldados sujetaban al niño, incapaz ya de forcejear, y un tercero apoyaba en su garganta el filo de un gran cuchillo. El oficial, con los ojos fijos en Viejo hierro, le preguntó:

—¿Quieres que tu hijo viva? ¡Responde!

El pequeño Siao-niu había prorrumpido en sollozos y gritaba:

—¡Papá, Sálvame! ¡Socórreme! ¡Socorro!

Viejo hierro no pudo contener sus lágrimas. Desde que le habían detenido había soportado todos los suplicios y ni una lágrima había caído de sus ojos. Ahora lloraba. No tenía más que ese hijo. El y su mujer lo amaban como un tesoro. ¿Acaso podía ver con sus propios ojos cómo ese hijo querido moría degollado?

El oficial volvió a preguntar:

—¿Quieres hablar o no?

Viejo hierro seguía callado, pero sus ojos estaban clavados en el niño; todo su cuerpo temblaba.

—Te doy dos minutos más para reflexionar —gruñó el oficial mirando al reloj que llevaba en la muñeca.

La manilla dio dos vueltas a la esfera con un ligero ruido. Viejo hierro apartó lentamente los ojos de su hijo, se mordió con fuerza el labio inferior, levantó la cabeza y lanzó una feroz mirada al oficial.

—Lo he pensado —dijo Viejo hierro con voz baja y lenta para mostrar mejor su sangre fría.

—¿Y qué?

—Jamás sabrás nada. No diré nada —dijo Viejo hierro volviendo la cabeza.

Se oyó el ruido seco, como un crujido, del cuchillo que cortaba las carnes. Viejo hierro se desvaneció. . .

El administrador de correos calló de nuevo. Mi corazón latía furiosamente. El pequeño Gao escuchaba con la boca abierta, y el viejo Ma, con el ceño fruncido, resoplaba ruidosamente.

—¿Y después qué le hicieron a Viejo hierro? —pregunté al cabo de un instante, con la garganta oprimida.

Después . . .- prosiguió el administrador- el enemigo continuó torturando a nuestro Viejo hierro; estaba en un estado lastimoso. . . La víspera de Año Nuevo por el calendario lunar, por la noche, unos 40 o 50 «criminales», echados sobre el suelo húmedo, mirábamos las estrellas del cielo por entre los barrotes de la ventana. Oíamos el ruido de los petardos en las calles y un gran alboroto en la habitación contigua, en la que los bandidos bebían y gritaban armando gran algazara. Multitud de recuerdos nos venían a la memoria. Viejo hierro dijo mirándome:

—Compañero, hoy es el último día del año.

—Sí —le respondí —mientras algunos celebran alegres este día, los nuestros, grandes y chicos, derramarán lágrimas amargas.

Viejo hierro no me respondió. Había agachado la cabeza; los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces recordé que no tenía familia. Me reproché mis palabras. Sentí algo parecido a un remordimiento.

En ese preciso instante resonaron unos cañonazos.

Viejo hierro se levantó como impulsado por un resorte, y se agarró a los barrotes de la ventana para mirar afuera. En un principio creímos que era un ataque de nuestra milicia, pero pronto el tableteo de las ametralladoras vino a unirse al creciente fragor de los cañones. Comenzamos a saltar de alegría. Algunos obuses cayeron cerca de nuestra prisión y las piedras y la tierra entraron por la ventana de nuestra celda. Viejo hierro, transportado de alegría, gritó:

—¡Qué buen golpe! ¡Camaradas, otro golpe como ése! ¡Más, más!

De pronto, la puerta se abrió. Los enemigos se precipitaron sobre nosotros y nos sacaron fuera, amenazándonos con las bayonetas. Estábamos perdidos. Teníamos el convencimiento de que iban a asesinarnos.

Varias decenas de enemigos nos rodeaban sin dejar de amenazarnos con las bayonetas. Pasamos por la calle principal de Wandi entre el humo y las llamas. Nos dirigimos hacia un riachuelo. Los proyectiles estallaban sin cesar delante y detrás de nosotros; ardían las torrecillas que se alzaban sobre las colinas al Este y al Oeste.

Levanté la cabeza: el oscuro firmamento nocturno estaba empurpurado por el fuego de los cañones, y las estrellas titilaban a través de una roja bruma. Pensé: «mañana hará un día hermoso, despejado; será un día jubiloso, pero nosotros no podremos verlo». El corazón se me encogió al pensarlo. A menudo me había visto amenazado por la muerte, pero nunca había sentido un dolor más agudo que en aquel instante. ¡Morir ante la misma victoria, oh, camaradas, es seguramente el mayor dolor que pueda experimentarse!

En cambio nuestro Viejo hierro permanecía impasible. Un obús silbó sobre nuestras cabezas y fué a caer veinte pasos delante de nosotros. Los bandidos se arrojaron a tierra, muchos de los nuestros se tumbaron a ambos lados del camino. Viejo hierro, sonriente, miraba los rojos resplandores de las explosiones lo mismo que hubiera contemplado un chico los fuegos artificiales. Lleno de alegría, tan pronto contemplaba el cielo enrojecido por la luz de las explosiones, como las incendiadas cumbres de las colinas cercanas. Se sentía tan dichoso que no paraba de charlar y de reir, como si fuera a una fiesta y no a la muerte.

— Mi buen Wang — me dijo entusiasmado — mañana toda esta tierra será nuestra.

— Sí — le respondí —, pero . . .

No pude decir más: me cortó la palabra.

— ¡Compañero! Desde hace muchos años he venido pensando que llegaría el día en que nosotros, los encargados de transmitir los mensajes, podríamos recorrer el país a la luz del día. Por fin, llega ese día tan deseado. Nuestros camaradas no tendrán que esconderse más.

— Es verdad — repliqué —, mañana todo será magnífico; pero ese mañana, desgraciadamente, no lo veremos nosotros.

— ¡Eso no importa! — objetó Viejo hierro con ardor — el precursor es el que siembra, los que vengan en pos de nosotros recogerán los frutos; la victoria está próxima, podemos morir tranquilos . . .

Así hablábamos, cuando el tableteo de las ametralladoras se reanudó con mayor fuerza. Eran los nuestros los que tiraban. Un batallón de choque acababa de penetrar por una brecha abierta al Este de la ciudad. Pronto vimos aparecer a nuestros soldados. Llenos de pánico, los guardianes huyeron. Un instante después, estábamos libres . . . Y al día siguiente, Wandi había sido también liberado.

Se había hecho un profundo silencio. Wang encendió otro cigarrillo y lanzó lentamente varias bocanadas de humo. El viejo Ma rompió el silencio.

— ¿Y qué fue de Viejo hierro? — preguntó.

— Aquella misma noche — respondió el administrador — fue trasladado a un hospital. Sus heridas eran muy graves, tenía rotas cuatro costillas y todo el cuerpo lleno de quemaduras hechas con la punta de una varilla de incienso encendida. Necesitó cinco meses para restablecerse. El día que salió del hospital fue a su casa. ¿Qué esperaba encontrar allí? No encontró ni siquiera un hueso de su mujer o de su hijo. Hasta la vivienda había sido incendiada y no quedaba más que un montón de tizones. Permaneció largo tiempo sentado sobre una viga medio consumida por el fuego, con la cabeza entre

las manos. Sus vecinos fueron a invitarle a comer, pero no aceptó. Le llevaron agua, mas no la bebió. No despegó los labios en todo el tiempo que estuvo allí. Después se levantó y fue al Comité de distrito del Partido, donde encontró al secretario de organización, camarada Liu, y le dijo: «Camarada Liu, déme trabajo». Liu le replicó:

— No es preciso que se apresure, descanse aún algún tiempo.

Viejo hierro sacudió la cabeza.

— ¿Qué clase de trabajo quiere hacer? — le preguntó Liu en vista de eso.

— Haré lo que el Partido me pida — dijo.

— Puede usted dar su opinión.

— Querría volver a mi antiguo trabajo.

— ¿Qué es lo que usted considera su antiguo trabajo?

— Ser correo.

El secretario de organización replicó a esto:

— La antigua red de comunicaciones secretas ya no existe, ahora se han abierto estafetas de correos. El servicio postal se ha ampliado. ¿Desea usted colocarse en correos?

— Claro que sí—respondió Viejo hierro.

Acto seguido, el secretario de organización, después de haber consultado con el comisario político, fue a decir a Viejo hierro:

— Concedido, trabajará de administrador de correos en la estafeta de la comarca.

Viejo hierro se asombró de ese nombramiento y rechazó tenazmente la oferta alegando su insuficiente cultura y su incapacidad para ocupar tal cargo. Ambos jefes pensaban, por el contrario, que dada la falta de dirigentes había que confiar a Viejo hierro un cargo de alguna importancia, porque militaba en el Partido desde 1938, había dado prueba de su lealtad y había servido bien a la causa de la revolución. Viejo hierro no quiso escucharles y continuó negándose categóricamente.

— ¿Hay acaso algún revolucionario — decía — que no haya hecho buenos servicios? Lo esencial es juzgar a cada uno según su capacidad, saber si está a la altura que exigen sus obligaciones; hay que tener presente que si se confía a alguien un cargo que está por encima de su capacidad y no puede cumplir su función, sufre las consecuencias todo el trabajo del Partido.

Desconcertado con esta respuesta, el camarada Liu le preguntó:

— ¿Cual es entonces su opinión?

— Mi opinión es que debo trabajar de enlace y encargarme de un trabajo concreto.

— El que se encarga de un trabajo así, se llama ahora cartero — rectificó Liu sonriendo.

— Bueno, pues seré cartero, trabajaré de cartero; así podré recorrer los pueblos para distribuir las cartas, y al mismo tiempo estudiaré en los ratos libres. Cuando haya alcanzado determinado nivel político y cultural, me darán otro trabajo.

El camarada Liu accedió a su petición, y Viejo hierro fue colocado en la estafeta de correos del distrito, donde, ni que decir tiene, cumplió su trabajo a conciencia. Durante el día corría por montes y por valles llevando a la espalda una pesada valija con las cartas y paquetes postales que había de distribuir por pueblecitos dispersos; volvía por la tarde tan fatigado que le dolían las piernas y los riñones, pero pasaba la mitad de la noche estudiando. De tanto velar se le habían enrojecido los ojos, mas su sed de cultura era tan grande, que no podía decidirse a descansar lo más mínimo. Su salud, ya muy quebrantada, no mejoraba. Con frecuencia se desvanecía y caía bajo la mesa. Continuaba escupiendo sangre sin cesar. Un día le dije:

— Amigo, debes descansar; la salud, antes que nada.

Hizo un vago ademán y me respondió con un gesto de tristeza:

—¡Para qué hablar de descanso! Estamos muy en deuda con el Partido para pensar en nuestro descanso.

Pasó mucho tiempo antes de que yo comprendiera lo que quería decir con eso. Después he llegado a penetrar el alcance de sus palabras. Es que consideraba el estudio una tarea que debía cumplir también para el Partido. Cada vez que pensaba en el trabajo ofrecido por el secretario de organización, sentía un vivo pesar, porque se consideraba en deuda con el Partido: en unos momentos en que el Partido y el pueblo tenían tanta necesidad de dirigentes, se estimaba indigno de ser uno de ellos; por eso se esforzaba por aprender para elevar su nivel político, su cultura y su capacidad de trabajo, a fin de responder a las necesidades del Partido y del pueblo.

Sus esfuerzos no fueron vanos. En tres o cuatro años hizo grandes progresos en todos los aspectos. Hace dos años fue escogido por un jurado trabajador modelo en período de capacitación y fue nombrado administrador de correos de una estafeta de correos de distrito.

Al oir estas palabras no pude contenerme y exclamé:

—¡Bravo! ¡Ese es un verdadero revolucionario!

—Sí, sí—gritó también el viejo Ma, profundamente emocionado, dándose una fuerte palmada en un muslo—¿Qué somos nosotros a su lado? ¡Todo el día nos buscamos querella por la menor cosa!

Al pronunciar estas palabras, el viejo Ma miraba con el rabillo del ojo al pequeño Gao, que guardaba silencio, inclinada la cabeza, y parecía sumido en profunda meditación. Mas, bruscamente, preguntó:

—Camarada Wang, ¿dónde está ahora el compañero de quien nos ha hablado?

El jefe contestó sonriendo:

—Si se encontrara lejos, estaría al fin del mundo . . .

—Y si se encontrara muy cerca . . .—interrumpió el pequeño Gao, que adivinaba lo que quería decir el jefe.

Este señaló la habitación orientada al Sur diciendo:

—Lo tendrían delante de los ojos.

—¡Es nuestro jefe!—exclamamos todos con asombro.

Wang respondió moviendo la cabeza:

—Sí, es él. «Viejo hierro» se llama también «Viejo correo».

—¿Pero entonces—pregunté yo con cierto temor—lo van a trasladar a la estafeta del distrito?

—Exacto. He venido expresamente para eso; él aún no lo sabe . . .

Instantes después, Wang se marchó. Permanecí largo tiempo inmóvil. Mi corazón lo inundaba un sentimiento indefinible, mezcla de entusiasmo y de pena, de la pena que se experimenta cuando va a abandonarnos un ser querido.

No pude pegar los ojos en toda la noche. Oía al viejo Ma que se revolvía continuamente en la cama sin poder dormirse. Tosía y suspiraba. En cuanto al pequeño Gao, se paseaba de arriba abajo por el patio, y hasta el amanecer se pudo oir el ruido de sus pasos.

Mayo de 1945

Jan Mei-mei

por Ma Feng

El mes de noviembre del año pasado, cuando yo trabajaba en la cooperativa agrícola de Chaochiakou, fui a ver a las autoridades del distrito para presentar un informe. De camino, debía pasar por el pueblo de Shuangjo y no pude resistirme al deseo de detenerme un momento en la escuela primaria de este pueblecito, pues en la primavera del mismo año, cuando yo trabajaba en dicha localidad, iba a menudo a la escuela en los ratos de ocio a consultar los libros y a hojear los perioódicos. Así tuve ocasión de conocer a algunos de los maestros y maestras de la escuela y a unos cuantos alumnos.

Apenas hube franqueado el umbral, encontré a Lü Ping, profesora de chino, maestra ejemplar de nuestro distrito, y por añadidura diputada popular. La conocía desde hacía tiempo, cuando ella estudiaba todavía en el instituto de segunda enseñanza. Entonces ya era lo que puede llamarse una joven entusiasta. Recuerdo que el año en que terminaba sus estudios acababan de abrirse en el distrito dos nuevas escuelas primarias y hacían falta maestros. Para cubrir las vacantes, la sección administrativa de primera enseñanza se esforzaba por atraer a los recién graduados, pero nadie se dejaba persuadir, porque esta carrera, según ellos, no ofrecía ningún porvenir. Lü Ping fue la primera en aceptar una plaza de maestra, mientras que muchos de sus condiscípulos iban a la Universidad, y otros ocupaban diversos puestos en la administración. . . . Algunos que siguieron su ejemplo lo sintieron y pensaron en cambiar de carrera. Lü Ping continuó ejerciendo tranquilamente su

profesión y encontró tiempo incluso para consagrarse a la organización de la Liga de la Juventud de la escuela. Su actividad no tardó en ser apreciada, y Lü pasó a ser uno de los trabajadores de la enseñanza más apreciados del distrito.

Apenas hubimos cruzado cuatro palabras, me preguntó:

— Amigo Ma, ¿qué has escrito últimamente? — Y sin esperar mi respuesta añadió:

— ¿Quieres que te dé un tema?

— ¿Por qué no? — contesté riendo.

Ella también se echó a reir. Después de haberme hecho entrar en su habitación y de haberme ofrecido té, sacó un paquete de cartas de un cajón y me dijo:

— Estas cartas me las ha enviado una de mis antiguas alumnas que terminó en esta escuela sus estudios. Debes de conocerla: se llama Jan Mei-mei.

— Recuerdo efectivamente ese nombre, pero no me hace evocar ninguna cara conocida.

— ¿Cómo has podido olvidarla? Más de una vez la has felicitado por sus redacciones.

Ese detalle me hizo recordar a la alumna de quien hablábamos.

Jan Mei-mei era una joven de 17 años, alta y delgada, con dos largas trenzas. Hablaba poco, pero tenía ideas muy suyas. En la mayoría de las asignaturas su aprovechamiento era, por lo general, mediano; en cambio, escribía magníficas redacciones. Yo había leído varias; el estilo era fluído y los temas estaban siempre bien desarrollados. Recuerdo sobre todo una de ellas en la que hablaba de los cambios habidos en su pueblo en los últimos años. En cada una de sus frases se traslucía su profundo amor a la nueva aldea china. Ella era de Siaosienchuan, pueblecito que yo había visitado en cierta ocasión. Yo también conocía a su padre, un buen viejo, bastante testarudo, que no tenía más hijos y la amaba como a un tesoro. Le gustaba decir a todo el que quería escucharle que pediría limosna, si fuera preciso, con tal

de que Mei-mei estudiara una buena carrera. Consideraba que, como la igualdad de derechos de ambos sexos era ya un hecho, una joven con estudios tenía tanto porvenir como un muchacho.

Después de haber recordado todos estos detalles, pregunté a Lü Ping qué era de Mei-mei. Sin dejar de reir, Lü Ping me dijo que la respuesta estaba en las cartas y, después de haberlas ordenado, me las ofreció. En ese momento sonó el timbre para entrar en clase y Lü Ping me dijo:

—Aun tengo que dar una clase. Lee las cartas y espera a que vuelva, no te marches.

Salió presurosa con sus libros bajo el brazo. Me senté a la mesa y comencé a leer las cartas.

Mi querida maestra:

No he aprobado los exámenes de ingreso en el instituto. Chang Wei, un chico de mi pueblo, también ha sido suspendido. El ha terminado este año sus estudios en la segunda escuela primaria del distrito. Hoy hemos ido juntos a la ciudad para enterarnos de los resultados de los exámenes. Las listas estaban a la entrada del instituto. Las hemos leído dos veces desde el primer nombre hasta el último sin encontrar los nuestros. Chang Wei se ha echado a llorar. ¿No es acaso estúpido que un mocetón de dieciséis o diecisiete años dé rienda suelta a las lágrimas en medio de la calle? Todo el mundo le miraba. Cuando se ha dado cuenta, se ha azorado mucho, ha dado media vuelta y ha emprendido solo el camino de regreso. En todo el camino no he podido alcanzarle.

A decir la verdad, en ese momento yo estaba también muy disgustada por haber fracasado, pero no he llorado. ¿Para qué sirven las lágrimas? Está muy bien, sin duda ninguna, poder cursar la segunda enseñanza, pero, puesto que he fracasado, ¿no será también útil dedicarme a otra cosa? Recuerdo que antes de terminar el curso, en una de las reuniones de la Liga de la Juventud, usted

nos dijo: «. . . Si no son admitidos en el instituto, incorpórense a las filas de los trabajadores. ¡En nuestra nueva sociedad, qué más da un trabajo que otro! A todo el mundo se le ofrece porvenir, siempre que cumpla concienzudamente su labor». Querida maestra, creo en sus palabras y he tomado una decisión: voy a dedicarme a los trabajos del campo.

Pero aún tengo que contarle, querida maestra, lo que me sucedió al regresar al pueblo después de mi fracaso...

Al entrar en el lugar, ví a un grupo de aldeanos reunidos delante del templo; clavaron los ojos en mí y se pusieron a cuchichear. No hacía falta preguntarlo, estaba claro que hablaban de mí. Al pasar por delante de ellos, oí decir a Li Yü-ching con ironía:

—¡Eh! Ahí va nuestra joven «bachillera» que ha recibido un cate. ¡Je, je! . . .

Todos se echaron a reir, y noté que las mejillas me ardían . . .

Li Yü-ching es conocido en todo el pueblo por sus dichos jocosos; saca a relucir los menores defectos de cada cual. Preferí no responderle y me encaminé directamente a mi casa; encontré a toda mi familia en el patio desayunando a la sombra de los árboles. Al verme, pusieron mala cara. Mi madre dio un suspiro; mi abuela, un resoplido; y mi padre — enhiesto el bigote — dijo clavando en mí una mirada colérica:

—¡Qué vergüenza! Eres la desesperación de tu anciano padre.

¡Querida maestra! El que mi familia me recibiera así, fue ya demasiado. La nariz me cosquilleó, y prorrumpí en llanto. La mano de mi padre golpeó la mesa haciendo saltar cucharas y escudillas. Dejó su tazón, apenas mediado, y gritó con voz ronca:

—¿Por qué lloras? ¿Te queda aún sentido de la vergüenza?

Mi madre, al verme tan compungida, intervino diciendo:

—¡Cállate, hombre! ¿Crees que Mei-mei está contenta de lo que le pasa?

Mi padre no supo qué decir, volvió a coger su tazón refunfuñando y se fue a la calle a comerse el resto del almuerzo. Cuando hubo salido, mi madre procuró consolarme y me dijo:

—Anda, lávate la cara y ven a comer. Te vas a poner mala si lloras así. ¿No conoces aún el carácter de tu padre?

Yo estaba furiosa contra mí misma, me decía: «¿Para qué lloro? ¿Es que no soy capaz de soportar esta pequeña injusticia?»

Enjugué mis lágrimas, me lavé la cara y me puse a comer pensando cómo explicar mi fracaso.

A los pocos instantes volvió mi padre. Su cólera había amainado un tanto. Colocó en la mesa su tazón vacío, se sentó enfrente de mí y me preguntó, mientras llenaba de tabaco su pipa:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Trabajar en el campo—respondí sin vacilar.

—¿Cultivar la tierra?—exclamó. El bigote volvió a erizársele, y se encolerizó de nuevo.

—¡Tu anciano padre se ha privado hasta de comida y de satisfacciones para que pudieras hacer una buena carrera!—gritó. —¿Para qué lo he hecho?. ¿Para qué lo he hecho, te pregunto?

Mi abuela metió baza añadiendo:

—¿No lo había yo dicho siempre? . . . ¡Enviar a una chica a la escuela! . . . ¿Se puede convertir a un dragón en un tigre? ¡Haber estado mandándola más de cinco años a clase! ¡Lástima de dinero tirado por la ventana!

Yo sabía que dándome estudios esperaban verme seguir un buen camino, por el que hubiera encontrado una posición envidiable, y así hubieran compartido conmigo honores y riquezas. El que ahora quisiera ir a cultivar la tierra les daba rabia, sin duda. No obstante, repliqué con mucha calma a mi abuela:

—Abuela, los conocimientos encuentran aplicación lo mismo en la agricultura que en otras cosas. Además, padre ya se va haciendo viejo; pronto no habrá nadie en casa que pueda ir al campo.

—¡Para nada le hace falta a tu padre tu trabajo en el campo!—gruñó mi padre interrumpiéndome.

—Padre,—repliqué yo—si no voy a trabajar al campo ¿qué quieres que haga? ¿Quedarme en casa ociosa?

Mi pregunta le dejó con la boca abierta. Estuvo mucho tiempo sin responder, chupando su pipa con la cabeza baja. Luego, como había sonado la campana, tuvo que marcharse al trabajo. Cogió su escardadera y se fue refunfuñando:

—Es una inútil . . .

Después de marcharse el padre, mi abuela continuó rezongando. Volvió a echarme en cara los estudios que me habían hecho seguir, el suspenso recibido en el examen, calificándome también de inútil, inútil va e inútil viene. Yo no le hice mucho caso, y después de haber ayudado a fregar los cacharros me fuí derecha a la cooperativa agrícola.

Todos estaban en el campo. Sólo había tres personas en las oficinas: Jan Chuan-you, director de la cooperativa, Chang Yuen-nien, el contable y el tío Yun Shan, el porquero.

—Hace un siglo que viene prometiendo darme un ayudante,—decía el tío Yun Shan—pero sigo trabajando solo. No sabe más que prometer y prometer.

El director de la cooperativa le replicaba que había tratado de persuadir a varias mujeres a que le ayudaran a cuidar los puercos, pero todas se habían negado por parecerles un trabajo demasiado repugnante. También había pensado en enviarle un hombre, mas habría hecho falta liberarlo de los trabajos del campo, lo que era imposible en ese momento, porque faltaban brazos para las faenas de la estación. El director, mientras hablaba, se había vuelto y me había visto. Me saludó con un ade-

nián. Instantes después, le expliqué el motivo de mi visita, y los tres se pusieron muy contentos.

— Precisamente, necesitamos trabajadores en la cooperativa, — dijo el director — y sobre todo personas instruidas. Estamos encantados de que quieras venir a trabajar con nosotros.

Hizo una pausa y prosiguió:

— ¿Qué te gustaría hacer? Puedes escoger.

— Decídalo usted mismo — respondí —. Estoy dispuesta a trabajar en lo que sea.

El director consultó con Chang Yuen-nien en voz baja y me propuso:

— ¿Quieres encargarte de la oficina?

— Sí — contesté — pero si acepto, ¿qué va a hacer Jan Er-sou?

— Vamos a procurar convencerle de que se encargue de los cerdos. El trabajo en la oficina te conviene y no es pesado.

Su laudable intención de librarme de los trabajos demasiado pesados no me hizo ninguna gracia. Querida maestra, ¿no nos ha enseñado usted siempre que es una obligación de los miembros de la Liga escoger los trabajos más duros? ¿Podía aceptar una tarea fácil? Y puesto que nadie quería encargarse de los cerdos ¿por qué suponer que Jan Er-sou lo aceptaría contento? En lugar de cargar a los demás con esa ocupación ¿no debía encargarme yo misma? Además, Jan Er-sou estaba muy al corriente de su trabajo, mientras que yo, por mucho que quisiera, tenía que aprenderlo todo aún. Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que debía dedicarme a la cría de los cerdos.

— Voy a cuidar los cerdos — dije por fin — así no habrá que cambiar de trabajo a Jan Er-sou.

— ¡Que vas a encargarte de los cerdos! — exclamaron todos a coro.

El tío Yun Shan se echó a reir en seguida y dijo:

— ¡La peste te hará escapar, no hablemos ya del trabajo!

Su risa se me contagió, lo que no me impidió replicar:

— Tío Yun Shan, ¿acaso el mal olor le hace a usted escapar? ¿Por qué piensa que me va a hacer escapar a mi?

Creyendo que bromeaba, insistieron de nuevo para hacerme aceptar el trabajo de la oficina. Mas viendo que mi resolución era definitiva, el director asintió y dijo:

— Mei-mei, la piara de cerdos es una gran riqueza para la cooperativa. Te incumbe una responsabilidad que no debes subestimar.

Calló un instante y prosiguió en un tono igualmente grave:

— Encontrarás seguramente dificultades en el trabajo. En ese caso, tendrás que buscar el modo de vencerlas. No olvides que cada medalla tiene su reverso.

Así quedó resuelto el asunto. Por la noche, los miembros de la Liga de la Juventud celebraron una reunión para darme la bienvenida; todo el mundo me exhortó jovialmente a trabajar bien.

Mi querida maestra, a partir de hoy, soy un miembro efectivo de nuestra cooperativa agrícola. Estoy segura de que se pondrá muy contenta al leer esta carta.

Respetuosamente, su alumna
Jan Mei-mei
25 de julio

Mi querida maestra:

He leído y releído muchas veces su carta, hasta el punto de recordar todas las frases. Cada palabra es una enseñanza y me anima a luchar contra las dificultades. Desde mi última carta, efectivamente, he encontrado muchas dificultades en mi trabajo; durante muchos días he tenido más de las que podía aguantar. Pero el comité de la Liga de la Juventud de nuestra cooperativa me ha

ayudado mucho y ha sabido resolverlas junto conmigo. Voy a contarle ahora lo que me ha ocurrido estos días.

En la cooperativa tenemos 46 cerdos y lechones. Están encerrados en una gran pocilga. Sólo con verlos se revuelve el estómago: nada tiene de particular que nadie quiera encargarse de ellos. En la pocilga no hay más que inmundicias. ¡Por todas partes orines y aguas nauseabundas, y más de un pie de fango! Los animales se encenagan en esa cloaca y tienen el cuerpo cubierto de costras repugnantes. ¡Imagínese la fetidez que exhala ese infierno! Grandes moscas verdes con la cabeza roja zumban sin cesar. ¡Es un verdadero horror!. La gente que pasa cerca se tapa las narices.

Los primeros días yo no podía acostumbrarme, sobre todo después de las comidas. Sólo el olor me daba náuseas. Después de estar en la pocilga, la propia ropa se impregnaba del hedor.

Por muy repugnante que fuera mi trabajo, conseguía, sin embargo, soportarlo apretando los dientes. Lo más penoso de sobrellevar era la actitud de mi familia. Su manera de tratarme me hacía un daño indecible. Mi padre al verme montaba en cólera indefectiblemente y me lanzaba una rociada de denuestos. Mi abuela no cesaba de repetir: «La hija de una familia decente . . . ¡Vivir entre animales!¿ No temes perder la reputación?» Incluso mi madre suspiraba en mi presencia. Los aldeanos cuchicheaban a mi paso. El primer día que fuí a echar de comer a los cerdos, unos vecinos me miraban con curiosidad. Oí decir a las mujeres: «Ahí va nuestra estudiante a echar de comer a los gorrinos. ¡Je, je! . . . ¡Tener tantas cualidades y ser una inútil! . . .» Y patatín y patatán . . . Todos hablaban a tontas y a locas y había para todos los gustos. Aparenté no hacer caso, aunque eso me sacaba de quicio. Que la familia me hiciera el vacío, pase aún, pero que mis paisanos me despreciaran de esa manera, era el colmo. Eso me puso de pésimo humor, sentía honda amargura, y, lo confieso,

me descorazoné un poco. Chang Yuen-nien contable de la cooperativa y secretario de la Liga de la Juventud, que sin duda se había dado cuenta de mis tribulaciones, habló un día conmigo largo y tendido en estos términos:

—En el cumplimiento de tu trabajo no debes esperar sólo elogios. A veces hablarán mal de ti. Pero si estás firmemente decidida a cumplir tu tarea por el bien común, poco deben importarte los sofiones. Has de redoblar los esfuerzos. Tarde o temprano, la gente apreciará tus méritos . . .

Me habló de lo que era la cooperativa en los comienzos, cuando estaba aún en plena organización. Todo el mundo se burlaba, mas cuando empezó a funcionar, los que se habían burlado no dejaron de solicitar más tarde el ingreso.

Depués de esta conversación no pude pegar los ojos hasta muy avanzada la noche. En fin de cuentas, tomé la decisión de continuar mi trabajo, dijeran lo que dijesen mis convecinos. El no poder soportar que hablen mal de uno debe ser considerado como una forma de individualismo. ¿No lo cree usted así, querida maestra?

Continué, pues, mi faena con serenidad y poco después cesaron las murmuraciones.

Lo que me tenía continuamente preocupada era cómo criar bien los cerdos y cómo salvar con honor mi responsabilidad. A fuerza de reflexionar adquirí bien pronto la convicción de que había que arreglar la pocilga de una manera nueva, e higienizarla. Comprendía que si los cerdos seguían en ese estado, no tardarían en enfermar. Le comuniqué al tío Yun Shan mi propósito de limpiar bien aquello. Yo esperaba que aprobase mi plan con entusiasmo. Nada de eso. No se conformó con rechazar mi proyecto, sino que aún tuvo el descaro de decirme:

—Siempre he dicho que no estabas hecha para un trabajo como éste. ¿Quieres limpiar la pocilga porque no puedes acostumbrarte al olor, no es eso?

— El que yo me acostumbre o no a los malos olores no tiene importancia — respondí — Lo que importa es que los cerdos no continúen viviendo en tal suciedad. Cuando todo esté limpio, los animales correrán menos riesgo de atrapar alguna enfermedad.

— ¿No conoces el dicho «sucio como un cerdo»? ¿Cómo quieres «hi-gie-ni-zar-los»? ¡Tengo más de sesenta años y no había oído hablar nunca de higienizar a los puercos!

A continuación, pretendió demostrarme que los marranos, por naturaleza, aman la suciedad, y que la limpieza no estaba hecha para ellos.

Esta primera partida la perdí, porque no pude encontrar ningún argumento decisivo. Pero no me dí por vencida, pues estaba firmemente resuelta a convencer, tarde o temprano, al tío Yun Shan. Los siguientes días los pasé haciendo preparativos. En cuanto tenía un momento libre, iba a hojear los viejos periódicos de la cooperativa. Estaba segura de encontrar artículos que tratasen de la cría de cerdos. No tardé en encontrar un informe dedicado, precisamente, a explicar con todo detalle la higiene de las pocilgas. Llevé el periódico como un tesoro al tío Yun Shan, y le leí el artículo. El autor no sólo insistía en la importancia de la limpieza en las pocilgas, sino que citaba el caso de dos cooperativas, una de las cuales criaba los cerdos en condiciones higiénicas, mientras que la otra no se preocupaba en absoluto de eso. En la primera, de los cien cerdos que se cebaban no había enfermado ni uno en dos años; en la segunda, por el contrario, diez cerdos de setenta habían muerto de la peste. Cuando hube terminado la lectura del artículo, el tío Yun Shan masculló entre dientes:

—¡ Eso dicen también los periódicos!

— Lo que dicen los periódicos debe de ser verdad. Nuestros periódicos no engañan. — repliqué yo.

Luego meneó la cabeza añadiendo un «Pues sí» que me hizo comprender que sus convicciones estaban a

punto de venirse por tierra. Al verle en tan buena disposición, proseguí:

— Una pocilga bien limpia mejoraría la higiene de todo el pueblo. Hace mucho que los vecinos de las inmedaciones se quejan a la cooperativa.

— ¡Eso es cierto! ¡Están muy descontentos de la situación actual! — asintió.

Nuestra conversación duró aún un buen rato, y al fin nos pusimos de acuerdo en todos los puntos. Siguiendo las recomendaciones del periódico, decidimos que cuando estuviera la pocilga completamente limpia, acostumbraríamos a los animales a hacer sus necesidades, pequeñas y grandes, en lugares determinados, que limpiaríamos frecuentemente. Yo estaba tan contenta que casi saltaba de alegría.

Mas pronto me asaltaron nuevas preocupaciones. La pocilga era bastante grande y se habían acumulado tantas inmundicias que entre los dos ni con un mes de trabajo podríamos hacer una limpieza satisfactoria. Además, el tío Yun Shan era cojo y no podía hacer trabajos penosos. Tampoco se podía pensar en recibir ayuda de la cooperativa, pues todo el mundo estaba consagrado a sus faenas. No veía solución. Como último recurso fuimos a buscar al secretario Chang Yuen-nien y le explicamos nuestro plan y las dificultades que encontrábamos. Nos felicitó por nuestra idea y propuso recurrir a los miembros de la Liga, que podrían echarnos una mano en los ratos libres. Aquella misma noche, Chang Yuen-nien reunió al comité y planteó la cuestión. Todos los presentes aprobaron el plan. Dos de ellos, que vivían cerca de la pocilga y que habían sufrido molestias todo el verano, se mostraron entusiasmados.

La limpieza comenzó al día siguiente. Hacía una noche de luna. Mientras trabajábamos, yo enseñé nuevas canciones a los jóvenes que habían venido a ayudarme. La conversación era general; todo el mundo reía, trabajábamos con gran animación. Los primeros días, entre

los voluntarios no había mujeres, después varias muchachas ofrecieron también su concurso, y así, en cinco noches se acarreó el fango y todas las inmundicias a los estercoleros situados en las afueras del pueblo. Habíamos traído varios carros de tierra para nivelar el suelo y habíamos recubierto el interior de la porqueriza con paja limpia. Yo, con ayuda del tío Yun Shan, había lavado los puercos uno por uno en el río . . .

Ahora todo está terminado. Limpiamos la porqueriza dos o tres veces al día y la tenemos siempre perfectamente limpia. Hemos empezado también a enseñar a cerdos y lechones a hacer sus necesidades en un recinto especial . . . ¡Eso sí que es difícil! Se empeñan en no obedecer . . . y en cuanto descuidamos la vigilancia, ensucian todos los rincones. Pero no desespero; confío en que, con paciencia, lograré hacerles adquirir mejores costumbres.

En el pueblo todo el mundo se alegra de los cambios producidos en la pocilga. Los vecinos más próximos dicen con alegría: «¡Qué buena idea ha tenido Mei-mei!» En cambio, hay otros que continúan con sus sarcasmos y hacen reflexiones como las siguientes: «La escoba nueva barre bien», o: «¡Aunque de la pocilga se haga un palacio, no se transformarán los cerdos en príncipes!» Ni que decir tiene que Li Yü-ching es uno de esos dicharacheros.

En su última carta me pedía usted noticias de Chang Wei. Pues bien, después de volver al pueblo no ha salido de su casa. No quiere ver a nadie y se pasa todo el día encerrado sin dejar de gimotear. Sus padres, temiendo que caiga enfermo, le dan de comer cositas buenas. Hace poco he ido a hacerle una visita. Tenía mala cara, y los ojos hinchados y rojos como un tomate. He tratado de convencerle de que venga a trabajar a la cooperativa; me ha respondido moviendo la cabeza que no podía perder así su prestigio. Ha añadido que jamás habría pensado que yo aceptara el criar cerdos. Cuando

le he dicho que en cualquier cosa que se trabaje es en bien del país, me ha replicado con animosidad que ya sabía que yo tenía ideas más avanzadas que las suyas, pero que si quería vanagloriarme, me marchara con la música a otra parte. Indignada, me fui sin añadir palabra. Días después, Chang Yuen-nien y nuestro director fueron también a verle, pero no hay modo de convencerle de que trabaje. Hace poco he oído decir que había obligado a su padre a vender cincuenta kilos de trigo para poder pagar su viaje a Taiyuan, adonde ha ido a buscar colocación. Anteayer, su madre, enarbolando una carta que acababa de recibir de él, pregonaba a los cuatro vientos que su Chang Wei había encontrado «un empleo en el gobierno civil de la provincia». Leí la carta. En ella no se especificaba cuál era el empleo, lo cual no fue óbice para que mi padre y mi abuela manifestaran sin rebozo su envidia a la madre de Chang Wei y para que yo recibiera de rechazo el golpe . . . teniendo que sufrir nuevos sofiones. ¡Pero bueno, que hablen! Ahora ya no me importa. ¡Yo tengo mis planes!

Hasta pronto.
Su respetuosa alumna:
Jan Mei-mei
23 de agosto

Mi querida maestra:

¡Esté tranquila! Los pocos resultados que he obtenido en mi trabajo no me harán vanidosa ni engreída. Además lo que se ha conseguido no lo he hecho yo sola, y el mérito no es mío. He devorado virtualmente todos los libros que usted me ha enviado acerca de la cría de cerdos, y he leído incluso algunos pasajes al tío Yun Shan. Yo antes creía que el criar bien a los cerdos no tenía secreto. Los libros me demuestran, por el contrario, que eso exige un estudio muy profundo, y me doy cuenta de la insignificancia de mis conocimientos. ¡Resulta que

cebar a los puercos es una verdadera ciencia! ¿Quién hubiera podido imaginarse que su alimentación es tan complicada? El puerco necesita toda clase de materias nutritivas, calcio, fósforo, vitaminas. Hasta ahora los alimentábamos únicamente con salvado de soja. Cuando no había bastante, añadíamos unos pocos cereales de mala calidad y nada más. Así no sólo derrochábamos precioso grano, sino que los animales estaban mal alimentados. Ahora hemos mejorado su alimentación. Además de los restos de salvado, les damos plantas y hierbas silvestres, carozos y cáscaras de sandía. Ya no derrochamos comestibles.

Estos cambios no se han conseguido sin dificultades. El tío Yun Shan era el primer escéptico. Me decía riendo:

— Mei-mei, ¿no pueden pasar dos días sin que inventes algo nuevo? ¿Dónde has visto que se alimente a los cerdos con tallos de plantas secas? . . .

Yo le explicaba que en otros sitios se habían hecho pruebas concluyentes, pero no se convencía y añadía con malicia:

— Esa nueva idea, seguramente, la has sacado también de los periódicos ¿no es cierto? Está mal que no creas lo que dicen los periódicos, pero tampoco debes creerlo todo. Los cerdos no son herbívoros: fíjate bien en lo que te digo. Echales de comer hierbas, y no las tocarán.

— Pero, tío Yun Shan, les gustan algunas hierbas; yo ya he hecho la prueba. Si no lo crees, ven y verás.

Yo sabía que el buen viejo no creía nada que no hubiera visto con sus propios ojos. Por eso había tenido la precaución de hacer algunos ensayos preliminares. La víspera había recogido una brazada de hierbas escogidas por mí. Se las había echado a los puercos, que las habían devorado materialmente, riñendo entre ellos por ver quien comía más. Había guardado de intento unas cuantas para hacer una demostración al tío Yun Shan. Este no creía lo que estaba viendo. Quedó sin duda convencido, pero pasó un buen rato sin decir palabra. Al fin murmuró:

— ¡Son tantos cerdos! Ni diez hombres darían a basto para recogerles la diaria porción.

Ese era el quid de la cuestión. Fui a exponer el problema al director de la cooperativa. Elogió mucho mi hallazgo y me tranquilizó diciendo:

— Precisamente, nos falta pienso para los cerdos; tu idea es espléndida.

Y propuso a los miembros de la cooperativa que al volver del campo trajera cada uno un poco de hierba.

Por mi parte, yo iba todos los días por los caseríos recogiendo los desperdicios de las legumbres y otros residuos que pudieran servir de alimento a los cochinos. Pronto, los campesinos cogieron la costumbre de traernos ellos mismos las sobras. El viejo Wu De-jou, especializado en el cultivo de las sandías, tomó la iniciativa de recoger las cáscaras, y todos los días, a la hora de ir a comer, nos las traía. Se decidió que en otoño la cooperativa plantara nabos y repollos en las tierras baldías que aún le quedan.

Gracias a todos esos esfuerzos, la cría de cerdos ha mejorado mucho. Todo el mundo asegura que se nota a simple vista como engordan, sobre todo desde hace un mes.

Ha aumentado también la cantidad de animales. Hace unos días una cerda ha parido doce lechoncillos. ¡Son tan monos, parecen bolitas de terciopelo blanco! Sólo con verlos se les toma cariño, ¡y no digamos cómo nos hemos encariñado con ellos el tío Yun Shan y yo!. Cuando nacieron, los lavamos con agua tibia. La madre no tenía bastante leche para toda la camada, así es que hemos tenido que sobrealimentarlos dándoles papillas a biberón. Por miedo a que la cerda, dormida, los aplaste, hemos velado por turno varias noches. La primavera pasada, una cerda aplastó a cuatro lechones cuando dor-

mían. ¡Vaya pérdida! No queremos que eso vuelva a ocurrir otra vez.

Poco antes de la fiesta del otoño hemos matado un cerdo bien cebado para repartirlo entre los miembros de la cooperativa. Cuando he visto morir al animal que yo había criado, se me ha encogido el corazón.

Era ridículo, pero superior a mí. Claro que si los cerdos no se emplean para el consumo ¿para qué cebarlos?

La sección de transporte de la cooperativa ha ido no hace mucho al mercado de Taiyuan a vender cinco de nuestros mejores cerdos. Con ese dinero se ha comprado una alijadora que estaba haciendo mucha falta. Este año se ha plantado mucho más algodón que el año pasado, y las máquinas que teníamos no bastan. A su regreso, los de la sección de transporte nos dijeron que habían encontrado en la ciudad a Chang Wei. Ahora sabemos que nuestro joven inconsolable se había colocado de oficinista en el gobierno civil de la provincia. Actualmente, trabaja de obrero en una fábrica. Ha dejado su primer empleo por parecerle sin porvenir. También opina que estar al servicio de otro no es nada brillante. Estos días su madre va de puerta en puerta haciendo arrumacos.

—¿Sabe usted —dice— que mi Chang Wei ahora es obrero? Hoy día los obreros son personas de peso. ¡Digo! Ellos son los que nos dirigen.

Querida maestra: por mi parte ahora estoy convencida de que en cualquier oficio lo primero es colocarse, después, cuanto más ponga uno de su parte, más satisfacciones encuentra. Así, yo estoy muy satisfecha de mi trabajo. Mis paisanos no me desprecian ya. Incluso Li Yü-ching ha dejado de burlarse de mí. Me han comunicado que en el pueblo dice a menudo: «En nuestra época hacen falta conocimientos para cumplir bien cualquier tarea; con un poco de saber incluso la cría de cerdos resulta mejor».

Los campesinos de nuestro pueblo que tienen cerdos

vienen a menudo a consultarme a ver que hay que hacer para cebarlos bien. Yo les leo artículos acerca de esta cuestión, publicados en los folletos de que disponemos. Esta mañana, una campesina del pueblo de Shuangjo ha venido a verme y me ha pedido que le exponga mis experiencias de criadora de cerdos. ¡Qué «experiencia» tengo yo, vamos a ver! Si hemos cebado bien nuestra piara es porque hemos aplicado los métodos científicos de cría. Estos métodos están en los libros, en los periódicos, yo no los he inventado. La campesina ha insistido tanto que por fin el tío Yün Shan y yo le hemos hablado de la cría de los cerdos toda la mañana. Antes de marcharse nos ha confesado que el verano pasado perdió tres cerdos y cinco lechones, muertos por enfermedad. Nos aseguró que pondría en práctica nuestros consejos en cuanto volviera a su pueblo.

Respetuosamente, su alumna:
Jan Mei-mei
30 de septiembre

Mi querida maestra:

Hace mucho que no le he escrito. Estos días los miembros de la cooperativa están afanadísimos con la recolección. Se marchan al campo antes del amanecer y no vuelven hasta la caída de la noche. Ya no hay nadie que nos eche una mano en la recogida de hierbas para nuestros animales. El tío Yün Shan y yo tenemos que llevar cada día los gorrinos a los campos de donde se acaban de sacar las batatas y los ñames. Los marranos hozan buscando los tubérculos que han quedado en la tierra. Además, tenemos que cuidar dos nuevas camadas de lechones; y cada vez son más los visitantes que se interesan por nuestros métodos de cría. El tío Yün Shan y yo estamos tan atareados que a veces apenas si tenemos tiempo de comer.

Ahora ya se ha recogido la cosecha. Anteayer por la noche, los miembros de la cooperativa celebraron una

asamblea general. En la reunión se eligió a cinco trabajadores modelo. Yo fui de los elegidos, lo que me causó gran emoción. ¿Qué tengo yo de trabajadora modelo, mi querida maestra? No estoy bastante satisfecha de mi trabajo. Sólo he adquirido algunos conocimientos muy rudimentarios acerca de la cría de los cerdos. ¡Aún tengo tanto que aprender, tanto que debería haber hecho y que no he hecho! Los miembros de la cooperativa no han dado su brazo a torcer y se han empeñado en elegirme. ¡Oh! Yo ya sé lo que significa su elección. Han querido simplemente alentarme a trabajar bien para que me haga experta en este trabajo, tan importante para el campo chino. De todas formas ¡qué honor para mí!

La cooperativa ha hecho ya el balance de sus ingresos. Tengo en mi haber más de setenta jornadas de trabajo y me han dado más de quinientos kilos de cereales. ¡Querida maestra, qué alegre acontecimiento! Eso lo he ganado con mi propio trabajo. Hace poco vivía aún a expensas de mis padres, ahora voy a mantenerme con mi esfuerzo personal.

Mi padre por el año entero no tiene más que un centenar de jornadas de trabajo.

Por cierto, en mis dos últimas cartas no le he hablado de mi padre. Permítame que repare el olvido. Desde que empecé a trabajar de porqueriza, como ya le dije en cartas anteriores, mi padre no me había escatimado reprimendas. Después que el secretario de la Liga de la Juventud y el presidente de la cooperativa le hubieron leído la cartilla, dejó de regañarme durante todo el día, pero no me ocultaba su mal humor. Seguía descontento de todo, tenía siempre el ceño fruncido, y a veces no iba al campo y decía a mi madre que no tenía ganas de nada, que no tiene en su vida ninguna esperanza. Recuerde usted que había puesto muchas esperanzas en mí y que se decepcionó terriblemente al verme trabajar de porqueriza. . . Así es que no ocultaba su desaliento y se pasaba en casa días enteros incubando una sorda cólera.

Antes no bebía, ahora le da por el alcohol. Cuando está borracho, la emprende con la vajilla o duerme tardes enteras con la cabeza bajo la manta. Casi todo el tiempo me rehuye y no me dirige la palabra. ¡Querida maestra, si supiera usted qué desgraciada me hace todo eso! No obstante, procuro soportarlo con la mayor entereza. Estos últimos meses he llegado a no ir a mi casa, a la que tanto cariño tengo, mas que a dormir y a comer. En ocasiones siento gran lástima de mi padre, lástima de que conserve tan profundos vínculos con la vieja sociedad. Aunque es campesino, desprecia el trabajo manual. ¡Qué insensatez! Pese a todo, no pierdo la esperanza de que algún día vea claro.

Como ya he dicho antes, en la cooperativa tuvimos una gran asamblea. Mi padre no fue; mi madre volvió a casa antes que yo. A mi regreso, cuando iba a entrar en casa, oí hablar en estos términos:

—¿Sabes cuántos cereales ha recibido nuestra Mei-mei por su trabajo? ¡Más de quinientos kilos! ¡Pronto te va a dejar atrás!

Mi padre no respondió nada, pero mi abuela exclamó asombrada:

—¿Qué? ¿Más de quinientos kilos? ¡Nunca lo hubiera creído!

Mi madre continuó:

—En todo el pueblo ya no hay quien diga que nuestra Mei-mei es una inútil. Todo el que encuentro me dice que «cuando se tiene instrucción no se hacen las cosas como todo el mundo». En todas partes se pone de ejemplo a nuestra hija. En la reunión, Mei-mei ha sido elegida por unanimidad trabajadora modelo.

Cuando entré en la habitación, mi padre aún no había despegado los labios. Estaba sentado delante de la cama y fumaba su pipa con la cabeza baja.

—Padre —le dije— quisiera vender un poco de grano para comprar dos cerditos blancos. Podemos cebarlos sin que nos cueste mucho.

— Si quieres comprar cerdos, cómpralos — respondió — el grano es tuyo: tú lo has ganado.

Lo dijo sin mirarme, pero su voz me pareció menos brønca.

— Todo lo que poseemos es de la familia — repliqué — ¿cómo voy a disponer de ello sin tu permiso?

Sin perder un momento, mi abuela metió baza:

— ¡Es un buen negocio! Los cerdos crecerán de prisa y podremos cambiarlos por doscientos o doscientos cincuenta kilos de cereales, lo menos.

En ese momento, entró el director de la cooperativa. Estaba radiante y exclamó:

— Mei-mei, me invitarás, ¿eh? Para celebrar un acontecimiento así no te quedarás corta, ¿verdad?

Yo estaba un poco asombrada. No sabía adónde iba a parar. Mis padres también parecían preguntárselo.

El director continuó:

— Acabo de recibir la orden de enviarte inmediatamente a la cooperativa de Estado del distrito. Vas a estudiar la cría científica de cerdos.

Añadió que debía marcharme en el plazo de dos días. Estaba tan contenta, que hubiera saltado de alegría. Una sonrisa iluminó los rostros de mi madre y de mi abuela, pero mi padre permaneció impasible. Luego, lentamente, volvió sus ojos hacia mí. Vi brillar en ellos dos lágrimas que corrieron silenciosas por sus mejillas.

Jamás había visto llorar a mi padre. Eso me conmovió hasta lo más profundo de mi ser. Entonces me dijo dando libre curso a la emoción que le embargaba:

— ¡Mei-mei! ¡Perdóname! Tu. . .tu padre te ha ignorado. . .todos. . .todos estos meses. . .

No pudo decir más. Yo sabía lo que quería decir. Se me hizo un nudo en la garganta. Rompí en sollozos.

Nada hay más contagioso que el llanto. Mi madre, que en cuanto ve llorar a alguien no puede contener las lágrimas, unió las suyas a las nuestras. Mas en medio de

ese concierto de sollozos, se apoderó de nosotros una alegría inefable.

¡Yo me sentía completamente feliz!

Hoy he comenzado los preparativos de viaje. En el trabajo me ha sustituido Chiu Yü-o, nuestra vecina de enfrente. Los miembros de la Liga se han reunido esta tarde para redactar el certificado que va a darme el comité. Todos me han deseado suerte en mi nuevo destino. Yo les he prometido esmerarme todo lo que pueda. No seré ingrata con mi país, que me proporciona la dicha de aprender.

Al volver en grupo de la reunión, hemos encontrado en la calle a Chang Wei que regresaba de Taiyuan. Le hemos estrechado calurosamente la mano, y con mucha alegría, uno de nosotros ha dicho:

— ¡Nuestro hermano mayor, nuestro obrero, viene de la ciudad! ¡Al menos nos contarás cómo se trabaja en las fábricas!

Chang Wei no respondió nada y se fue a su casa. Poco después supimos que se había marchado de la fábrica. El trabajo le parecía sucio, abrumador, y se quejaba de falta de libertad. Se había despedido y decía que prefería volver al trabajo de la tierra.

A él las montañas que están enfrente le parecen siempre más altas y más hermosas que aquella en que él se encuentra. ¡Cuánto desprecia el trabajo manual! Esa mentalidad es lamentable. El comité de la Liga de la Juventud se propone ayudar a Chang Wei a extirpar de su mente esa peligrosa manera de pensar.

Mi querida maestra, marcho mañana. Después de que me instale, le escribiré de nuevo.

Respetuosamente, su
Jan Mei-mei
12 de noviembre por la noche.

Leí todas estas cartas de un tirón. Experimentaba la impresión de tener ante mis ojos a Jan Mei-mei y no

podía por menos de sentir por ella un profundo respeto. A imagen de su maestra, Lü Ping personificaba el valor y la constancia. Ambas sabían luchar contra las dificultades.

Lü Ping entró corriendo y me dijo sofocada:

—¿Qué? ¿Has leído las cartas? ¿Qué te parecen? ¿Te pueden servir para un relato?

—No tengo por qué perder el tiempo transcribiéndolas, le respondí. Estas cartas están muy bien escritas. Voy a enviarlas tal y como están para que las publiquen. Hace falta que todos los jóvenes sepan que el éxito y los honores no se adquieren simplemente alargando la mano.

Junio de 1954.

Mamá Wang

por Luo Bin-chi

I

En la abrupta región del Sur de Shanglung hay una colina no muy elevada, pero que goza de gran fama: se le llama la montaña Julung.

Es la colina más pequeña de aquellos contornos. Las demás, así las que se alzan aisladas como las emparejadas, se divisan desde la ciudad de Feisien a diez kilómetros de distancia. La colina en cuestión queda escondida detrás de una extensa montaña, cuya cima truncada forma una meseta, y desde ella hay que descender hasta el fondo de un valle en forma de cubeta para llegar al pie de la primera.

Antes, la montaña Julung era famosa por la buena organización y la valentía de sus milicianos. Antes del aplastamiento de los contrarrevolucionarios, ningún bandido se atrevía a aventurarse por sus vertientes, los propios lobos no osaban penetrar en sus bosques de azufaifos. En invierno, cuando se veía en el pueblo situado al Sur de la montaña, o al Norte, en el fondo del valle donde se celebraba el mercado, a un miliciano con una escopeta de caza al hombro y un zorro en la mano, no había que preguntarle de dónde venía: seguro que de la montaña Julung.

La actual fama de Julung se debe a la excepcional valía del equipo de ayuda mutua de Valle de la Gran Roca y a la prosperidad de sus habitantes; allí hay muchos más rebaños de cabras que en los pueblos vecinos y las cosechas son las mejores del distrito. Durante el

invierno del año 51, el equipo de ayuda mutua construyó un edificio para la guardería infantil, a fin de que los padres pudieran dejar en ella a sus hijos cuando los trabajos del campo estuvieran en pleno apogeo. Eso contribuyó a aumentar la fama de la montaña Julung. Algunos fueron diciendo por el valle que la guardería era tan bonita como las casitas de los cromos, otros dijeron que se había construido con mucho más esmero que la iglesia católica del pueblo situado al sur de la montaña.

En realidad, la guardería construída por el equipo de ayuda mutua era una casa de dos habitaciones nada más. Las paredes son de grandes piedras blancas en la base, y en lo alto, de ladrillos rojos artísticamente colocados formando dibujos. La fachada sur tiene grandes ventanales. Aunque el techo es de paja, hay que reconocer que es uno de los edificios más hermosos de aquellos contornos.

II

Los del valle admiran la guardería de la montaña Julung, y en cuanto se habla de ella, los aldeanos de las inmediaciones entonan un coro de alabanzas a la directora, Mamá Wang.

Todos los que pasan por Valle de la Gran Roca para ir al mercado, conocen a Mamá Wang. Siempre se la ve rodeada de un tropel de chiquillos, como la gallina de sus polluelos. En primavera les hace jugar bajo las grandes sóforas y en verano los lleva al bosque a recoger setas. Cuando alguno de los chicos intenta alejarse, lo llama en seguida; sus constantes llamamientos recuerdan realmente a los de la gallina que reúne a sus pollitos.

Los que ven a los niños dicen que parecen sacados de una estampa de Año Nuevo. Hasta las piezas que llevan en las zapatillas están puestas con tanta originalidad como si se tratara de una obra de arte. Mamá Wang lava las

camisas y los pantalones de los pequeños todas las noches. Eso no entra en sus obligaciones, pero ella lo hace porque es trabajadora, tiene a honor cumplir bien su tarea y quiere a los niños.

Cuando un chico llega llorando a la guardería, Mamá Wang no para de hacerle preguntas:

—¿Quién te ha pegado? ¿Por qué?

Y muestra tal desagrado que a la madre del chiquillo no le queda más remedio que disculparse. Así es que a sus espaldas dicen que Mamá Wang más que directora de una guardería es una abuela chocha.

Ni que decir tiene que todas las mujeres del equipo de ayuda mutua sienten profundo respeto por Mamá Wang. Cuando van por peras al huerto, cortan algunas más para ella, y en los días de fiesta le guardan siempre su parte de los panes que cuecen al vapor. «Para que los pruebe», dicen.

Naturalmente, se encargan también de molerle el trigo y de llevarle agua.

Mamá Wang dice a menudo:

—Con la bondad se ganan los corazones. El equipo de ayuda mutua hace honor al Presidente Mao. Ha sido bueno para mí, una pobre viuda sin familia, así es que yo quiero hacer todo lo que pueda por los niños de la guardería.

Mamá Wang tiene cerca de sesenta años, pero conserva una buena dentadura y su risa es clara como la de una mujer joven. Lleva grandes aros en las orejas, parecidos a los llamadores de las puertas, que tintinean a cada uno de sus movimientos. Tiene el pelo todo blanco, el rostro surcado de arrugas, pero sus ojos son como dos lagos perdidos entre las rocas. Son claros, límpidos, jóvenes, llenos de vida. Podría compararse a una flor bien abierta o a un árbol cubierto de su follaje estival.

III

La cara y los ojos de Mamá Wang han adquirido esa nueva expresión desde que ingresó en el equipo de ayuda mutua. Parece haber rejuvenecido desde que vive de su trabajo.

Antes era muy distinto. Al hablar, no se atrevía a levantar la cabeza: parecía una hierba otoñal seca, helada por la escarcha. Sus ojos negros, apagados y sin vida, se parecían a los de las estatuas pintadas. Desde la muerte de su marido, es decir, desde hacía trece años, se la veía siempre vestida con la misma ropa. Verano e invierno llevaba un traje negro muy remendado, compuesto de dos piezas: chaqueta guateada y pantalón forrado.

Sus únicos bienes eran dos *mu* de tierra poco fértil entre los campos en terraza que cubrían la ladera de la montaña. No tenía más familia que una hija casada que vivía en Pueblo de la Secoya. Su yerno, en primavera y en otoño, venía a ararle la tierra y a acarrearle la cosecha. Para la labranza llegaba con el arado al hombro tirando del buey; para la cosecha recorría los tres kilómetros y medio de camino empujando su carretilla, pues el marido de Mamá Wang, cuya ocupación accesoria había sido la de vendedor de azufaifas, le había dejado por toda herencia cuatro grandes cestos vacíos. Hasta para echarle pienso al buey de su yerno durante los días de labranza, Mamá Wang tenía que recurrir a la caridad de sus vecinos.

Su yerno venía a labrarle la tierra después de haber terminado de sembrar la propia, por eso en todos los campos de Valle de la Gran Roca apuntaban ya los brotes, cuando en el suyo sólo empezaba la siembra. Las demás familias escogían la época y el tiempo más favorables para trabajar sus campos, mientras que el suyo dependía de la buena voluntad de otros, de que hubiera un buey disponible. . . y ¡la naturaleza no es clemente con quien

no respeta sus leyes! Por mucho que trabajase después Mamá Wang, su cosecha no igualaba ni siquiera en peso a la cosecha de caquis secos de dos árboles, y por mucho que economizara, cuatro meses del año por término medio tenía que vivir a expensas de la familia de su hija.

Flor de Canelo, la hija de Mamá Wang, era muy capaz: inteligente, diestra, bordadora primorosa; aventajaba en todo a sus cuñadas. Su suegro la tuvo en gran estima hasta el día en que Mamá Wang, después de la muerte de su marido, fue a pedirle prestado el buey y pasó en su casa meses enteros. Era un hombre muy avaro. En cuanto Mamá Wang se iba a vivir con ellos, no compraba aceite para guisar ni para las lámparas, y Flor de Canelo se pasaba las noches bordando montones de almohadones y de zapatillas para poder comprar con su peculio lo que en la casa faltaba. Además, estaba siempre alerta temiendo que su madre cometiera cualquier torpeza que les acarreara ásperas reprimendas. Cuando la estancia de su madre se prolongaba, observaba a hurtadillas la expresión de su suegro y se esforzaba por complacerlo para granjearse sus mercedes.

Mamá Wang, que tampoco era tonta, se daba perfecta cuenta de los apuros de su hija, por eso no iba a su casa más que en el último extremo, cuando ya no tenía ni hierbas silvestres que comer. En casa de los suegros de su hija, trabajaba sin descanso: por el día, con su nieta Perfume a la espalda, iba por leña al monte, y por la noche lavaba la ropa, cortaba el heno y echaba de comer a los animales. Una vez, por exceso de fatiga, le dio un lumbago, pero dijo que no era nada, un simple enfriamiento. El suegro de Flor de Canelo la ignoraba; podría creerse que era ciego y sordo, no la miraba ni le hablaba en ninguna circunstancia.

A veces, Mamá Wang preguntaba a Flor de Canelo:

—¿En qué piensas? ¿No será mejor que me vaya otra vez a Valle de la Gran Roca?

—¿Y cómo vas a arreglártelas allí?

— Es verdad, voy a quedarme unos días más. Hablaremos de mi marcha cuando llegue la época de segar el trigo.

— Sí, quédate — decía Flor de Canelo suspirando. Y bajando la voz preguntaba:

— ¿Qué pasa? ¿Es que te ha dicho algo el abuelo de Perfume?

— No, no me ha dicho nada — respondía Mamá Wang suspirando también. A veces añadía:

— ¡Parece tan descontento últimamente!

— Es por la sequía, hace mucha falta que llueva. Además, el viejo es así, no es muy locuaz.

Demasiado sabía Flor de Canelo por qué estaba enfadado el avaro de su suegro, pero no quería disgustar a su madre.

Li Pequeño Tigre, el marido de Flor de Canelo, tenía un carácter opuesto al de su padre. Era un robusto mocetón y se le distinguía en seguida entre la muchedumbre porque aventajaba en estatura a los más altos. Era muy franco y hablaba con el corazón en la mano.

— Abuela de Perfume, — decía con frecuencia — no vuelva a su casa, quédese un poco más. Sólo con lo que cazo bastaría para sustentarla.

Le gustaba cazar y escalar las montañas, pero no cultivar la tierra, por eso hablaba siempre de los dos *mu* de su suegra con cierta impaciencia.

— Un trozo de tierra en lo alto y otro en un hoyo, ¡no es muy cómodo cultivar un campo dividido así!

Fácil es imaginarse los sentimientos de Mamá Wang en aquella época. Cuando se le habla de aquellos malos tiempos dice:

— ¡Si no hubiera tenido tanto apego a mi hija y a mi nieta, ya estaría podrida a estas horas la cuerda con que me hubiera ahorcado! ¡Nada podía esperar de la vida!

*

Durante la reforma agraria, el suegro de Flor de Canelo le habló por primera vez. Le dijo muy en serio:

— Cuando vuelva a Valle de la Gran Roca ¿va usted a pedir tierra? ¡Piénselo bien! No tiene a nadie, ni buey siquiera ¿cree que basta con poseer tierra para recoger la cosecha?

Mamá Wang se echó a reir.

— Aunque no pida más tierra, de todas formas quiero recuperar los dos *mu* de árboles frutales que pertenecieron a la familia Wang durante muchas generaciones, y que el terrateniente nos ha robado con su extremada usura. ¡No voy a vivir siempre a expensas de usted!

Al decir esto, sus ojos brillaban de cólera, y para sus adentros pensaba: «¿Crees que no podré prescindir de tí para cultivar mi campo?».

Desde el día en que se repartieron las tierras, no volvió más a Pueblo de la Secoya, y no porque estuviera enfadada con su consuegro, sino por que era de la Asociación de Mujeres y tenía tanto que hacer que apenas le quedaba tiempo para respirar. Tenía que asistir a las reuniones, hacer alpargatas para el ejército y cuidar a los niños de los jóvenes que le trabajaban sus tierras.

Le habían dado ocho *mu* de campos formando terrazas, cuatro *mu* de árboles frutales, cinco cabras y dos ovejas, y mientras cuidaba de los niños, el equipo de ayuda mutua le cultivaba las tierras y le cuidaba los animales. Ella pagaba estos servicios con bonos que recibía como salario, y siempre le sobraban todavía algunos.

Ahora suelen decir que Mamá Wang es dichosa porque vive con holgura, pero no es ésa la verdadera causa de su felicidad.

Es dichosa sobre todo porque puede pagar con el fruto de su trabajo el que otros hacen por ella, y ya no tiene que pedir como un gran favor que le presten un buey, ni suplicar que tengan a bien cultivarle su campo. Y además, sus ocho *mu* de tierra están cubiertos de plantas tan altas, espesas y hermosas como los de las familias más acomodadas del pueblo. ¡Ahora sí que lleva la cabeza bien alta! Este nuevo género de vida le va tan bien que

parece tener cada vez más energías. En su júbilo hay también su piquito de orgullo. El día de la apertura de la guardería infantil, declaró ante todos:

— Mi corazón ha echado raíces en Valle de la Gran Roca, en nuestro equipo de ayuda mutua. Tomo por testigo a esta imagen del Presidente Mao de que yo, pobre vieja, cuidaré a vuestros hijos con el mismo esmero con que vosotros cultiváis mis campos. Velaré por ellos como por mi propia nieta. Prometo no hacer ninguna diferencia entre ellos, pues todos son hijos de nuestro equipo.

Esta promesa la ha cumplido, y así es como se ha ganado el respeto de todos, en su aldea y allende.

IV

Un magnífico día de otoño, recogida ya la cosecha, Mamá Wang, la directora de la guardería infantil, pidió dos días de permiso y fue a visitar a su hija a Pueblo de la Secoya. Para la siega del trigo, Flor de Canelo mandó decir a su madre que había tenido un hijo. Mamá Wang se asombró al pensar que hacía ya tres años que no había salido de Valle de la Gran Roca. ¡No había pensado en su nietecita Perfume en todo el año! El cariño a su hija parecía haberse enfriado y, sin embargo, no tenía más hijos que ella.

La noticia de que su hija había dado a luz le llegó en el momento en que el equipo se dedicaba a exterminar los insectos; no había podido moverse de allí y se había contentado con enviarle dos libras de fideos y un cesto de huevos. Se dijo: «Iré a verla después de la siembra de verano». Mas después de la siembra había hecho falta cavar un pozo para luchar contra la sequía, y la guadería infantil estaba siempre llena. Cuando un equipo había terminado, empezaba otro. Ahora que ya se había recogido la cosecha, las madres podían al fin ocuparse de sus hijos.

La víspera, Mamá Wang había hecho cocer al vapor panecillos de harina blanca. Con motivo de esta visita, había encargado que le comprasen en el mercado una gran envoltura de tela roja. Era la primera vez en veinte años que llevaba regalos a su hija, por eso recubrió el cesto de mimbre de tela roja con cierta solemnidad. Luego se puso la chaqueta de algodón azul que había estrenado el día de Año Nuevo. La madre de Granja Llena le decía en broma:

— Mamá, cuanto más envejece usted, más presumida se vuelve.

Ella replicó, no sin cierta ironía:

— Desde que murió el padre de Flor de Canelo, he llevado trece años seguidos la misma chaqueta negra, que no hacía más que romperse, y yo, remendarla, así es que ahora aborrezco lo negro.

Y como si esta salida la hubiera liberado de toda la tristeza acumulada en su alma durante años enteros, había hecho un guiño malicioso y se había echado a reir.

*

Valle de la Gran Roca estaba enclavado, como un nido de urracas, en la cumbre cóncava de la montaña Julón. Desde esa concavidad no se veía más que un pedazo de cielo, tan bien delimitado que se creería uno en el fondo de un pozo. En torno del pueblo había huertecitos de árboles frutales. Mamá Wang ascendió a través de un bosquecillo de azufaifos y llegó a lo alto de una escarpa desde donde pudo contemplar a sus pies una gran extensión rocosa. Un rebaño de cabras blancas pastaba la hierba que crecía en las grietas de las rocas.

— Buenos días, Mamá Wang — le gritó el pastor sentado sobre una roca.

Era el padre de Hucha Llena, antiguo guerrillero que había recibido una herida en una pierna. Tenía en los brazos un corderillo recién nacido.

— Buenos días — respondió Mamá Wang sonriendo — ¿De quién es ese corderillo?

— Suyo.

— ¿De verdad? — exclamó muy contenta — No sé cómo darle las gracias por haber cuidado tan bien a mi oveja que no ha tenido enfermedad ninguna durante la preñez.

— Las gracias déselas a la oveja por su corderillo. Además, si yo cuido a su oveja como corresponde, también cuida usted con esmero a nuestro niño. Hucha Llena no ha estado enfermo ni un sólo día en dos años. ¡Ni siquiera ha tenido los ojos malos! ¿Qué, va usted a Pueblo de la Secoya?

— Sí, hace ya tres años que no he ido por allá — replicó — Los que me conocen saben que es porque no he tenido tiempo, pero los que no me conocen dicen que es porque desprecio a la familia de mi yerno, desde que vivo holgadamente.

— Ahora vive usted mucho mejor que antes. Debería decirle a su hija que viniera a pasar una temporada en su casa con los niños. Hace más de diez años, desde que se casó, Flor de Canelo no ha venido al pueblo ni una sola vez; seguramente, si la viera no la conocería.

— Si, pero si traigo a casa a mi hija y a mis nietos ¿quién se ocupará de ellos mientras yo esté en la guardería? ¡No voy a abandonar a los niños de la guardería para ocuparme de mi familia! Más vale esperar a que lleguen las fiestas de Año Nuevo: entonces estaré libre.

Mientras hablaba, levantó en peso al corderillo.

— No pesa cinco libras — dijo.

— Pesa más de seis — afirmó el ex-guerrillero.

— Hucha Llena es ya mayor. ¿Irá a la escuela en invierno? — prosiguió Mamá Wang.

— ¿Para qué va a ir a las clases de invierno? ¡Un niño campesino! — replicó el padre.

A Mamá Wang no le gustó esta respuesta.

— ¿Cómo no desecha esas ideas tan rancias? Más adelante nuestro equipo de ayuda mutua se transformará en cooperativa y seguiremos el camino del socialismo. Hay que pensar en el porvenir del niño: no me parece bien su opinión.

El padre de Hucha Llena se echó a reir.

— ¡Ya veremos al año que viene! — dijo.

— Eso ya es otra cosa — dijo Mamá Wang —; será ya un poco mayor y podrá estudiar sin fatigarse demasiado. Hay que procurar que no caiga enfermo.

Mamá Wang prosiguió su camino. Iba pensando que tenía cinco cabras, dos ovejas, un cordero de un año y otro recién nacido. La próxima vez que fuera a Pueblo de la Secoya llevaría una oveja a su hija; la oveja tendría crías y eso sería un pequeño capital del que podría disponer Flor de Canelo.

Pueblo de la Secoya está situado en la vertiente sur de la montaña Julung. Los habitantes de esta parte de la montaña van al mercado del pueblo enclavado en la llanura, mientras que los de Valle de la Gran Roca y los de la vertiente norte de la montaña van al mercado de un pueblo que se encuentra en el fondo del valle. La ladera meridional de la montaña pertenece a la jurisdicción del distrito de Yi, y la ladera septentrional, a la del distrito de Fei. Por eso, aunque hay menos de cuatro kilómetros de Valle de la Gran Roca a Pueblo de la Secoya, a los vecinos de ambos pueblos no se les presenta oportunidad de encontrarse. Mamá Wang se preguntaba qué habría pasado en el pueblo de su hija en los últimos tres años; habría querido saber cómo vivía Flor de Canelo, si el suegro de ésta era igual de desabrido; si la nietecita seguía teniendo tan excesivo apetito. La sacó de sus reflexiones Resistencia al Japón, el niño mayor de la guardería. Tenía seis años y no pensaba más que en jugar; le gustaba trepar a los árboles y se daba buena maña para cazar pajaritos. Al ver a Mamá Wang, dejó a su abuelo, con el que había ido a recoger cacahuetes, y se empeñó en llevarle el cesto hasta la salida de la excavación rocosa en que está enclavado el pueblo.

Cuando llegaron a la vertiente meridional de la montaña, el cielo pareció ensancharse de repente. La sombra de la montaña se extendía sobre una inmensa llanura en la que los altos pinos parecían hongos, y los ríos centelleaban al sol. A Mamá Wang se le ensanchó el alma contemplando este panorama. Prometió a Resistencia al Japón que a la siguiente primavera llevaría a los niños de la guardería al bosque que había allí, a recoger *juang-jua.* Luego, después de haber recomendado al niño que no se estuviera jugando en la ladera, y volviera en seguida a ayudar a su abuelo, le dió un panecillo de harina blanca y se hizo de un tirón el recorrido hasta Pueblo de la Secoya. Los cuatro kilómetros le parecieron reducidos a la mitad. ¡Cómo habían crecido los majuelos en esos tres años! Se fijó en que algunos jorfes de los campos en terraza, que había visto derruídos durante veinte años, habían sido reparados. Eso demostraba que los equipos de ayuda mutua de otros pueblos trabajaban bien, igualmente. No tardó en divisar tras de una aglomeración de rocas enormes, en mitad de la ladera de la montaña Julung, la secoya que daba su nombre al pueblo.

V

Mamá Wang penetró en el patio circundado de un muro de piedra. En el interior todo era calma; el gallo de roja cresta estaba en lo alto de la muela, de pie en una pata, mientras las gallinas, refugiadas bajo el cobertizo, se calentaban al sol. Flor de Canelo y sus cuñadas habían ido a una reunión, el único que estaba en casa era su viejo consuegro, el cual, acurrucado en un rincón del patio, componía los arneses. A Mamá Wang le pareció que la muela y el muro no habían cambiado, pero el patio lo encontró más pequeño que hacía tres años. como si lo hubieran achicado.

Cuando el viejo Li reconoció a Mamá Wang, en su rostro se reflejó alegre extrañeza. La acogió calurosamente y la trató como a una persona de nota.

De una ojeada, Mamá Wang vió que su consuegro no había envejecido, pero parecía haber menguado algo de estatura. También se fijó en que tenía rota la chaqueta por los codos, y los pantalones, negros, tenían una gran pieza azul. De ello dedujo que seguía siendo tan avaro como antes, y su nuera no le cuidaba muy bien.

—Querida pariente, ¿para qué nos trae regalos como si fuéramos extraños? —dijo el viejo Li—El verla por aquí ya es una satisfacción.

—¡Oh, no traigo más que unos panecillos! —respondió Mamá Wang —¿Cómo han pasado estos tres años?

—Bien—repuso el viejo—¿cómo voy a decir otra cosa? —dio un suspiro —Ahora que el año pasado hubo sequía. El cielo no quería darnos cosecha ¿qué íbamos a hacer?

—¿No han abierto pozos los equipos de ayuda mutua?

—No perteneciamos a ninguno. Por cierto, su hija de usted y su nieta me lo han estado echando en cara todo el invierno. Así es que este año he presentado la dimisión: como he gobernado mal, ya no debo ser yo quien decida los asuntos de la familia ¿no es cierto, querida pariente?

En trece años era la primera vez que el viejo la llamaba así; volvía a ser tan amable como en vida de su marido. Mamá Wang pensó: ¡Qué bien si viviera aún el padre de Flor de Canelo!

El viejo prosiguió:

—¡Es usted célebre en la montaña Julung! De veras que es usted muy capaz.

Ella se echó a reir.

—¡Como si una pobre vieja como yo sirviera para algo! Es nuestro equipo de ayuda mutua el que me ayuda a vivir.

—Mi nuera al oir decir que vivía usted holgadamente

deseaba ir a pasar una temporada en su casa, sobre todo esta primavera, cuando no teníamos bastante para comer, pero yo le dije que podíamos arreglarnos, y que era mejor que no fuera a comerse su pan, pues habrá tenido que trabajar de firme para ganárselo ¿eh?

— No sabía que les faltara trigo esta primavera—dijo Mamá Wang — Yo tenía entonces ciento treinta libras de trigo y treinta de algodón.

Luego añadió:

— Invito a mi hija y a mis nietos para las fiestas de Año Nuevo. Nuestro equipo tiene trece cerdos y mataremos uno para el primer día de año. Que vengan los niños y probarán la gelatina que voy a hacer.

Mamá Wang, charlando sin cesar, acechaba el regreso de Flor de Canelo. En cuanto oía cantar al gallo, miraba a la puerta de la calle; se diría que tenía algún asunto importante que tratar con su hija y por eso la esperaba con tanta impaciencia. A eso de mediodía, llegó Flor de Canelo con su hijo en brazos. Ella tampoco había cambiado. Era una mujer de unos treinta años, muy vivaracha. Iba ataviada con esmero. Tenía un porte muy elegante con su chaqueta negra y sus pantalones azules. Venía muy animada de la reunión, aún le brillaban los negros ojos.

— ¡Huy! ¡Y yo me preguntaba quién podría haber venido de visita! — exclamó sorprendida y alegre al ver a su madre — ¡Mamá, te has debido de equivocar de camino para haber venido a parar a casa de tu hija y de tus nietos!

Mamá Wang se volvió hacia su consuegro.

— ¿Oye lo que dice mi hija? Menos mal que sólo la tengo a ella; si tuviera hermanos ¿de qué no me acusaría? Ya sabes que no puedo ir y venir a mi antojo como antes. ¿Dónde está Perfume?

Tomó en brazos a su nieto, preguntó cómo se llamaba y si su hija tenía bastante leche para criarlo. De pronto, se puso a pensar en Resistencia al Japón. ¡Ese chico

no pensaba más que en jugar! ¡Con tal que no se hubiera extraviado lejos del pueblo!

— ¿Qué buen viento trae a la abuela de Perfume? — exclamaron las cuñadas de Flor de Canelo al entrar en el patio — ¡Ah, conque esta era la visita que el chirriar de la urracas anunciaba esta mañana!

— ¡Miren a mi madre! — dijo Flor de Canelo a las vecinas que acababan de entrar detrás de sus cuñadas — ¡Con sus sesenta años y viste de azul marino!

— ¿Y por qué no? — objetó la madre — La chaqueta que llevo no es verde ni roja. ¿Crees que el azul está reservado a los jóvenes? ¡En Valle de la Gran Roca somos más modernos que aquí!

— Seguro: Valle de la Gran Roca es un pueblo modelo, eso lo sabe todo el mundo—replicó Flor de Canelo— ¡Dicen incluso que la guardería infantil es un verdadero palacio!

Mamá Wang se echó a reir.

— Los diarios han dicho, en efecto, que en nuestro pueblo marchan bien las cosas. Lo que yo os puedo decir es que las nueras jóvenes no se visten de negro como aquí.

En seguida, Flor de Canelo protestó:

— Es que voy vestida de diario, pero no hay que pensar por eso que no tengo una o dos chaquetas azules.

— En nuestro pueblo — prosiguió diciendo Mamá Wang — la ropa de diario es azul. Cuando las mujeres jóvenes van de visita, llevan trajes con flores verdes y rojas.

El viejo intervino entonces en favor de su nuera:

— Su hija es una de las mejores trabajadoras del equipo de ayuda mutua—dijo—Este año ha ganado más bonos de trabajo que nadie. Si no se viste con telas de flores, es porque le gustan los colores discretos.

La conversación no decaía un momento, y las vecinas reían a carcajadas. Mamá Wang estaba en el centro del grupo y saludaba a unos y a otros. Su chaqueta

nueva crujía suavemente, tenía la cara radiante de alegría y felicidad. En su contento olvidó a Resistencia al Japón, e incluso a Perfume. Se dejaba envolver por aquella atmósfera de amistosa jovialidad, tan llena de dulzura, a la que la había habituado el equipo de ayuda mutua de Valle de la Gran Roca, pero que encontraba por primera vez en Pueblo de la Secoya.

Antes de haber ido allí, le parecía tener acuciantes razones para ir a ver a su hija, pero en ese momento, aunque llevara aún muy poco tiempo, le parecía haber terminado todo lo que tenía que hacer. No le faltaba más que charlar un rato con Flor de Canelo. Pero como suele suceder en esos casos, cuanto más deseaba Mamá Wang quedarse a solas con su hija, más se entretenían las vecinas, e iban acudiendo otras sin cesar. Algunas llegaron hasta a levantar la tela roja que cubría el cesto y admiraron lo bien hechos que estaban los panecillos. Otras ensalzaban el porte de Mamá Wang y le decían que iba tan bien vestida que parecía otra. Mamá Wang respondía a todas. A una le explicó:

— Gracias al equipo de ayuda mutua, tengo una chaqueta azul.

Y a otra:

— Ha sido la madre de Hucha Llena la que me ha molido el trigo, y la madre de Sabiduría la que ha adornado los panecillos con esas estrellitas rojas.

*

Hasta la noche no pudo tener un momento de intimidad con su hija. Perfume, que tenía ya nueve años, le pidió a su abuela que le contase un cuento, mas aunque ésta sintiera gran alegría de verla después de tres años de separación, no estaba de humor para contarle cuentos aquella noche. Una vez a solas con Flor de Canelo, comenzó por preguntarle si se llevaba bien con sus cuñadas. Después quiso saber si el equipo trabajaba bien y el trabajo era bien remunerado. ¿Por qué Flor

de Canelo no tomó parte activa en el reparto de las tierras? No pudo ocultar la grata sorpresa que le produjo el saber que una joven que de muy niña vendieron a la familia de su marido, había sido elegida presidenta de la Asociación de Mujeres, y habiéndose caracterizado antes por su falta de soltura al hablar, hacía ahora informes ante las Asambleas de Representantes de la región. La presidenta de la Asociación de Mujeres de Valle de la Gran Roca era una persona muy parecida, pero el que ocurriera lo mismo en Pueblo de la Secoya colmaba de satisfacción a Mamá Wang. Cuando apagaron la lámpara para acostarse, Perfume se había dormido con la cabeza apoyada en las rodillas de su abuela. La luna de otoño alumbraba la ventana. Muy animada, Mamá Wang continuó la conversación ¿Cuándo había marchado Li Pequeño Tigre al ejército? ¿Escribía a menudo?

— ¿Y tu suegro? — preguntó bajando la voz — ¿Quiere al chico? ¿Lo cuida?

— ¡Muchas veces es él quien lo cuida! — respondió Flor de Canelo — Desde que después de repartirse las tierras no viniste más a pedirle su buey y, sobre todo, desde que supo que formabas parte de un equipo de ayuda mutua, es todo atenciones conmigo.

— ¡Qué hombre! — replicó la madre — ¡Es un egoista y no piensa más que en él! Cuando venía a su casa en tiempos ¿acaso no me ganaba el sustento? Cortaba el heno y recogía leña para la lumbre, pero antes de que vinieran los comunistas, yo no sabía que eso era también trabajo, y creía que vivía a sus expensas.

— El año pasado, aún no éramos del equipo de ayuda mutua. Cuando oyó decir que en vuestro pueblo había habido buena cosecha, el viejo me insinuó que fuera con la pequeña a pasar una temporada contigo. Yo le dije: «Mi madre ha vivido en la miseria la mitad de su vida. Ahora que comienza a tener ciertas reservas de trigo, no seré yo quien vaya a comérselas». Y pensaba para mí: «Dentro de un año o de dos llevaré a Perfume a

que pase unos días en casa de mamá». El viejo es así: sólo piensa en él.

Mamá Wang suspiró. Ya se había enterado de todo lo que deseaba saber. Le parecía que sólo había venido a obtener esos datos. No obstante, durmió mal todo el resto de la noche. Pensaba en los niños de la guardería, y temía que Resistencia al Japón se perdiera jugando lejos del pueblo.

— Pero bueno ¿quién es ese Resistencia al Japón de quien tanto te preocupas? — acabó por preguntarle su hija.

— ¿Qué quieres? ¡Soy la directora de la guardería infantil! Es natural que me preocupe por esos niños — respondió la madre.

El gallo cantó por segunda vez. Fuera aún estaba oscuro y hacía viento. Se oía caer de los árboles las hojas secas.

— ¡Con tal que no cambie el tiempo! — suspiró la anciana.

— Bueno, pues quédate unos días más. ¿Por qué has de volver mañana?

— Es que los caquis ya están secos. No sé lo que decidirá el equipo, pero si los hombres quieren llevar los caquis a la ciudad, las mujeres tendrán que torcer el cáñamo para ensartarlos. Si no vuelvo, voy a retrasar las faenas.

Por primera vez en su vida, Flor de Canelo se sintió descontenta de su madre.

— ¿Pero no has pedido dos días de permiso?

— Tengo miedo de que Resistencia al Japón se haya perdido, además, si llueve, el camino será penoso.

— Si llueve, nuestro equipo te llevará a Valle de la Gran Roca en palanquín. Y tu Resistencia al Japón no es tan pequeño, es un chico de seis años.

Mamá Wang no se dejó convencer.

— Ya os he visto a todos, y eso me basta. Nuestro equipo tiene mucho que hacer. Yo tengo ya la costumbre de trabajar en la guardería y no me encuentro sin hacer nada . . .

Por la mañana, aprovechando que el viejo Li iba a comprar carne al mercado, Mamá Wang emprendió el camino de regreso, pese a las instancias de su hija y de su nieta, que habrían querido tenerla aún algún tiempo a su lado. Al marchar, hizo dos recomendaciones a su hija: primera, que se ocupara un poco más de su suegro y le zurciera, por ejemplo, los rotos de las mangas.

— He estado muy atareada — se disculpó Flor de Canelo—no he tenido tiempo para pensar en él.

La segunda recomendación era que encontrase tiempo para enviar a Perfume a las clases de invierno, y ella pagaría los gastos que eso ocasionara.

Después de su marcha, Flor de Canelo y sus cuñadas y vecinas hablaron aún mucho tiempo de Mamá Wang, de su ropa, de su risa tan clara . . .

— ¿Quién reconocería en ella—decían—a la viejecita que iba a recoger leña con Perfume a la espalda? Ahora se siente segura de sí misma, como una representante de las campesinas.

Todas llegaron a la misma conclusión:

— ¡Parece una peonía, una peonía que a los sesenta años florece!

A Flor de Canelo le dejó una profunda impresión esta visita de su madre. ¡Qué energía, qué firmeza, qué decisión tenía aquella anciana! Nada había podido retenerla cuando quiso marchar, en verdad que nunca había visto cosa semejante. ¡Podía estar orgullosa de una madre como la suya! No obstante, le pareció que su madre no era tan suya como antes; ya no era sólo la abuela de Perfume. Allá abajo, en Valle de la Gran Roca, había encontrado otra familia con muchos, muchos nietos.

La primavera en el taller

por Tang Ke-sin

La primavera y el otoño son las mejores estaciones del año. En el segundo y el octavo mes del calendario lunar, no hace calor ni frío; por eso, a los obreros les gustan sobre todo esas dos estaciones. Pero la situación es muy diferente cuando llega el verano o el invierno . . .

En la vieja sociedad, los obreros no tenían ropa enguatada con que abrigarse en el invierno; tampoco tenían con qué calentar la casa. En verano, las complicaciones relacionadas con la indumentaria no eran obsesionantes, pero los obreros no se liberaban de las penosas faenas que hacían su vida insoportable. Por eso, en aquella época, ninguna estación era buena para ellos.

Antes, a nosotros, los obreros textiles nos gustaba más el invierno que el verano. Eso no quiere decir que siendo tejedores tuviéramos qué ponernos. No, ya dice muy bien un viejo refrán: «En casa del herrero, cuchillo de palo». En la vieja sociedad éramos verdaderas máquinas en manos de los capitalistas, y nada más. El verano era una verdadera calamidad para los obreros textiles. Para dar una idea de ello, voy a describir cómo se trabajaba en el taller de una fábrica textil.

Entonces el taller parecía una gran caja o, mejor dicho, un ataúd. Entre sus cuatro paredes no corría ni un soplo de aire; todo el año flotaba allí dentro una bruma opaca. En el décimo, el undécimo y el duodécimo mes del calendario lunar, la temperatura se mantenía entre los 70° y los 80° (Fahrenheit). A comienzos del verano, el termómetro marcaba generalmente ciento y pico grados, y la bruma se hacía tan espesa que no se distinguía a uno a un metro. El olor era fétido, sofocante, como de aguas estancadas; además, el aire estaba saturado de polvo de almidón y pelusa. A fuerza de respirar esa atmósfera todo el día, se le cortaba a uno el aliento. Nos estaba prohibido abrir la única ventana que había, no mayor que un queso de soja.

Teníamos que trabajar más de diez horas al día, moviendo sin cesar manos y piernas como máquinas. Corría el sudor por nuestros cuerpos como de una fuente inagotable . . . ¡Pero qué les importaba nuestro sudor a los capitalistas! No se preocupaban de nosotros, y decían que una máquina descompuesta exigía gastos, mientras que un obrero muerto se sustituía fácilmente por otro vivo. Cuando volvíamos a nuestra casa después de una jornada de trabajo agotadora, con la cabeza cargada, sin apetito, sin ganas de hacer nada, nos dejábamos caer como muertos en nuestros camastros. Y al día siguiente, de nuevo, con las piernas de plomo, marchábamos otra vez a la fábrica. Si una obrera se desmayaba, sus camaradas la sacaban fuera y le echaban un jarro de agua por la cabeza; si volvía en sí es que estaba bien aferrada a la vida; si no recobraba el conocimiento, peor para ella. Para los capitalistas lo único que contaba era que no se interrumpiese el trabajo. «Si no puedes seguir trabajando, le decían a la obrera enferma, debes quedarte en tu casa. El reposo te sentará bien» ¡Pero cómo va uno a reposar cuando no tiene qué llevarse a la boca! A la pobre obrera no le quedaba otro remedio que levantarse, molida, y volver al trabajo. Al llegar a la puerta del taller, se le encogía el corazón, pero se dominaba, apretaba los dientes y entraba.

En aquellos tiempos, las obreras empleaban en sus conversaciones un vocablo específico de su oficio: llamaban al taller de tejido «el horno». El término era muy exacto, el taller era, en efecto, un horno, y nosotros allí dentro parecíamos panecillos puestos a cocer. Mes tras

mes, año tras año, generación tras generación, estábamos condenados a sudar sangre hasta la total consunción de nuestro organismo a efectos del calor. Y mientras nos asábamos, y muchos de nosotros morían, los capitalistas, peces gordos de la política y de las finanzas, cada vez estaban más cebados y prosperaban más.

Después de la Liberación, las hilanderías cambiaron de dueño. ¡Los dueños fueron los obreros! Ya no somos las máquinas vivas de otros, ya no trabajamos para que los demás vivan en casas de muchos pisos y coman bien. Trabajamos para la edificación de nuestra patria, para la prosperidad general, para proveer al pueblo de telas cada vez mejores y en mayor cantidad.

Aumentábamos la producción y no queríamos seguir trabajando en un «horno» como antes. ¡Eso era lo más peliagudo! ¿Cómo solucionarlo?

Resultó que el gobierno también se preocupaba de eso, pensaba constantemente: «¡No hay que dejarles trabajar más en esas condiciones!» Nuestro trabajo había sido reglamentado: en el taller de tejido la temperatura no debía pasar de 96°, en el taller de hilado no debía ser más alta de 100°. Al año, entró en vigor una nueva reglamentación que mejoraba aún más las condiciones de trabajo: en el taller de tejido la temperatura no debía pasar de 92°, y en el de hilado, de 98°.

No era una tarea fácil de cumplir. Desde hace dos o tres años ¿cuánto dinero no se ha gastado para hacer descender la temperatura en las hilanderías de todo el país? No sabría decirlo exactamente, sólo sé que el año pasado en nuestra fábrica se gastaron más de doscientos mil yuanes.

Era el verano. La administración superior había concedido a nuestra fábrica más de doscientos mil yuanes. Después de hacer sus cálculos, nuestro director llegó a la conclusión de que esa cantidad era más que suficiente para una instalación de ventilación ordinaria, pero las

instrucciones venidas de arriba preveían una instalación de aire acondicionado. Con doscientos mil yuanes esa instalación sólo podía hacerse en un solo taller. Se planteaba un grave problema: si el taller de tejido estaba recalentado, el de hilado no lo estaba menos: ¿en cuál de los dos se pondría la instalación? El director se veía en la situación de una madre que tuviera dos hijos. Si hacía ropa nueva al uno, el otro le diría en seguida: «¿No soy yo también hijo tuyo? ¿Por qué a él le haces ropa y a mí no?»

Después de una minuciosa inspección de los talleres, el director decidió que la instalación de aire acondicionado se hiciera primero en el taller de hilado, donde hacía, efectivamente, un poco más calor que en el otro. Pero este acuerdo había que ponerlo a discusión entre los obreros y exponer las razones que lo justificaban. De otro modo, los hijos habrían protestado de la parcialidad de su madre.

Durante la discusión, los del taller de tejidos manifestaron, en efecto, su desacuerdo diciendo: «Es cierto que en el taller de hilado la atmósfera está demasiado caldeada, pero en el de tejido no lo está menos; si ellos quieren aumentar la producción, nosotros también queremos. ¿Por qué favorecerlos así y a nosotros no?»

A las obreras que habían trabajado ya en el taller de hilado se las convenció más fácilmente: sabían muy bien que allí hacía más calor. Mas San Sao-tse, una de las obreras del taller de tejido no quería entender de razones.

—Si los del taller de hilado son seres humanos— decía —¿no lo somos también nosotros? Si hay que instalar un nuevo sistema de ventilación, debe instalarse en los dos sitios.

El jefe de grupo intervino:

—No hay bastantes fondos para hacerlo. El estado actual de nuestras finanzas no lo permite.

El jefe del taller de tejido pidió la palabra a su vez:

—¿No podríamos poner, por el momento, más aparatos de aireación y ventiladores?

Muchas obreras le interrumpieron gritando:

—¡No, nada de ventiladores! El viento frío sólo estorbará nuestro trabajo. Preferimos no tener nada.

San Sao-tse intervino de nuevo:

—¿No podríamos pedir a la dirección que nos concediera más dinero?

El jefe de grupo contestó a esta pregunta:

—¿Sabes cuánto cuesta una instalación de aire acondicionado?

—No.

—Doscientos mil yuanes.

San Sao-tse quedó cortada. Al verla con la boca abierta, el pequeño Wang, que gustaba de gastarle bromas, exclamó:

—¿Creías que no era más de lo que te gastas en caramelos para tu hijo, y que con dos céntimos habría bastado?

Todos se echaron a reir.

Ese año la temperatura del taller de tejido no pasó de 96°. Cada vez que el termómetro marcaba 96°, el contramaestre informaba por teléfono al director y éste respondía:

—Detengan las máquinas, y que salga el aire caliente del taller.

Mas cada vez que ocurría ese caso, todos empezaban a exigir una instalación de aire acondicionado. San Sao-tse era la primera en desgañitarse:

—Pensad—gritaba—en la pérdida tan grande de rendimiento que ocasiona media hora de paro. ¿No representa también una pérdida para la producción?

Pero al pensar en los doscientos mil yuanes, se aplacaba un poco.

—Seguramente—añadía—la administración tiene también sus dificultades. Si hubiera que poner instalaciones

de aire acondicionado en todas las fábricas textiles del Estado que hay en nuestro país, sería cosa interminable.

Ella había preguntado incluso a un camarada en cierta ocasión a qué cantidad ascendería el gasto. Para zanjar la cuestión, el pequeño Wang había respondido sin reflexionar:

—El año próximo se pondrá la instalación.

Como muchos compañeros le objetaron que hablaba a la ligera, añadió:

—Sí, el año próximo, yo respondo.

Era una respuesta audaz, pero él sabía que podía contar con dos apoyos: el primero era el Presidente Mao Tse-tung y el gobierno popular, y el segundo, los obreros, sus camaradas.

A la primavera siguiente, cuando todo el mundo llevaba aún ropa de abrigo, se levantó un tinglado en la plaza central de la hilandería. Nadie se fijó hasta el día en que empezaron a alinearse uno por uno los tubos de hojalata que habían de servir para conducir el aire. El pequeño Wang no se pudo contener y corrió a dar la noticia a San Sao-tse.

—¡Van a poner la instalación!—gritó.

Se llevó una gran decepción, pues San Sao-tse no pareció mostrar ningún entusiasmo. Mas no había que tomárselo a mal. Aunque había hablado tanto de la instalación de aire acondicionado, no sabía exactamente lo que eso era.

A mediados de mayo, cuando el sol parecía una bola de fuego que se avivara con gasolina, y era cada vez más ardiente, el mercurio del termómetro fue subiendo día tras día y pronto pasó de los 90°. Las obreras estaban angustiadas.

«¡Ya están aquí otra vez los días insoportables!» decían, aún más preocupadas por cuanto tenían compromisos que cumplir con el nuevo plan de producción, y no querían dejar el trabajo ni por media hora para que se renovara el aire de los talleres. Cada minuto perdido era dinero

perdido para el Estado y para el bienestar del pueblo. Resultó que su voluntad coincidía con la de los obreros encargados de poner la instalación, los cuales se habían comprometido formalmente a terminar su trabajo antes de que llegaran los grandes calores. Su consigna era: «Venceremos al verano» Y así fue como una noche de principios de junio, la instalación de aire acondicionado del taller de tejidos quedó terminada.

Al día siguiente por la mañana, el secretario del Partido, el director y el presidente del sindicato fueron al taller de tejidos. Ni que decir tiene que todos sabían que iba a empezar a funcionar la instalación. No decían nada, se miraban y sonreían, y todos nosotros los mirábamos y sonreíamos también. Conteníamos la respiración como si fuera a producirse un gran acontecimiento . . .

A las nueve y media, los motores de los ventiladores comenzaron a funcionar y las bombas dejaron oir un ruido ensordecedor. En las bocas de los conductos de aire las largas cintas de seda rojas y verdes se estremecieron y se alzaron horizontalmente impulsadas por el viento que salía de los tubos. El primer contacto de aquel aire nos causó una acariciadora sensación de frescura.

Los ventiladores de las paredes comenzaron también a girar con un ruido de avión en vuelo rasante. El aire puro y fresco, filtrado por el agua de los vaporizadores, entraba sin cesar por los conductos de aire; ni polvo ni pelusa alguna ensuciaban la atmósfera del taller. El aire era igual a una corriente límpida, clara y transparente como el agua de un manantial.

El pequeño Wang corrió hacia San Sao-tse. «¿Qué: es fresco el viento?» le preguntó. Ella, llena de alegría, no le contestó, pero iluminaba su cara una sonrisa de inmenso júbilo. Jamás habría podido imaginarse cosa parecida. Hacía treinta años que trabajaba de obrera textil, y había pasado de una hilandería japonesa a una

inglesa. . . Treinta años de vida desgraciada, durante los cuales se había dicho a menudo: «¿Qué pecados habré cometido en la vida precedente para tener que trabajar en fábricas extranjeras? ¿Cuándo podré escapar de este horno?»

Después de la Liberación, se había dado perfecta cuenta de que las cosas empezaban a cambiar, de que el obrero ya no era un caballo o un buey doblado bajo el yugo y de que la hilandería pertenecía a los trabajadores. La producción iba constantemente en aumento, y el bienestar era cada día mayor. A pesar de todo eso, ella no dejaba de hacerse la siguiente reflexión:

«Para que el calor del taller no sea insoportable, haría falta que el tiempo cambiase, que el año tuviese tres estaciones y que no hubiera verano . . .» Todo ese pasado había sido trastornado. Las estaciones seguían sucediéndose como siempre, pero la instalación de aire había transformado su vida de obrera. Se encontraba ahora como el pez en el agua. En son de broma decía al pequeño Wang:

— Aquí se queda uno helado;

El le replicaba:

— Si tiemblas, es que tienes fiebre.

— ¿De dónde viene este viento tan fresco? — preguntó ella un día.

— De Siberia — respondió con gravedad el pequeño Wang — De Siberia, de la Unión Soviética. Nos lo envía nuestro hermano mayor.

Esta innovación había despertado en todos sentimientos diversos y ocasionado cambios en la vida y en la conducta de cada uno. Ya no se veía mojada la ropa en la espalda de los obreros; las obreras no se agolpaban alrededor del grifo para mojar la toalla, en el taller los vasos de té estaban siempre bien colocados, ya no se derramaban con las prisas; el mozo que servía el té ya no era injuriado por las que encontraban el té escaso o demasiado caliente; durante el descanso después de cada

comida, ya no se veía en el extremo del pasillo que conducía al taller de alijo del algodón, grupos de personas ahogadas de calor que trataban de tomar el fresco. Todos se quadaban en el taller, donde hacía más fresco que en parte alguna.

En un principio, algunos no creían en la conveniencia para la salud de aquella novedad: el aire fresco. Otros decían:

«Cuando lleguen los grandes calores y haga fuera ciento y pico grados, esta instalación no bastará» Pero resultó que cuando uno de ellos estaba diciendo eso en el taller, fuera, la temperatura era ya de 102°. Era para pensar que si uno se pasara la vida en el taller, no notaría jamás cuando era invierno ni verano, y las cuatro estaciones del año se habrían convertido en una eterna primavera.

Cuando el asfalto de las calles se reblandecía con el calor, y los regueros humeaban bajo un sol ardiente, las obreras, abanicándose en su casa, se decían: «¡A esta hora nuestro taller es un verdadero paraíso! ¡Sería una felicidad estar allí de la mañana a la noche sin salir!» Y cada día esperaban con impaciencia la hora de ir al trabajo.

Sí, la primavera nos pertenece para siempre; somos nosotros los que la hemos creado con el sudor de nuestra frente.

INDICE

El matrimonio de Primaverita 1

No hay que seguir ese camino 50

Cómo Ye Ying venció la rutina 73

El pichel 114

Viejo Correo 133

Jan Mei-mei 158

Mamá Wang 181

La primavera en el taller 200

春大姐及其他故事

刘 眞 等著

*

外文出版社出版 （北 京）

1958 年 9 月 第一版

編号：（西）10050—101